

OLIVIA ARDEY

*Un duque
sin honor*

se

Lectulandia

Todo Londres sabe que Damien Murray es un libertino con una existencia indigna de un lord. Pero su padre ha muerto y, durante la lectura del testamento, el flamante duque de Kedwell recibe dos desagradables noticias: que existe un heredero desconocido y que debe cumplir ciertas cláusulas testamentarias si quiere recibir su parte del legado.

La encargada de velar porque tal disposición se cumpla es *lady* Oriana Williams, madre del pequeño rival que le ha arrebatado la mitad de su herencia. Damien acepta con desagrado la compañía de Oriana en un viaje con cuatro destinos. Muy a su pesar, no puede evitar sentirse atraído por esa dama indomable de aspecto sereno, con la lengua rápida y demasiado joven para lucir ropas de viuda.

A *lady* Williams aún le duele el desprecio de la familia de su difunto marido, más por su hijo que por sí misma. Pronto descubre que ese lord de sonrisa maliciosa no es el sinvergüenza que aparenta, sino un hombre que ha sufrido y creció sin conocer el afecto. Damien le despierta sentimientos que creía dormidos y no sospecha que ella guarda un terrible secreto que puede unirlos más allá del deseo o separarlos para siempre.

Lectulandia

Olivia Ardey

Un duque sin honor

ePub r1.0

Ablewhite 25.07.2017

Título original: *Un duque sin honor*
Olivia Ardey, 2016

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Javier Sanz, de cuya mano publiqué mi primer relato.
Sus *Historias de la Historia* fueron el principio de la mía.

No está mal una mala mentira,
cuando defendemos con ella una buena verdad.

JACINTO BENAVENTE

MALAS NOTICIAS

Darnell retiró el visillo del salón y observó cómo el lacayo, que acababa de llegar con tan malas noticias, se alejaba de la mansión sorteando los carruajes de pasajeros y carros de reparto que a esas horas atestaban Regent Street. Eran las doce y las calles bullían de actividad con el trasiego matinal. Todo Londres había amanecido hacía una eternidad, salvo aquella casa.

El mayordomo se apartó del ventanal y, murmurando un juramento, pensó en las ganas que tenía de abandonar aquel lugar. Mediodía y, como era habitual, el señor aún permanecía durmiendo en sus aposentos.

Y acompañado.

En la peor de las compañías, rectificó Darnell para sí. Detestaba presentarse en el dormitorio de su señor, imaginando la escena que iba a presenciar. El mayordomo dudó durante un segundo a la vez que contemplaba la carta que tenía en la mano y se encaminó hacia la escalera. Era su deber, se dijo depositándola sobre una bandejita de plata y emprendiendo los escalones con energía. No le quedaba otra, el duque —sí, ahora el título le pertenecía y tendría que acostumbrarse a llamar así al señor— debía conocer de inmediato la luctuosa noticia.

—Lord Damien, duque de Kedwell —murmuró, hablando consigo mismo.

El señor ya no era lord Damien Murray, sino el flamante duque de Kedwell, se repitió mentalmente. No debía olvidar el tratamiento. Lo mereciese o no, le correspondía.

Aunque, dada la actitud y estilo de vida poco honorable de quien ya, como legítimo heredero, ostentaba ese título, definitivamente iba a ser un duque sin la conciencia del honor que se le supone a un miembro de la nobleza.

Darnell pensó en el viejo duque. Aunque no llegó a conocerlo, los cotilleos entre el servicio eran algo común y todo Londres sabía que jamás quiso a su hijo. Lo odiaba, o eso se decía. Desprecio que era mutuo, dado que su joven y alocado vástago jamás nombraba a su progenitor en presencia de la servidumbre. O lo que era lo mismo: ni en su presencia, ni en la de su querida Mildred, ni en la de Adeline, la doncella que hacía las veces de fregona. Un escueto plantel de personal para una casa como aquella, pero de todos era sabido que el señor carecía de rentas vitalicias y no podía permitirse más criados que Adeline, él y su esposa, que alternaba las funciones de cocinera y ama de llaves. Nada en aquella casa se ajustaba a las normas de la sociedad. Pocos amos habrían permitido un matrimonio entre sirvientes, pero a su señor poco le importaban las convenciones. A fin de cuentas, «heredó» a los criados el día que ganó la casa en una apuesta de juego.

Al llegar al rellano de la planta noble, Darnell oyó murmullos que provenían de

los aposentos del milord y, entre dientes, farfulló una maldición. Él no era como la buena de Mildred, que reconocía dedicar una plegaria por el alma pecadora del joven señor durante el servicio religioso dominical. Ella era de otra manera. A veces Darnell se preguntaba qué extraña razón llevaba a su esposa a mostrar un sentimiento maternal hacia aquel sinvergüenza, y que Dios lo perdonara por opinar así de quien le daba de comer, pero lord Damien lo era.

Quizá el hecho de que ellos dos no hubiesen sido bendecidos con hijos hacía nacer en la buena de Mildred el sentimiento de una madre hacia aquel desdichado que perdió a la suya cuando esta lo trajo al mundo. Imaginó al duque recién nacido, un huérfano recién alumbrado abocado a sufrir el desprecio de un padre que nunca quiso a su hijo por considerarlo el culpable de su desgracia. El mayordomo desechó el incipiente sentimiento de lástima; aquellos hechos pasados no eran excusa. Mucha gente sufría penurias y calamidades más graves y no por ello se lanzaba a una existencia disipada.

Darnell titubeó antes de avanzar por el pasillo. Observó la puerta del dormitorio, el corazón de la mansión donde moraba el rey del pecado. Recapitó sobre la debilidad sentimental de su esposa y se estremeció de pensar en haber concebido a un hijo tarambana como el que yacía a esas horas tras la puerta del fondo. Más que una bendición, un castigo. Habría sido como arrullar, envuelto en mantillas, al primogénito del demonio.

Cuando estuvo frente a la doble puerta de roble, Darnell oyó un gemido femenino.

Respiró hondo para armarse de valor y repicó con los nudillos en dos ocasiones.

—¿Cuántas veces he ordenado que no se me moleste cuando tengo compañía? —rugió desde dentro una voz masculina.

—Señor, traigo malas noticias —anunció apurado el mayordomo.

—Espero que tengas una poderosa razón para interrumpirnos, Darnell. ¿De qué mala noticia se trata?

—De la peor.

Durante unos segundos, a uno y otro lado de la puerta, reinó un silencio cargado de incertidumbre.

—Adelante, ¿a qué esperas? —exigió—. No me apetece continuar hablando a voces.

—Señor...

—¡Abre de una vez!

Darnell dio un respingo antes de obedecer. Giró el picaporte despacio y entreabrió apenas la hoja. Cuando el lecho quedó en su campo de visión, apartó la mirada de las nalgas desnudas de la pelirroja que yacía boca abajo, tumbada a la derecha del duque. A la izquierda de este, una morena se revolvía con desmadejada pereza para acurrucarse abrazada a su torso velludo.

Darnell clavó los ojos en los de lord Kedwell, evitando así la contemplación de la

escena que mostraba aquella especie de lupanar, y maldijo al muy sátiro de su señor por obligarlos a él y a las criadas a pernoctar bajo el mismo techo que aquel par de furcias caras, sin duda pupilas de uno de los más selectos burdeles de la ciudad.

Era evidente que al duque no le pasó desapercibida su expresión reprobatoria, porque sus labios no tardaron en esbozar una sonrisa burlona, a la vez que le sostenía la mirada sin el más mínimo atisbo de pudor.

—Dime, mi fiel Darnell —rogó con un exagerado tono cortés que era puro desafío—. ¿Qué asunto tan importante te trae a visitar la morada del diablo?

Las dos prostitutas rieron el chiste. El mayordomo vio la mano de la pelirroja reptar hacia la entrepierna del amo. Este la castigó dándole una sonora palmada en el trasero.

La joven protestó con un gemido coqueto que escandalizó a Darnell. En vez de dolorida, parecía dichosa con aquella especie de correctivo, tan firme que le había marcado los cinco dedos en la nalga.

—Un lacayo trajo noticias... —vaciló.

Su tono dubitativo provocó una risotada en su interlocutor.

—No te hagas de rogar, Darnell. —Sonrió con abierta ironía—. No me hagas perder el tiempo, que mis adorables... ¿Cómo os llamabais, preciosidades?

El señor rio como un demonio jocosos, mientras Darnell lo maldecía para sus adentros. El muy golfo no recordaba ni sus nombres.

—Estas dos damas —continuó con la vista fija en el sirviente— suelen levantarse con mucho apetito y, como puedes ver —añadió, a la vez que señalaba con la barbilla la mano de la morena, que le acariciaba el torso arriba y abajo—, están ansiosas por devorarme a mí como desayuno.

Darnell decidió zanjar el juego provocador que se traía entre manos.

—Noticias de Teldford Hall —anunció, adusto.

Pudo notar que la mención de su casa natal despertó en los ojos negros del hombre que tenía enfrente ese brillo característico que, a él en particular, le ponía los pelos de punta.

—¿Qué noticias son esas? —preguntó; la sonrisa se le borró de golpe.

—Milord, el duque... —Trató de no sonar brusco—. Su padre... El duque ha muerto, señor.

Damien Murray se quedó mirándolo con una expresión difícil de descifrar. En cualquier caso, no mostraba compasión alguna.

—¿Cuándo? —exigió.

—Ayer por la mañana. Según me informó el lacayo, los detalles se explican en esta carta —continuó diciendo, mostrándole la misiva en la bandejilla de plata.

El mayordomo no añadió nada más; se limitó a contemplar cómo su señor dejaba caer la cabeza en la almohada y se cubría la frente con el antebrazo.

—Condenado viejo —lo oyó farfullar, con la vista clavada en el techo—. Siempre tan oportuno.

EL AMARGO REGUSTO DEL PASADO

—Eres duque, Damien. Mira por dónde —se dijo en voz alta camino del cementerio—. Acostúmbrate a eso.

Lo único que quería era acabar con aquella farsa. Y, a pesar de las caras largas y reprobatorias con que fue recibido por los sirvientes de su padre, no estaba dispuesto a fingir una pena que no sentía.

Damien continuó a paso firme encabezando la comitiva que se dirigía a dar el último adiós al duque difunto. De soslayo, comprobó que los integrantes del séquito lo miraban a hurtadillas. Tal vez debían de pensar que su rostro pétreo reflejaba algún tipo de sentimiento parecido a la lástima. Mejor que fuese así, aunque poco le importaba en realidad. Él sabía que su taciturna expresión no obedecía más que al cansancio por el viaje precipitado que había convertido en una tortura recorrer las ciento treinta millas que separaban Londres de las tierras de Worcestershire donde nació. Sentía cansancio, hastío, incomodidad y ganas de finalizar cuanto antes con aquella ceremonia del definitivo adiós a un hombre que detestaba. Con un padre cruel como el suyo, quién necesitaba enemigos.

El vicario se detuvo ante la sepultura abierta. Damien miró a su alrededor; la parte más antigua del pequeño camposanto, anejo al templo de la vicaría sustentada por el duque, era un lugar triste. Las lápidas cubiertas de líquen solo transmitían pesadumbre. Se detuvo enfrente del oficiante, justo a los pies de la tumba. A su alrededor se fueron colocando el resto de los asistentes. Los criados de la mansión y los aparceros y granjeros de las tierras del ducado que en ese momento le pertenecían a él se mostraban cabizbajos, como si quisieran rehuir su mirada. A su derecha se colocaron los hermanos Talte, de Talte Brothers Abogados, los dos picapleitos escogidos por su padre como albaceas testamentarios y que fueron los encargados de recibirlo en cuanto bajó del carruaje. Según le habían anunciado, esa misma mañana, concluido el sepelio, se procedería a la lectura de las últimas voluntades del duque. Damien recibió la decisión con agrado; cuanto antes acabara todo aquello, mejor. Lo único que quería era partir hacia Londres y no volver a pisar jamás Worcestershire.

Cuando el vicario comenzó el ritual del responso, Damien dejó que las palabras del clérigo se las llevara el viento y se dedicó a observar a quienes lo rodeaban. Eran sirvientes nuevos, todos salvo la señora Sample, su vieja aya, que, tras su marcha, continuó al servicio de su padre como ama de llaves, y el viejo Silas, fiel mozo de cuadras durante años que ya disfrutaba de un merecido descanso y que, en ese instante, medio ciego y encorvado por la edad, permanecía en pie con ayuda de un bastón y del brazo de su hija. Damien sintió una oleada de cariño hacia aquellas dos personas, las únicas que le habían deparado un recibimiento afectuoso. Quizá porque,

de entre todos los criados, eran los únicos que lo conocían desde niño y, por tanto, conocían también toda la suerte de castigos que se vio obligado a soportar en Telford Hall.

La voz del vicario lo sacó de aquel desagradable recuerdo para traerlo de nuevo al funeral.

—Si lord Kedwell desea dedicar algunas palabras...

Damien negó con la cabeza. Entre cuatro hombres acababan de bajar el ataúd a la fosa; en ese momento estiraban y enrollaban las gruesas maromas. Miró hacia la izquierda y, al ver el puñado de tierra que su vieja niñera le ofrecía, la tomó de su mano.

—Acabemos con esto —dijo, lanzándola a voleo sobre el féretro.

Con un breve asentimiento, el vicario continuó con las últimas oraciones por el alma del duque difunto.

Fue entonces cuando Damien reparó en la presencia de aquella mujer. Una desconocida, y demasiado joven para encontrarse entre las amistades de su padre, si es que este las tenía. Dudaba de ello, dada la ausencia de amigos y parientes en el entierro. Se preguntó quién sería aquella joven; a lo sumo debía de rondar los veintiocho, con toda seguridad no alcanzaba la treintena. Quizá se trataba de una solterona de los alrededores. No la imaginaba casada, pues en tal caso habría acudido acompañada de su esposo. ¿Pariente lejana, tal vez? No tenía la menor idea, pudiera serlo y eso explicaría su ropa de luto. A pesar de la severa vestimenta, no parecía afligida. En realidad, su expresión transmitía una ausencia de sentimientos que despertó la curiosidad de Damien. Se fijó en el pequeño buqué de margaritas que portaba en las manos y se preguntó por qué no lo echaba sobre el ataúd. No es que fuera un experto en funerales, pero en alguna ocasión había presenciado idéntico gesto femenino, acompañado de lágrimas. Claro que la mujer que tenía delante mostraba unos ojos secos poco dados al llanto. Unos ojos azules preciosos, tuvo que reconocer. No era gran cosa, pero la viveza de su mirada resultaba sorprendentemente atractiva en un rostro; por lo demás, nada fuera de lo común.

Damien se inclinó hacia el abogado que estaba a su lado.

—La dama del fondo —murmuró, con disimulo para no interrumpir al clérigo—, ¿quién es?

—*Lady Williams* —respondió el otro en voz baja—. La protegida de su padre.

¿Protegida? Damien se abstuvo de indagar más, pero de la información del más joven de los Talte extrajo sus propias conclusiones. El viejo carcamal, representante de la más rancia nobleza inglesa, paradigma y dechado de virtud, ahora iba a resultar que tuvo una amante. Observó de arriba abajo a la joven enlutada y tuvo que disimular una mueca de asco. Pocas opciones amorosas debieron presentársele en la vida a aquella damisela, o poseía un mal gusto del demonio para aceptar las atenciones de un viejo apolillado.

Quizá vio en la fortuna del difunto su mayor atractivo. Seguramente.

Concluida la breve ceremonia, y mientras un par de hombres echaban paletadas de tierra, Damien recibió las condolencias de los presentes que, uno tras otro, fueron desfilando ante él.

Permaneció allí quieto hasta que todos se marcharon, con la vista clavada en la fosa en la que acababa de enterrar, al mismo tiempo que a su padre, una parte de su vida que se empeñaba en olvidar. Dio una última mirada a la tierra rojiza que cubría para siempre al hombre que nunca lo quiso, se giró y caminó hacia la fachada sur de la pequeña iglesia.

Hacía muchos años que no visitaba la tumba de su madre. Qué diferente habría sido su vida de no haber muerto ella durante el parto. Habría tenido hermanos y disfrutado del cariño maternal, habría sabido lo que era sentirse amado. Pero lamentarse por lo que pudo haber sido y no fue carecía de sentido.

Antes de abandonar el cementerio, a modo de despedida, acarició las letras de la lápida de la madre a la que nunca conoció. Dio la vuelta y caminó sobre sus pasos. A punto estaba de doblar la esquina de la iglesia cuando una visión inesperada lo detuvo. Damien se quedó clavado en el sitio al ver a la tal *lady* Williams ante la tumba de su padre. Debía creerse sola en el camposanto, porque no notó que reparara en su presencia. Observó cómo se agachaba para depositar el pomo de margaritas sobre la tierra fresca y, junto al ramillete, algo parecido a una tarjeta de visita que sacó de su bolsito de mano. La mujer no permaneció allí ni un minuto más. Damien la vio girar y alejarse, pero no se movió del sitio hasta verla cruzar la reja.

Ya completamente solo, salvo por el vicario, al que imaginó en el interior de la rectoría, se acercó hasta la tumba. Una vez allí, se agachó para tratar de averiguar qué demonios significaba aquel papel junto a las flores. ¿Una postrera carta de amor que acompañara al amante perdido en su viaje eterno? La idea, de tan cursi e inútil, lo hizo carcajearse por dentro. Su sorpresa fue descubrir que en aquel pequeño pedazo de papel solo aparecía el nombre del remitente. Un par de palabras escritas con caligrafía esmerada que explicaban el significado de aquellas humildes flores.

De Jeremy.

Damien lo leyó un par de veces, se incorporó y estrechó la mirada.

—¿Quién es Jeremy? —preguntó en voz alta, a sabiendas de que los muertos no iban a darle una respuesta.

EL TESTAMENTO DEL DUQUE

Oriana observó al hijo de lord Kedwell mientras este se aproximaba a la mansión por el camino que atravesaba el brezal. Oculta tras los visillos, se fijó en la firmeza de su paso.

Caminaba con largas zancadas y el cuerpo erguido, mirando al frente con gesto desafiante. Para la mayoría de los habitantes de los alrededores era un perfecto desconocido. Todos habían oído hablar de él pero pocos lo habían visto. Por aquellos pagos, de todos era sabido que el único hijo del duque abandonó la casa paterna hacía años sin intención de regresar. Oriana conocía parte de la historia, la versión del duque que acababan de enterrar. Y sentía cierta curiosidad por saber los detalles de lo sucedido por boca del único integrante de aquella contienda que permanecía con vida.

En cualquier caso, y por los comentarios de lord Kedwell en su lecho de muerte, Oriana sospechaba que pronto tendría la oportunidad de saberlo. Con una última mirada al hombre que se encaminaba hacia allí, recolocó el visillo y, como en un acto reflejo, se alisó la falda del vestido. Debía disponerlo todo para la lectura del testamento. Los abogados de Talte Brothers aguardaban con una copa de jerez en el saloncito de fumar y no era correcto alargar la espera. Además, sospechaba que no iba a tratarse de un encuentro plácido, puesto que, o mucho se equivocaba, o las últimas voluntades del difunto iban a ser motivo de discordia.

Con aquel mal augurio en la cabeza, Oriana fue en busca del ama de llaves para que se afanaran en disponer el gabinete. Cuanto antes pasara el mal trago, mejor para todos.

Damien pisó de nuevo la casa de la que se fue con diecinueve años sin intención de volver jamás. Los muebles eran los mismos, y el ambiente, igual de sobrio. El escenario que lo vio crecer se mostraba más vetusto; las alfombras, más ajadas. Ahora le pertenecía, pero observó el inmenso vestíbulo con una sensación de desapego que lo invitaba a dar media vuelta y marcharse. A pesar de que se distinguía una pulcritud que decía mucho a favor del servicio, aquella mansión olía a rancio y a aburrimiento.

Y allí estaba ella.

No le costó distinguirla, a través de las puertas abiertas del gabinete, al fondo del pasillo, dando instrucciones al mayordomo. Damien apretó la mandíbula al ver a la desconocida enlutada ejercer de ama y señora de la casa como si fuera de su propiedad.

Nadie los había presentado, ni siquiera el ama de llaves tuvo esa deferencia.

Aunque, obviamente, esa era una tarea que no le correspondía. Damien continuó observando la familiaridad con la que se movía; si esa *lady* Williams no se acercaba y daba el primer paso, presentándose a sí misma, tampoco él estaba dispuesto a hacerlo. Tarea inútil en tal caso, puesto que allí todos sabían quién era él y a la dama mustia ya debían de haberle llegado noticias al respecto.

El más viejo de los Talte acudió a su encuentro y lo invitó a acompañarlo, cosa que hizo con sumo agrado, puesto que lo único que lo retenía entre aquellas odiosas paredes era la esperanza de recibir el legado que por derecho le pertenecía, junto con el título; es decir, las tierras, la casa y el dinero. Una vez legitimado como heredero de la fortuna familiar, pensaba largarse de Teldford Hall con viento fresco, sin perder ni un segundo en mirar atrás.

Una vez acomodados en las sillas dispuestas frente al escritorio, James Talte comenzó con un sentido agradecimiento a *lady* Williams por haber cuidado al difunto durante su larga y penosa enfermedad. Esas palabras, por lo que Damien pudo constatar al ojear disimuladamente su rostro, no hicieron mella en la mujer que se sentaba a su derecha.

Él, por el contrario, se sorprendió al escuchar al albacea; desconocía que su padre hubiera estado tan enfermo. Tampoco era de extrañar: nadie se molestó en informarle, dada la nula relación entre padre e hijo. Motivo por el cual, él tampoco se interesó jamás por el estado de su progenitor, del mismo modo que el duque jamás se preocupó por las andanzas o el bienestar de su único vástago.

Mientras el albacea continuaba con una aburrida perorata acerca del vigente derecho sucesorio sobre bienes muebles e inmuebles, Damien paseó la mirada sobre las personas que se hallaban en el gabinete. El servicio, con gesto cariacontecido; nada raro, puesto que la muerte de su empleador los dejaba en una situación incierta. En cuanto a *lady* Williams, sentada junto a él, se mostraba inmutable y fría. Era obvio; cuando una mujer tan joven aceptaba de buen grado amancebarse con un viejo carcamal, sus motivos no podían ser otros que los puramente crematísticos. Damien no iba a escandalizarse, pero opinaba que, aunque fuera por recato o disimulo, podría al menos fingir unas lágrimas por la pérdida de su amante. Incluso las criadas, con los ojos enrojecidos y el pañuelito en la mano, manifestaban una actitud más decorosa que aquella urraca interesada.

Un cambio en el monótono tono de voz del abogado Talte sacó a Damien de aquellos pensamientos.

—Y una vez enunciadas las aclaraciones legales pertinentes, pasemos pues a la lectura de las últimas voluntades del finado duque de Kedwell.

Lo dijo mirándolo brevemente, gesto que Damien asumió como una deferencia por parte del albacea, ya que el duque, en ese momento y pesara a quien pesase, era él. A continuación, Talte prosiguió con dicha lectura, que fue recibida con sollozos emocionados y murmullos de sorpresa y admiración por parte de la servidumbre. A todos los criados, absolutamente a todos, el difunto señor legaba tales cantidades de

libras esterlinas que les aseguraban un futuro venturoso y libre de preocupaciones. Uno tras otro, y a petición del mayor de los Talte, fueron abandonando el gabinete hasta que en aquella estancia no quedaron más personas que *lady Williams*, él y los dos albaceas. Fue entonces cuando vino la parte gruesa del asunto y, a tenor de la cara de circunstancias del abogado, Damien intuyó que lo dispuesto por su difunto padre no iba a ser de su agrado.

—Queda, pues, revelar lo estipulado en el presente testamento en cuanto a las propiedades, tanto solares como fondos monetarios —expuso, mirándolos a uno y otra por encima de las gafas, antes de continuar—. La mansión conocida como Teldford Hall, tierras pertenecientes al ducado en Worcester, entendiéndose por tales tanto bosques, como pastos y campos de labor, incluidas las granjas y casas habitadas e inhabitadas sitas en todo terreno propiedad del duque, así como los fondos pecuniarios depositados en la Banca de Londres, serán divididos en dos partes iguales...

Damien afiló la mirada. Él era el único hijo y legítimo heredero. Si su padre había decidido despojarlo de la mitad exacta de su fortuna, aquello suponía una venganza y un insulto público.

—¿Cómo ha dicho? —barbotó con aire beligerante.

—Lord Kedwell —intervino el menor de los Talte—, le suplico que no interrumpa la lectura. En cuanto acabemos de detallar las disposiciones de su señor padre, que Dios acoja en su gloria, estaremos en disposición de facilitarle cuantas aclaraciones precise.

Damien examinó a la ocupante de la silla contigua, esa vez con todo descaro. La mujercita de luto continuaba sin inmutarse, como si lo que acababa de leer aquel picapleitos atildado no le provocase ni frío ni calor. Verla tan tranquila aumentó su irritación.

—Continúe —apremió, reacomodándose de mala gana en el respaldo de la silla.

—Bien —siguió, tras un ligero carraspeo—. Como decía, todas las posesiones mencionadas se dividirán en dos mitades de idéntica cuantía, que se legarán a lord Damien Murray, es decir —explicó, dando unos toquecitos con el dedo al papel que tenía en la mano—, al actual duque de Kedwell, por una parte...

El aludido se preparó para escuchar el nombre de su rival o, lo que era lo mismo, el nombre de la impávida amante de su padre que se sentaba a su lado.

—... y, por otra, a lord Jeremy Williams.

—¿Quién coño es ese...? —preguntó Damien irritado; aquel nuevo dato acababa de romperle todos los esquemas.

—¡Señor! —lo reconvino el mayor de los albaceas.

—Lord Jeremy es mi hijo.

Damien giró el rostro hacia su derecha. Era la primera vez que escuchaba su voz y a sus oídos sonó determinada, nada que ver con el tonillo lastimero de fingida viuda doliente que esperaba de ella.

Pero el nombre de su rival todavía resonaba en su cabeza. «Jeremy», el mismo que leyó en una tarjeta junto a las flores depositadas sobre la tierra de la sepultura. Por la edad que aparentaba la madre, debía de tratarse de un niño. Damien maldijo a su padre una y mil veces; así que el muy condenado había entretenido sus días de solitaria vejez en engendrar un bastardo que iba a arrebatarse la mitad de la fortuna que llevaba años esperando. Aquello, más que una venganza, era una auténtica bofetada desde la tumba.

Entre tanto, el abogado que llevaba la voz cantante se había apresurado a continuar con la lectura, ante lo incómodo de la situación.

—Dicho legado se hará efectivo, según se hace constar en el presente testamento, siempre y cuando ambas partes convengan en aceptar la disposición adicional que se detalla como condición de obligado cumplimiento.

—¿Ambas partes? —intervino Damien, con más que evidente irritación—. ¿Qué se supone que debo cumplir a medias con ese tal Jeremy?

—Ese tal Jeremy es mi hijo —recalcó *lady Williams*—, y le ruego... Mejor dicho, exijo, el debido respeto cuando se refiera a él.

—No creo que esté en condiciones de exigir, *milady* —recalcó el tratamiento con desprecio.

Ella lo miró a los ojos y, por primera vez, mostró una actitud desafiante.

—Póngame a prueba.

Damien le sostuvo la mirada con una sonrisa sarcástica. Aquellos ojos peleones eran absolutamente impropios de una dama, por muy calculadora y cicatera que esta fuera.

—Señor, *milady* —rogó el menor de los abogados—, si permiten que mi hermano continúe con la lectura, acabaremos con esto y ya decidirán juntos o por separado si cumplen o no con lo que estipula el testamento.

—La condición a la que me refería —prosiguió el otro Talte— incluye la condición de que *lady Williams*, dada la juventud de uno de los herederos, debe comprometerse a ejercer en nombre de su hijo lo aquí estipulado —dijo, señalando un párrafo con el dedo.

A pesar de que se dirigió a ellos, Damien y *lady Williams* guardaron silencio dispuestos a saber cuál era la cláusula que debían cumplir si no querían quedarse sin un penique. Y el albacea, aprovechando que él y ella permanecían a la escucha, se apresuró a indicar con concisión en qué consistía dicha obligación testamentaria. Se exigía a lord Kedwell que entregase, en mano y en metálico, la suma de libras legada a otros cuatro beneficiarios, cuyos nombres no le serían revelados hasta el momento de hacer efectivo el pago. La identidad de tales personas constaba en sendos sobres lacados, que serían entregados, de aceptarlo así, a *lady Williams* como depositaria de los mismos, quien debía velar por que fuese efectivamente cumplida la última voluntad del difunto. Una vez realizadas las cuatro entregas, la fortuna del finado pasaría de forma automática a manos del joven lord Jeremy Williams y del duque de

Kedwell, con la condición expresa de que al duque le correspondiesen todos los bienes solariegos que conformaban las posesiones del ducado desde hacía dos siglos.

—Es decir, que el hijo de mi recién nombrada «socia» —comentó Damien con sarcasmo— se llevaría el dinero, y yo tendría que conformarme con las tierras y las casas, que me importan un carajo.

—Y la parte correspondiente en libras esterlinas hasta alcanzar un valor parejo —indicó el más joven de los dos abogados—. Si se me permite —dudó este; Damien movió la cabeza, invitándolo a continuar—, las tierras del ducado constituyen un envidiable legado. Son prósperas y proporcionan excelentes ganancias cada año.

—Y también dan trabajo —masculló Damien.

Que lo ahorcaran si tenía intención alguna de asumir las obligaciones y responsabilidades de un hacendado rural.

Si algo le quedó claro a lord Kedwell, una vez abandonaron el gabinete, fue que, o se comprometía a entregar el dinero a los cuatro desconocidos cuya identidad se ocultaba en los cuatro sobres lacrados que debía custodiar la amante de su padre, o el hijo ilegítimo de su recién adjudicada «socia» y él no verían un penique de la herencia, ya que su «querido padre» dispuso en el testamento que, de no cumplirse lo estipulado, toda su fortuna fuera destinada a obras de caridad. Cumplir con aquella especie de juego establecido por el duque desde la tumba era, a sus ojos, un negocio; nada más. Y a esa ocupación Damien llevaba dedicándose la mayor parte de su vida, para subsistir de la manera más ingeniosa posible sin necesidad de ejercer un oficio y, todo había que decirlo, no se le daba nada mal.

Así pues, como un negocio más asumió la disposición testamentaria. Esperó hasta que los hermanos Talte se despidieron y abandonaron la mansión, para abordar el tema con la otra parte interesada. *Lady Williams*, en ese momento, declinaba la sugerencia del ama de llaves de servir un refrigerio. Damien aguardó hasta que la señora Sample desapareció, de regreso a la cocina. Pero no tuvo que ir al encuentro de su recién adjudicada socia porque, en cuanto se encontraron a solas, fue ella quien se acercó a él.

—Las presentaciones sobran —le espetó—. Yo ya sé quién es y usted ya sabe quién soy.

—Sí, me ha quedado bastante claro que fue la amante de mi padre, *milady* —comentó con sorna.

Ella lo enfrentó con ojos beligerantes.

—Ni por un momento —rebatía—. Fui durante los últimos dos años la protegida de su padre.

—¿Ahora lo llaman así?

—Y no por mí, sino por mi hijo —interrumpió, fingiendo no haber oído su comentario sarcástico.

—Ya, el pequeño bastardo que va a quitarme la mitad de mi herencia.

Damien tuvo que reaccionar rápido, porque ella movió la mano con intención de abofetearlo con tanto ímpetu que por un segundo no se la estampó en plena cara. Por suerte para él, pudo alcanzar su muñeca al vuelo y sujetarla a tiempo.

—Quieta, bruja —murmuró entre dientes.

—¡Suélteme, me hace daño! —gritó sin dejar de forcejear.

Él la apretó aún más y, de un tirón, la atrajo hacia sí.

—Cierra el pico, jodida arpía —siseó con expresión peligrosa—. ¿No te gusta que te recuerden la clase de mujer que eres?

—Insúlteme si eso lo hace creerse más hombre, pero a mi hijo ni se atreva a nombrarlo.

Damien la provocó con una risilla burlona. Así que la ofensa se debía al niño. Él perdió a su madre al nacer y por ello desconocía qué clase de cariño desmedido movía a una dama a transformarse en una arrabalera por defender a su hijo.

Mientras él se sumía en esos pensamientos, ella le tomó ventaja y, aún asida por la muñeca, intentó darle un rodillazo en la entrepierna, pero el duque de Kedwell, acostumbrado a pelear y vencer, esquivó el ataque con un rápido movimiento.

Caramba con *milady*, reconoció con asombro; quién iba a decir de aquella damita contenida que sabía luchar como una ratera de Whitechapel.

—Cuidado con esa rodilla, ¿pretendes causar serios daños a la parte más valiosa de mi cuerpo? —Rio, retorciéndole la muñeca.

Ella gimió de dolor y Damien por fin la soltó, asegurándose antes de ponerla a distancia de un empujón. Sin borrar la sonrisa de su cara, continuó mirándola con descaro. Dada la altura y corpulencia de él, a Damien le hacía gracia verla blandir el puño ante su cara con las mejillas encendidas y las trazas de una mujerzuela.

—Nunca vuelva a llamar bastardo a mi hijo —gritó.

—Baja la voz —ordenó—. Vas a escandalizar a los criados.

—¡Nunca! ¿Me ha oído, asqueroso cabrón?

El duque alzó las cejas, perplejo. ¿Qué modales eran aquellos? O mejor dicho, ausencia de modales.

—Qué lengua más sucia, preciosa. Tendrías que beber aceite de ricino.

Ella lo miró con ferocidad, haciendo caso omiso.

—Lo mataré como vuelva a llamar bastardo a mi hijo. Y le juro, milord, que no me temblará la mano.

UNA DAMISELA CON CORAZÓN DE FIERA

Era media tarde y Damien tomaba una copa de coñac en el Traveller's Club. Se encontraba prácticamente solo en el salón, y en silencio, salvo por la conversación entre murmullos que mantenían dos viejos socios, acomodados junto a un ventanal. Damien los observó de pasada y centró de nuevo su atención en la copa que sostenía en la mano.

Sin pensar en ello, la agitó y se distrajo con los giros ambarinos del licor dentro del cristal. Desde donde estaba, se oía la cháchara de la sala de juego contigua que, amortiguada por la pared, impedía distinguir si se trataba de disputas políticas u opiniones sobre los precios del mercado.

El club, bajo su apariencia de lugar de diversión y solaz para caballeros, era el sitio idóneo para establecer contactos provechosos y llevar negocios a buen puerto. Era una suerte para él que allí no se le considerase un desclasado. Para bien o para mal, era el duque de Kedwell, aunque su estilo de vida no fuese del agrado de la mayoría de los de su clase, tanto como para impedirle la pertenencia al White's Club, el más elitista de todo Londres. Al menos en el Traveller's se le aceptaba con buenos ojos. No es que fuera su sitio preferido, pero tampoco tenía intención de rebajarse frecuentando cualquier taberna donde cualquiera podía entrar, se cantaba a voz en grito y siempre había un infeliz ebrio de cerveza que tropezaba con alguna escupidera y la hacía rodar por el suelo cubierto de serrín.

Dio un sorbo de coñac y, al retornar el codo al reposabrazos del sillón, se quedó mirando el arañazo que lucía en la mano y sonrió. Un recuerdo dejado por la furia de *lady Williams*. Ciertamente era que su comportamiento no fue en absoluto caballeroso, pero ella no se quedó atrás. Damien recordó el momento. Hacía ya tres días de la refriega que mantuvieron en el vestíbulo de Teldford Hall. Él se comportó como un golfo peleón y ella como una gata de las que clavan las uñas. En su mano portaba la prueba. Sonrió con agrado al reconocer que aquella mujer, bajo su actitud silenciosa y su vestido de luto, escondía una auténtica tigresa.

Aunque el arrepentimiento no iba con su naturaleza, por primera vez en su vida algo parecido a la culpa le remordió la conciencia. Damien reconoció que no había sido justo al insultar con tanta saña a un niño, inocente e incapaz de defenderse. La palabra «bastardo», que aquella mañana pronunció con tanta ligereza, le revolvió el estómago.

Fue injusto ensañarse con el pequeño, cuando no era responsable de su condición de ilegítimo. Y le dolió reconocer que, al descargar la ira contra el chiquillo, había actuado con la misma saña que su padre utilizó siempre con él.

Con un último trago, apuró el coñac, decidido a dejar de lado el sentimentalismo.

El orgullo no pagaba las facturas, no iba a cometer la estupidez de renunciar a la fortuna familiar que le correspondía. Lo más sensato era congraciarse con aquella mujer, llegar a un acuerdo y, una vez entregada la parte a cada uno de los cuatro destinatarios misteriosos, reclamar cada cual lo suyo y olvidar. El legado familiar, aunque mermado en un cincuenta por ciento, le pertenecía por derecho y suyo sería.

Cuando Oriana Williams recibió el mensaje que el joven lord Kedwell le hizo llegar por medio del despacho de los albaceas, asumió como un acto conciliador aquella petición para reunirse con ella, en un lugar que dejaba a su decisión. Y en atención a la cordura, optó por olvidar el desagradable incidente del día del entierro y sellar la paz, puesto que era lo más conveniente para ambos.

Su prioridad era defender los derechos de Jeremy y velar por su bienestar, en este caso económico. No le quedaba otra que aliviar el amor propio herido con un par de cucharadas de sensatez y actuar como lo haría cualquier madre.

Así fue como, por medio del mismo cochero enviado por Talte Brothers desde Londres, remitió respuesta a estos, con el ruego de que hiciesen llegar al duque de Kedwell una invitación, pues con gusto lo recibiría en su casa de Gerrards Cross. No sin sorpresa, recibió inmediata respuesta. Oriana no esperaba que el duque fuese tan madrugador como para salir en camino a hora tan temprana. Londres no distaba demasiado del condado de Buckingham, pero las veintiuna millas obligaban a un viaje cercano a la hora, y el duque había confirmado su visita a las nueve en punto.

Esa mañana, Oriana comprobó que todo estuviese dispuesto en el saloncito donde acostumbraba a coser o a leer por las tardes, ya que, desde que enviudó y la familia de su marido les dio literalmente la espalda a ella y a Jeremy, no había vuelto a recibir visitas.

Fue el cochero, que también ejercía de mayordomo e intendente, a falta de ama de llaves, quien se encargó de avisarla de la llegada del duque. Oriana se arregló las puntillas de la bocamanga y se atusó el moño antes de salir a la puerta a recibir al recién llegado. Los mozos de cuadras ya se hacían cargo de los caballos, que pifaban agotados mientras lord Kedwell se apeaba del coche de punto. Ese detalle la sorprendió, pues, dada su posición, imaginaba que poseería un carruaje propio; pero no debía de ser así, tal como dejaba adivinar aquel coche de alquiler.

No fue esa la única sorpresa. Oriana tuvo que reconocer también que el duque le removía una clase de emociones que creía muertas. Que era un hombre muy atractivo saltaba a la vista. De elegantes ademanes y una sonrisa peligrosa siempre bailándole bajo la recta nariz, encantos ambos que, unidos a su figura de ancha espalda y piernas largas de jinete, rendían a las mujeres sin necesidad de que el duque pusiera ningún empeño en seducirlas. Mientras él departía con los mozos con aire campechano, absolutamente impropio de un caballero, ella pensó en lo poco que le importaban las convenciones sociales al hombre que estaba a punto de permitir que pisara su casa.

Oriana se fijó en su cabello negro como la brea, difícil de domar, y en el mentón cuadrado con esa sombra de barba cerrada. No era un caballero de rasgos refinados como lo fue su padre, muy al contrario. Oriana pensó que debió de heredar ese físico poderoso de la familia materna. De no vestir como un perfecto *dandy*, podría pasar por herrero o cualquier otro tipo de trabajador manual, acostumbrado a levantar pesos. Entonces recordó que se decía de él que, durante su alocada juventud, llegó a trabajar como estibador en los muelles de Bristol. Ella no creía que fuese cierto, porque acarreaba fama también de buen vividor.

El duque de Kedwell subió al trote los cuatro escalones de acceso a la casa.

—*Lady Williams* —saludó con un elegante gesto de cabeza, y le tendió la mano.

—Lord Kedwell —correspondió con idéntico ademán.

Oriana se la estrechó, sorprendida y, por qué no reconocerlo, contenta de que no se la llevara a la boca para besarle los dedos. La ausencia de galanteo y el hecho de que la tratara con la misma deferencia que a un hombre le dio a entender dos cosas: que le tenía respeto y que entre ellos solo cabría una relación puramente crematística. Negocios y nada más. El intercambio de insultos, del que no se sentía orgullosa, y la refriega barriobajera de aquella mañana en Teldford Hall habían surtido efecto.

—Acompañeme, por favor —lo invitó a seguirla, abriendo paso hacia el interior de la casa—. Imagino que vendrá cansado del viaje, pediré que nos sirvan un jerez.

—Bonita casa —comentó mirando a su alrededor, mientras se quitaba los guantes.

—Sencilla, como puede comprobar. Por aquí somos gente de campo.

El duque no hizo caso del retintín con que lo dijo. Era cierto que Buckinghamshire era un condado rural, donde abundaban las haciendas agrícolas gracias a las fértiles tierras de cultivo del valle de Aylesbury, pero aquella encantadora casa de ladrillo rojo y blancos alféizares no era precisamente una granja, tal como acababa ella de dar a entender con su ácido comentario.

Ya en el interior, a Damien le gustó todavía más. Y no por la sencilla belleza de la edificación: aquello parecía un hogar. Opinión que reafirmó cuando se acomodó en el saloncito. Tuvo la impresión de que los muebles y detalles que lo rodeaban denotaban el gusto de una mano femenina. Él, que odiaba en especial las cursilerías recargadas que muchas damas confundían con elegancia, observó que aquel ambiente era sencillo, pero con detalles nimios aquí y allá que lo hacían muy acogedor. Era algo a lo que no estaba acostumbrado y tuvo que reconocer que resultaba muy agradable.

Una joven cocinera, a la vista de sus manos estropeadas, pero con mandil de doncella, se presentó al punto portando una bandeja con una botella tallada y dos copas, junto a una bandeja de pastelillos caseros que olían realmente bien. *Lady Williams* sirvió el jerez para ambos y lo invitó a tomar una de las copas.

—Pruebe uno —le sugirió, señalándole lo que parecían *scones* caseros—. La señora Derrick tiene una excelente mano para la repostería.

—Gracias —aceptó, seducido por el delicioso aroma que despedían.

Al primer mordisco, Damien cayó rendido al hechizo de aquella cocinera. Ni falta que le hacía el tradicional aderezo de crema batida. El azúcar y las pasas bastaban para deleitar el paladar.

Oriana se conformó con el jerez. Se llevó la copa a los labios y dio un sorbito antes de hablar.

—No es necesario que me diga para qué ha venido —advirtió, dejando claro que iba a llevar la voz cantante en aquella conversación—. Y debo decirle que su presencia, es decir, su decisión de cumplir con lo dispuesto en el testamento, me satisface más de lo que imagina.

—No veo que necesite el dinero de mi padre para vivir —la interrumpió, señalando con la mano a su alrededor. Ante la mirada agria que ella le lanzó, se apresuró a aclarar sus palabras—. No me malinterprete, *milady*. No he pretendido ofenderla, y si mi padre en vida decidió mantenerla...

—Aclaremos una cosa, milord —lo frenó con expresión de advertencia—. Ni el duque me dio un penique ni yo lo habría aceptado. Ah, y deseo puntualizar algo más antes de seguir: Jeremy no es hijo ilegítimo de su padre, ¿le ha quedado claro?

—Como el agua.

A Damien le tocó una remota sensibilidad, que ni sabía que tenía, verla defender a su hijo con tanta vehemencia. Él desconocía lo que era una madre, pero, esa pequeña parte de él que aún conservaba del niño que fue, a veces imaginaba que la suya, de haber sobrevivido al parto, lo habría amado tanto como aquella mujer quería a su hijo.

—Bien. Aclarado esto, insisto también en precisar que mi relación con lord Kedwell fue absolutamente decorosa.

—Entendido, usted y mi padre no fueron amantes —aceptó—. Pero ¿por qué llegó a convertirse en su protegida, *milady*?

—Por afecto a una misma persona, mi hijo.

—Dudo mucho que mi padre supiera lo que es el afecto.

—Yo no albergó ninguna duda al respecto.

Damien pensó que un hombre tan cruel debió de ablandarse con la senectud.

—Debía chochar —concluyó tajante, y aprovechó para cambiar raudo de tema, porque odiaba hablar de su padre—. Ya que lo menciona, aprovechando que estoy aquí, ¿no voy a conocer al rival que me ha arrebatado la mitad de mi herencia?

Ella lo acribilló con una mirada furiosa.

—No se enoje, *milady* —rogó—. Es lógico que sienta curiosidad por conocer a mi pequeño socio —bromeó para apaciguarla.

Lo divertía, en el fondo, tener que tratar de igual a igual a un jovencito que no debía de levantar dos palmos del suelo; dada la edad de la madre, no podía ser mucho mayor.

Damien sonreía con malicia, pero no había ni pizca de maldad en sus ojos. Oriana descubrió en ellos una inocencia insospechada en aquel hombre al que tildaba todo

Londres de libertino sin escrúpulos. Sintió que la miraba con los ojos de un niño. Fue ese brillo de travesura inocente que tanto le recordó a su propio hijo el detalle que logró derribar sus defensas.

Y, sin poder evitarlo, Oriana sonrió también.

—Me temo que hoy será imposible. Jeremy se encuentra con su preceptor y a este no le gusta que lo interrumpen durante las lecciones.

—Una lástima.

Oriana no vio otra cosa que sinceridad en aquella escueta afirmación, hecho que le agradó también. Con todo, y aunque la antipatía que sentía hacia el duque empezaba a disiparse, decidió andarse con cautela. Estaba claro que tenía delante a un seductor con mucho oficio y ella no era de las que se dejaban engatusar.

—En cuanto a su pregunta anterior, milord, puedo afirmar que no paso por dificultades económicas. Vivimos bien, sin lujos pero tampoco pasamos estrecheces. Mi difunto marido me dejó esta casa —dijo, refiriéndose a la hacienda en la que se asentaba la propiedad—. Y las cosechas, gracias a Dios, han sido abundantes desde que él nos dejó.

—Una suerte —opinó, apurando su copa de jerez—. ¿Puedo? —pidió, señalando los pastelillos.

—Por favor —lo invitó y Damien cogió otro delicioso *scone* de la bandeja—. Pero en el campo no caben las apuestas, nunca sabemos si habrá ganancias o no. Así que no me vendría mal contar con unos miles de libras en el banco; ello me supondría una tranquilidad.

—Entiendo.

Oriana tomó aire antes de sincerarse; hacía tiempo que necesitaba quitarse ese lastre de encima, y qué mejor que con un desconocido al que, cobrada la herencia, no volvería a ver.

—No, no creo que lo entienda —rebató—. No pretendo utilizar un dinero que pertenece a mi hijo, salvo que sea imprescindible para garantizar su bienestar. No tengo a nadie, lord Kedwell. Mi hermanastro ni me habla y para la familia de mi marido dejé de existir el mismo día de su entierro. Estoy sola en el mundo con un niño de siete años, pero velaré por mi hijo mientras me quede un soplo de vida.

Damien prefirió no hacer comentarios al respecto ni ahondar en su mala relación con su parentela y con la de su difunto esposo. En todas las familias había mucho que barrer y, cuanto más regia la mansión, más porquería ocultaba bajo las alfombras. Por ello, desvió la conversación hacia algo que había despertado su interés.

—Lamento no poder conocer a su hijo. Y lamento también que esté con su preceptor —confesó—. Yo también recibí ese tipo de educación y sé la soledad que ello supone.

Ella entendió a qué se refería y no le importó ser sincera, una vez más.

—Sí, estoy de acuerdo. No puedo evitar que Jeremy crezca solo, por eso decidí que asistiera a la escuela dominical de la vicaría. Quiero que crezca en contacto con

otros niños.

Damien sonrió al imaginar al pequeño lord sentado en aquella escuelita parroquial, entre los hijos de los granjeros y aparceros de la zona.

—Qué escándalo —apuntó con una sonrisa divertida.

Oriana no pudo evitar sonreír también con complicidad; cada uno a su manera, eran un par de transgresores a ojos de la correctísima alta sociedad.

—Pues sí, un motivo más para ganarme el odio de mi familia política —apostilló con ironía.

A partir de ese momento, y como Damien sugirió que debía regresar a Londres y el coche alquilado estaba a la espera, la conversación viró hacia las estipulaciones testamentarias del difunto lord Kedwell. Damien se comprometió a cumplir con la obligación de entregar la parte dispuesta a cada uno de los cuatro legatarios desconocidos y Oriana aceptó ser la portadora de los sobres lacrados que contenían la identidad de estos y acompañar al duque en cada ocasión, para dar fe de ello ante los albaceas. Convinieron en que ella le enviaría aviso del día y destino, en cuanto los hermanos Talte le facilitaran los sobres y el dinero. Tras una formal despedida, Damien salió de aquella casa convencido de que, una vez concluido aquel absurdo cometido dispuesto por su padre, cada cual continuaría con su vida y no volverían a verse más.

Oriana, en cambio, contempló pensativa la partida del coche de punto. Ella tenía otro motivo, además de la herencia, para lanzarse a aquella aventura en compañía del duque.

Una esperanza, un secreto que no podía ni debía revelar a lord Kedwell hasta no estar bien segura... Desde hacía un rato, su opinión sobre el duque había empezado a dulcificarse. Podía ser que le contase la verdad cuando todo aquello acabara. O quizá nunca.

LA PRIMERA ENTREGA

Oriana no tardó más de tres días en organizarlo todo. Notificó la decisión de ambos a los albaceas y estos, por medio de un mensajero a caballo, le hicieron llegar hasta Gerrards Cross los sobres lacados, con orden expresa de entregárselos en mano. Cuando abrió el primero de ellos y supo que el primer destino era la ciudad de Southampton, mandó que comunicaran al duque que se reunirían de camino, cerca de Windsor. La respuesta de lord Kedwell no se hizo esperar y propuso viajar en un coche alquilado para mayor privacidad.

Oriana estuvo de acuerdo, puesto que sería más cómodo que hacerlo en diligencia en compañía de otros viajeros. Así pues, como el duque no poseía coche propio y ella solo disponía del faetón descubierto de su difunto esposo, envió a su jefe de cuadras a que alquilara uno de punto.

El 15 de mayo, bien temprano, emprendió viaje, animosa pero con el alma encogida tras despedirse de Jeremy, del que no se había separado nunca. Pero Oriana se repitió, durante las diez millas siguientes, que estaba haciendo aquello por él, pensando en su bienestar y en asegurarle un futuro.

En el cruce de caminos de Windsor, lord Kedwell la estaba esperando con las manos a la espalda, como si llevara allí un buen rato, hecho que volvió a sorprenderla, pues sus correrías nocturnas eran famosas desde Brighton hasta las costas de Escocia; un estilo de vida que, según la opinión generalizada, deshonoraba a su padre y el título. Oriana no era aficionada a creer en habladurías, pero el hombre que la aguardaba intranquilo en un repecho del camino tampoco hacía nada por desdecirlas. Fuera como fuese, se sentó derecha en su asiento, dispuesta a compartir viaje con aquel duque sin honor.

—Emili Ribbes —reveló Oriana.

—No recuerdo ese nombre.

Lo primero que hizo Damien al subir al carruaje fue preguntarle por la identidad de la persona a la que debían entregar la suma de diez mil libras, y lo cierto era que no recordaba haber oído antes el nombre de aquella mujer.

—Debe de resultarle difícil recordar a una mujer, con la cantidad que se rumorea que han pasado por su vida, milord —comentó.

Damien se ladeó para verla bien y notó que ella lo miraba de soslayo.

—¿También cree en las habladurías que dicen que mi corazón está encerrado en una coraza helada?

—Me temo que sí —afirmó, volviendo la vista al frente.

—Y tu corazón, *milady*, ¿también permanece aletargado en una tumba de hielo o es que eres inmune a las pasiones?

A Damien se le iluminó la mirada al adivinar que había dado en la diana de su orgullo femenino. La miró de cabeza a pies; tenía un buen cuerpo y la ropa de viuda discreta le sentaba bien. Estaba mucho más bonita que con el vestido de luto que llevaba el día del entierro en Teldford Hall.

—No estoy muerta, milord. Existe una diferencia ente carecer de pasión y saber mantenerla sujeta —aseveró alto y claro—. Y le ruego que deje el tuteo, no nos une ningún tipo de intimidad.

Aquellas palabras fueron como un golpe de fusta, el acicate perfecto que lo impulsó como un resorte hacia ella. Sin el más mínimo decoro, la atrajo por los hombros con un brazo y, sin darle tiempo a reaccionar, se inclinó sobre ella y le besó la punta de la nariz.

Fue un roce rápido y Damien se preparó para la nada delicada bofetada que estaba a punto de recibir a modo de premio.

Pero el bofetón no llegó. Al contrario, la mirada burlona de *lady* Williams lo envolvió en un halo de complicidad tan íntimo y sorprendente que le hizo correr la sangre con un brío que no había imaginado. Y lamentó no haber sido más osado y haberla besado en la boca... Porque la hembra que tenía pegada a sus labios era brava, porque no se apartó ni lo rechazó, quizá para demostrarle que más le valía ver en ella a una rival que a una víctima de sus encantos. Damien llevaba tanto tiempo jugando el mismo juego de la seducción convencional que había acabado por aburrirse. Hacía mucho que las damas enamoradizas le provocaban hastío. Esa bravura envuelta en un frío disfraz, tan inusual en una mujer, por primera vez en muchos años le avivó el afán de conquista.

Retiró despacio la cabeza hacia atrás y la miró a los ojos. Era lo bastante experto como para reconocer en *lady* Williams el fuego latente que tanto se preocupaba por esconder.

—Y ahora que ya hemos compartido cierta intimidad —bromeó guiñándole un ojo—, ¿podemos por fin tutearnos? ¿Qué dicen las normas sociales al respecto? Me temo que no estoy al tanto de lo que es conveniente o no.

—Me temo que yo tampoco —confesó, medio en broma—. Ese es el motivo de que la familia de mi marido y el único hermanastro que me queda me hayan dado de lado.

—Ardo en deseos por conocer los detalles.

Ella se encogió de hombros y cabeceó, sin ganas de entrar en ellos.

—No hay mucho que contar. Mi padre era marino y mi madre trabajó como costurera hasta que él, viudo, se enamoró de ella. No pertenezco a la nobleza. Mi hermanastro siempre me tuvo por la hija de una sirvienta. En cuanto a la familia de mi marido, simplemente no pertenezco a su clase.

Damien meditó sobre ello. Por lo que había podido averiguar, Benjamin Williams

nunca perteneció a la alta alcurnia. No entendía tantas ínfulas por parte de esa gente, cuando no era más que un *baronet* y, por lo que se sabía, prácticamente en la ruina. Ese afán por aparentar de la clase alta lo ponía enfermo.

—No merece la pena hablar de ello —convino—. Y puesto que ninguno de los dos practicamos ese juego estúpido de la corrección social, que solo es pura apariencia, insisto, ¿podemos tutearnos?

Damien la vio disimular la sonrisa; por lo visto le divertía su compañía. Con él como camarada, ya no debía sentirse tan sola en el mundo de los desclasados.

—Oriana —concedió ella.

—Oriana —repitió, con un suspiro profundo—, precioso nombre. Llámame Damien.

Ella se acomodó un poco ladeada de cara a la ventanilla y él apoyó la cabeza en el respaldo acolchado y estiró las piernas. Durante un rato no dijeron nada más, pero Damien la observaba de tanto en tanto. Aquella mujer era una fuente de continuas sorpresas. Se equivocó al juzgarla a primera vista como mujer de hielo en la mirada, hielo en la cama y hielo en el corazón. La joven viuda se empeñaba en mantener la pasión sujeta y bien anudada en su interior. Y él, precisamente, era un experto desatando pasiones.

Según las instrucciones que contenía el primer sobre, Oriana indicó al cochero que los llevara hasta su destino. Damien no entendía nada cuando este les abrió la portezuela y los invito a que se apearan a las puertas de un hospital.

Atravesaron varios pasillos en silencio, en los que se percibía el olor de la muerte. Con la monocorde compañía de los quejidos apagados que llegaban desde las salas llenas de catres, avanzaron hasta una de ellas. Una religiosa les señaló el camastro del fondo.

Damien se quedó impresionado al ver postrada en él a una mujer joven comida por la sífilis. Y entonces recordó el nombre de Emili. Una criadita de Teldford Hall, una de las sirvientas de su padre. Él debía de tener unos dieciséis años cuando la sedujo. La chica no era inocente; de hecho, poseía más experiencia que él. Damien recordó cómo retozaron sobre el heno de las caballerizas una mañana de primavera. Y a ese primer encuentro le siguieron unos cuantos más, hasta que el ama de llaves estuvo al corriente del asunto y la puso de patitas en la calle. Él ni se enteró del despido de la muchacha, puesto que marchó al selecto internado de Eton, donde su padre lo envió para ampliar estudios.

Una aventura erótica sin importancia que para la muchacha supuso el principio de una vida de desdicha.

—Emili, ¿te acuerdas de mí?

La enferma entreabrió los ojos y giró el rostro con un rictus de dolor.

—Nunca olvidaré esos ojos, ni esa boca que fue mi perdición... ¿A qué ha

venido? ¿A reírse de mí? —murmuró, haciendo un gran esfuerzo—. Me echaron de la casa —recordó la enferma con dificultad—. Y no hizo nada por evitarlo, milord.

—No lo supe hasta muy tarde.

—Falso embustero —resolló, y tuvo que descansar para coger aire—. No volvió a acordarse de mi cara.

Damien guardó silencio, incapaz de rebatir aquella verdad. El idilio con la joven Emili supuso un tanto para su hombría, mientras que ella fue lanzada a las calles. Sin referencias, era de imaginar que no pudo encontrar empleo como sirvienta y se vio abocada a la mendicidad o la prostitución como único medio para subsistir.

—Mi familia me repudió por haber sido despedida como una deshonrada. Yo era bonita —trató de reír, pero sonó a llanto—. ¿De qué sirve la belleza cuando se es pobre y joven?

Me convertí en una ramera.

—Emili, ahora las cosas pueden cambiar —intervino Damien—. Estamos aquí para hacerte entrega de diez mil libras que te ha legado mi padre en su testamento.

—¿Ha muerto el viejo señor? —Damien asintió en silencio—. Así se pudra en el infierno.

—Con ese dinero podrás pagar los mejores médicos de Inglaterra.

—¿Dinero? —barbotó sin resuello—. ¿Y no ha venido a pedirme perdón?

La muchacha escupió a los pies de lord Kedwell, quien, en un acto de caridad, aceptó que no merecía mejor trato por parte de la muchacha.

—Te pido perdón si mis actos o la ausencia de ellos te perjudicaron —susurró.

La infeliz ni lo escuchó, porque cerró los ojos y se sumió en un delirante letargo.

—Yo no hice nada malo para que me echaran como a un perro. Nada malo...

Damien sintió una lástima inmensa por aquel despojo de ser humano que en su día fue la bella y tierna imagen del deseo juvenil. Intuyó que su fin estaba próximo, no podía hacer por ella más que dejarla morir en paz.

Pero, cuando iba a darse la vuelta, Emili lo llamó.

—Milord... —murmuró; su mirada despedía un odio febril—. No era tan bueno en la cama, no mereció la pena...

Notó que Oriana lo cogía del brazo, pero él rechazó de un tirón su gesto de apoyo silencioso. Estaba demasiado consternado por lo que acababa de presenciar. Giró en redondo y fue directo hacia la monja que cambiaba las sábanas de un jergón vacío en el otro extremo de la sala. Esta se quedó perpleja cuando Damien le hizo entrega de las diez mil libras esterlinas.

—Un donativo para el hospital —aclaró—. Le suplico que hagan lo posible porque a la mujer del fondo no le falte de nada —indicó, señalando discretamente con la cabeza.

—La pobre Emili. —Damien asintió—. Le queda muy poco tiempo —dijo mirándola con compasión.

La monja apretó el dinero contra su pecho y miró al duque a los ojos con infinito

agradecimiento.

—Gracias, señor. La gente no suele acordarse de los que sufren. Es un bonito gesto.

Damien miró con compasión hacia la cama donde a la bella Emili se le escapaba la vida.

—Agradézcaselo a ella.

EL PESO DE LA CULPA

De regreso, y como los caballos necesitaban descansar, optaron por hacer noche en una fonda. El cochero solicitó alojamiento para los señores; también para él, en las habitaciones compartidas previstas al efecto. El dueño lo invitó a unirse a otros cocheros que cenaban en un comedor anexo a la cocina, cosa que hizo en cuanto se hubo ocupado de los animales.

Entre tanto, Oriana aprovechó para cenar sola durante el rato que Damien subió a su habitación para refrescarse cara y manos, y quitarse de encima el polvo del viaje. No es que lo hiciera por evitar su presencia, pero el silencio de Damien desde que abandonaron en hospital le dijo a Oriana que el duque no deseaba compañía. Una vez terminó la última cucharada de *pudding* de vainilla, se pasó la servilleta por los labios y salió del comedor con intención de ir derecha a su habitación. La lejanía de Jeremy la ponía melancólica y, aunque supuso que lord Kedwell no tardaría en bajar, no tenía el ánimo para chácharas de sobremesa. Solo deseaba desvestirse rápido, meterse en la cama y dormir de un tirón.

Se cruzaron en el primer descansillo de la escalera. Él bajaba al trote y, al verla subir, la observó contrariado.

—¿Ya has cenado? Me estaba preparando para venir a tu encuentro —comentó con sorna.

Ella no supo que aquella ironía era fruto de la rabia, una estrategia de supervivencia de su orgullo masculino, hecho pedazos por culpa de la visita a aquella pobre moribunda en el hospital. Aquel viaje lo hacía sentirse una marioneta en manos de su padre; si lo que pretendió legándole aquel dinero fue enmendar su mala conciencia por haberla echado de su servicio, convertirlo a él en mensajero era un nuevo acto de maldad. Esos eran los pensamientos que lo habían agujoneado desde la partida de Southampton y ese fue el motivo de su mutismo durante el viaje. Pero, todo eso, Oriana no tenía por qué saberlo.

Damien no quería que ella supiera que el dolor del pasado, avivado por los hechos presentes, lo hacía sentirse débil. Por ello se escudaba tras la fachada de la insensibilidad.

No contaba el duque con ese sexto sentido llamado intuición femenina. Oriana, como toda mujer, también supo ver más allá en su derroche de arrogancia.

—Pensé que preferirías estar solo, Damien. He respetado tu silencio en el carruaje porque a veces no necesitamos más compañía que nuestra propia soledad para aliviar los dolores del alma.

Damien la miró perplejo, sin saber a qué venía aquel consejo no solicitado. La palabrería santurrón le desagradaba sobremanera. Aquella redicha era un caso digno

de estudio, tenía la osadía de creerse lectora de su pensamiento.

—¿Qué sabrás tú de mis necesidades?

Sin ganas de discutir, Oriana apartó la mirada y se alzó el bajo del vestido para emprender el siguiente tramo de escaleras, pero el duque le impidió el paso, colocándose ante ella como un muro infranqueable.

—Mis necesidades, querida Oriana, son otras —avisó, mirándole el escote con un descaro que la hizo sonrojar.

—Buenas noches, Damien —pronunció en tono tajante.

—Vamos, Oriana, no renuncies al postre antes de haberlo probado —dijo con una sonrisa diabólica—. ¿Seguro que no te apetece mi compañía?

La invitación sonó muy desagradable. Ella lo miró de frente, con orgullo y a la vez con lástima. Cada vez que empezaba a pensar que aquel zopenco escondía un mínimo de humanidad, él se empeñaba en demostrarle que no valía ni un chelín oxidado.

—No estoy tan necesitada —rebatíó muy seria.

—¿Estás segura?

Damien ladeó la cabeza con la seducción escrita en los ojos, alzó la mano y le acarició la barbilla despacio. Oriana dejó que fuera más allá y él le pasó el pulgar por los labios.

Entonces ella le apartó la mano a la vez que le sostenía la mirada sin inmutarse.

—Estoy segura —respondió por fin—. Y el día que la necesidad me apremie, yo decidiré cuándo y con quién.

Damien rio divertido ante aquella muestra de genio.

—Algo me dice que ninguna mujer te ha negado sus favores —comentó al verlo reír.

Él le cedió el paso con una galantería teatral y Oriana subió la escalera, pasando delante de él.

—Algunas sí —lo oyó decir a su espalda—, pero todas acabaron cayendo.

Oriana giró la cabeza, clavó los ojos en los de Damien y dijo con un tono muy significativo:

—Todas no.

Al día siguiente, cuando Damien bajó a desayunar, se llevó la desagradable sorpresa de saber que ella se había marchado una hora antes. Eso decía la misiva de puño y letra de Oriana que le entregó el mesonero.

No la necesitaba para nada; aquella mujer era un incordio viviente y, para colmo, tenía la desfachatez de darle órdenes. Porque así fue como Damien se tomó las instrucciones que ella hacía constar en dicha nota, tras el breve párrafo de anuncio informándolo de que regresaba a Buckinghamshire. Según decía, debían encontrarse transcurridos ocho días, en concreto el siguiente viernes. Indicaba que el lugar de

partida sería su casa, en Gerrards Cross, y que allí lo esperaría. Damien apretó la mandíbula al leer el retintín en su apostilla rogándole que acudiese temprano.

Y aún tenía la insolencia de añadir que sería ella quien se encargaría de alquilar y, por supuesto, abonar los gastos del carruaje. Sin demasiado interés, terminó de leer la carta, en la que tenía el detalle de explicarle los motivos de su decisión. *Lady William*, con un paternalismo irritante, opinaba que era lo más sensato y conveniente para ambos, dado que su próximo destino era la ciudad de Liverpool.

Damien hizo un gurrúño con la condenada nota y, aunque su primera intención fue lanzarlo bien lejos, se lo guardó en el bolsillo, no fuera a olvidar alguna de las instrucciones de aquella arpía mandona.

Con todo, la colección de maldiciones y juramentos que discurrió su mente, mientras esperaba que le prepararan un nuevo coche de alquiler, habrían escandalizado hasta al más rudo estibador de los muelles de Liverpool. Ciudad que, vaya por dónde, era el destino de su próxima excursión.

—Condenado testamento —masculló entre dientes.

Todo fuera por el dinero, se dijo y se repitió. Aunque malditas las ganas que tenía de cruzar media Inglaterra hasta las costas del noroeste en compañía de aquella especie de ama de cría insolente que lo trataba como a un niño de teta. ¿Desde cuándo una mujer se atrevía a dar instrucciones a un hombre? Damien pensó furioso que esa mujer en concreto, que daba tantas cosas por supuestas, que decidía a su antojo, que hacía y deshacía, dando órdenes a todo un duque, necesitaba que alguien la pusiera en su sitio de una buena vez.

Siete noches después del regreso de Southampton, cenó en su club acompañado por un par de caballeros con los que mantenía negocios. Al llegar a su casa, rehusó la copa que Darnell se ofreció a servirle en la biblioteca. Pidió que se le preparase la bañera y fue directo a su dormitorio. Al día siguiente tenía por delante un largo viaje y, para no contrariar a su socia forzada ni convertir el trayecto en una pesadilla silenciosa, decidió que lo mejor sería dormir de un tirón y amanecer bien descansado.

El baño le sentó bien por dos razones. Por una parte, lo dejó en un estado de relax óptimo antes de meterse entre las sábanas y, por otra, le quitó de encima el olor a perfume barato que le había dejado en el cuerpo la descarada putilla de Drury Lane que lo colmó de favores como aperitivo previo a la cena.

Ya en la cama, intentó conciliar el sueño, pero le fue imposible por culpa de un pensamiento que lo alarmaba y a la vez lo irritaba. No podía quitarse de la cabeza el desencuentro con Oriana en la escalera de la fonda donde hicieron noche. Acababa de gozar en brazos de una ninfa complaciente que le ofreció su cuerpo como si fuera un maharajá. Encuentro que no le produjo mayor placer que la liberación de una necesidad física. En cambio, la displicencia de *lady Williams* le sorbía el seso hasta el punto de quitarle el sueño. Por su cama habían pasado una legión de mujeres de las

que no recordaba ni el nombre, si acaso de una decena y haciendo un sobreesfuerzo memorístico.

—Oriana —se recreó pronunciando su nombre despacio en el silencio del dormitorio.

Ni su cabello, ni el color de sus ojos, ni la gracia de su rostro tenían nada de especial.

No, al menos, que no poseyeran millones de féminas; buena apariencia, nada más. Se preguntó qué extraño atractivo tenía que no conseguía olvidarla. Un único beso, pura travesura y no de los que avivan la pasión, y se le había metido en la cabeza hasta el extremo de provocarle insomnio.

Por fin se durmió, aunque tardó una hora larga en hacerlo. Concentró la mente en planear el viaje que le esperaba hasta que lo venció el sueño.

EL AROMA DEL CARIÑO

A la mañana siguiente, rayando el alba, puso en práctica la ruta planeada durante la vigilia y ordenó al cochero que se desviara hacia el condado de Worcester, antes de dirigirse a Gerrards Cross. Fue un largo camino, pero en esa ocasión no aumentó su desazón conforme menguaban las millas que lo separaban del lugar que lo vio nacer.

Quizá gran parte de los recuerdos amargos habían sido sepultados con su padre, pues desde el día del entierro, el nombre de Telford Hall ya no le provocaba una especial repulsión. La casa casi podía decirse que era suya, y ya no la habitaba ni lo haría jamás el culpable de su infeliz niñez. Por su propio bien, Damien quiso pensar que algún día no muy lejano, junto a los malos recuerdos, lograría enterrar también tanto dolor.

Al superar la parte boscosa del sendero, en lo alto de la loma vio la mansión con otros ojos por primera vez. Un cuarto de hora después, entraba de nuevo en la casa que no había vuelto a pisar desde la reunión con los albaceas.

Recorrió los pasillos rememorando instantes de su infancia. Entonces campaba a sus anchas, incluso por el ala del servicio, sin que las doncellas, que sabían de su soledad, tuvieran corazón para impedirle el paso ni negarle una sonrisa ni una broma amable.

Damien detuvo sus pasos al darse cuenta de que la señora Sample lo observaba desde la puerta de la cocina. Sintió la misma ternura por aquella mujer que cuando era niño al verla retorcerse las manos sobre su vestido gris. Y esa vez cambiaron los papeles, fue él quien abrió los brazos y la mujer, como una chiquilla ilusionada, acudió a su abrazo.

Damien la levantó del suelo y la estrechó pegada a su cuerpo. Su vieja aya olía a vainilla, como entonces. El mismo aroma dulce y placentero que alejaba los miedos, el olor del cariño.

—Mi joven señor ha vuelto —murmuraba contenta y emocionada.

Damien la dejó en el suelo para mirarla y le devolvió la sonrisa. Su rostro reflejaba los estragos de la edad. Él también había cambiado, pero su ajado corazón sintió en ese momento que no habían pasado los años.

—Tan risueña y consentidora conmigo como siempre.

La mujer se echó a reír. Su cuerpecillo enjuto al lado de la imponente figura del duque la hacía parecer aún más menuda.

—Nunca he creído las habladurías que corren sobre milord.

Damien la miró como un niño travieso.

—No fui un ángel ni soy un demonio. Créete la mitad.

La señora Sample lo miró con añoranza; ojalá hubiese podido ver esa cara de

diablillo juguetero cuando se ocupaba de su crianza y no la del niño triste sin madre que le venía a la cabeza cada vez que pensaba en él.

—¿El amo vuelve para quedarse?

—No me llames así, no me gusta. Y, además, no sé si sabes que aún no lo soy.

—Algo he oído comentar por los pasillos; ya sabe que los cotilleos se extienden como la mala hierba. No quiero pecar de indiscreta, pero ¿ha pensado en instalarse en la casa?

—No es esa mi idea.

La mujer exhaló un suspiro conformista.

—Entonces, todos acabarán marchándose —vaticinó, refiriéndose al resto del servicio—. Ya sabe que el viejo amo nos dejó bien protegidos.

Era cierto, Damien había estado presente cuando los abogados de Talte Brothers enumeraron las libras asignadas en el testamento a cada uno de ellos. Lo bastante para que no tuvieran que servir nunca más a nadie.

—Al final hizo algo noble.

La señora Sample arrugó el ceño, como si un recuerdo funesto ocupara sus pensamientos.

—Por aquel entonces —confesó, refiriéndose a los tiempos en que fue su aya—, algunas noches, cuando nadie me veía, derramé muchas lágrimas por milord.

—Ya ves que no sirvieron de nada. Ojalá pudiera habértelas ahorrado.

—No fue un buen padre. Ni las alimañas tratan así a sus crías. Y espero que el viejo señor purgue sus pecados en la tumba y que el Altísimo lo perdone, porque yo nunca lo haré.

Ella conocía la verdad. Puede que en la casa no quedaran muchas personas que supiesen cómo lo trató su padre. Pero Damien zanjó el asunto, se negaba a ahondar en el trato humillante y cruel, en el desprecio, en los golpes y latigazos que recibió en su niñez por parte del hombre que nunca lo quiso, ese que lo odiaba porque lo consideraba el culpable de la muerte de su amada esposa.

Se despidió de la señora Sample y, una vez en el coche, mandó al cochero que emprendiera el camino a trote rápido. La perspectiva de encontrarse con Oriana esperándolo en aquella casa campestre lo ponía contento. Dichosa mujer deslenguada, con aires de damita. Esos modales de fiera suponían un desafío para un depredador como él.

A Damien le costó aceptarlo, pero al fin tuvo que reconocer que tenía muchas ganas de verla.

LA SEGUNDA ENTREGA

Se llevó una secreta alegría al encontrar a Oriana tan contenta. Habría jurado que incluso ilusionada por emprender el viaje de nuevo. Nunca la había visto tan animosa y sonriente, con las mejillas sonrosadas como si el aire de su hogar tuviese el poder de un tónico vivificante. Incluso el brillo de sus ojos era muestra de su buen humor. El enfado que Damien arrastraba por su intempestivo y descortés abandono en la fonda se disipó al saber que iba a disfrutar de la más agradable compañera de viaje que se podía desear durante el trayecto hasta Liverpool.

—Observo que la estancia en Gerrards Cross te ha sentado muy bien —señaló Damien, ladeándose un poco en el asiento del carruaje para verla mejor.

Oriana le regaló una risa chispeante que llenó de alegría el interior del habitáculo.

—Una sola hora con Jeremy me hace recuperar el optimismo —dijo con aire soñador.

Damien, a pesar de que le fascinaba ser testigo de la relación madre e hijo, tan desconocida para él, contraatacó con juguetona seducción, fingiéndose contrariado por su respuesta.

—Y yo que creía que era mi presencia el motivo de tanta alegría.

En lugar de responder con una pulla, Oriana esbozó una sonrisa maliciosa.

—Un poco también. Me divierte viajar contigo, milord.

—Acabas de hacerme el hombre más dichoso de Inglaterra.

Ella afiló la mirada al ver su media sonrisa y sus ojos brillar como los de un gato de callejón.

—La compañía de un bribón descarado resulta muy estimulante, después de pasar tantos años rodeada de gestos rancios y avinagrados de esos que miran al resto de la humanidad por encima del hombro.

—Conmigo se comportan igual. Se me veta en todas las reuniones sociales. Ya sabes que me tildan de rufián.

—Pues, si mi opinión te interesa, milord, te confieso que me alegro. No soporto a la gente ante la que no se puede opinar libremente y que consideran que ser natural es signo de vulgaridad.

Con creciente interés, escuchó de boca de Oriana el rechazo sufrido por su propio hermanastro, que la tenía por una deslenguada sin modales. Y también notó el rencor en su voz por el ninguneo al que era sometida por parte de los Williams, desde la muerte de su esposo.

—No me duele por mí, sino por mi hijo.

—Olvídalos, no necesitas para nada a esa cuadrilla de petimetres.

—Mi marido no era como ellos. Por eso me enamoré de él, pero ya no está con

nosotros —aceptó con un suspiro que dio a entender a Damien que ya no lloraba su ausencia—. Ahora solo tengo a mi hijo, y la presencia de Jeremy en mi vida me basta para ser feliz.

—De momento cuentas con mi presencia forzosa también.

Ella lo miró de frente.

—Forzosa no —contradijo—. No lo es. Creí que me sacarías de quicio, pero reconozco que me agrada tu compañía, milord.

Damien sintió un cosquilleo en la boca del estómago cuya naturaleza no quiso investigar.

—¿Significa eso que me has echado de menos, *milady*?

—Un poco, lo confieso.

Al ver su expresión, mitad maliciosa, mitad inocente, Damien rio con ganas.

—Se necesita ser una mujer muy valiente para reconocer algo así ante un hombre tan vanidoso como yo.

Oriana no dijo nada, se mordió los labios para evitar sonreír. Desde luego que lo era, una absoluta insensatez pronunciar tal confesión ante quien se tenía por el sinvergüenza con más clase de todo Londres. Y con secreta diversión se preguntó si, por culpa de aquel viaje, empezaba a convertirse en una bribona descarada también.

Llegaron a una casa con jardín, en los suburbios de Liverpool, lejos del ambiente feroz y ruidoso del puerto, donde el incesante trasiego de buques cargados de mercancías convertía el ambiente en un trajín de carga y descarga, exabruptos, ruidos y escupitajos.

A las afueras de la ciudad se disfrutaba de un silencio propio del campo que contagiaba paz, y la brisa con olor a mar se mezclaba con el aroma a bosque, a manzanas y a mirto.

Era una vivienda de dos plantas que hacía esquina al final de la calle y, por su solitaria disposición, disfrutaba de un enorme parterre a su alrededor. Un caballito de madera, un par de pelotas de trapo perdidas y algunos juguetes más al otro lado de la valla hicieron comprender a Damien por qué, en lugar de árboles de fronda, sus dueños habían plantado en el jardín media docena de árboles frutales. Sonrió al pensar que aquella casa debía de ser un hogar con muchos niños, hambrientos a todas horas y con ganas de escalar hacia las ramas más altas en busca de una manzana.

Y no se equivocaba, como a punto estaba de averiguar.

Fue Oriana, como de costumbre, quien abrió camino. Rodeó la casa, al oír griterío infantil en la parte de atrás. Un niño de unos diez años, con los puños de la camisa rozados de tierra de tanto jugar, obedeció su ruego de avisar de su llegada y, mientras el chiquillo entraba por la puerta de la cocina, ella regresó junto a Damien, que aguardaba frente a la entrada principal.

La puerta se abrió y a Damien le resultó familiar el rostro del caballero que

apareció en el umbral. El hombre, no muy alto pero con una mirada viva, enarcó las cejas y se apresuró hacia el recién llegado con cara de júbilo.

—¡Milord! No puede ser cierto —exclamó—. Usted en mi casa. ¡Cuántos años han pasado!

Entonces Damien recordó. La imagen de un chiquillo de doce años le vino a la memoria a través del túnel del tiempo.

—¿Robert? ¿Robert Smith?

Al verse reconocido, este sonrió orgulloso y se apresuró a darle la mano. Damien correspondió al gesto, y el otro, con una familiaridad llena de admiración, tomó la diestra del duque entre las dos suyas.

—Sí, milord. Qué alegría veros, señor —afirmó feliz—. Han pasado tantos años que no creí que pudiera reconocermé.

—¿Cómo olvidar esa voz y esa cara, Robert? ¡Eres el mismo de entonces!

Damien puso la otra mano sobre las de Smith que sostenían la suya y el tacto rugoso lo obligó a mirar. Damien sintió como si un viento frío lo azotara de repente al contemplar la piel quemada de la mano izquierda de Robert Smith. Cerró los ojos, con la angustia mordiéndole la garganta al recordar un día aciago cuando ambos tenían trece años.

Sintió todo el peso de la culpabilidad, una carga insoportable que a su juicio merecía el peor de los castigos. Damien habría dado lo que fuera por poder ofrecer su propia mano al hombre que se asía a la suya con tanto afecto, porque él era el culpable de haberlo convertido en un lisiado.

—Perdóname, Robert —rogó mirándolo a los ojos—. Sé que es tarde, pero te suplico que aceptes mis disculpas, si eres capaz de perdonar.

Robert Smith mostraba una expresión que alejaba cualquier sospecha de resentimiento.

—¿Perdonar, milord? —rebatía—. ¿Qué perdón puede exigirse a la travesura de dos críos curiosos con ganas de experimentar? Esta mano, milord, es consecuencia de una niñería inconsciente, no de la maldad.

Damien no opinaba lo mismo. Robert era hijo de un granjero al arriendo de su padre; uno de los pocos niños con los que tenía trato, dado que el muchacho era muy espabilado y valiente, y gustaba de la compañía del silencioso hijo del amo. Juntos compartieron juegos y expediciones por el bosque, aventuras de críos y experimentos como el desgraciado accidente que acabó lisiando la mano de Robert aquel día que decidieron jugar con fuego y un frasco de alcohol.

Damien se sentía culpable, porque fue él quien incitó al muchacho a mojarse la mano con alcohol. Fue él también quien encendió la cerilla y prendió fuego para ver qué pasaba. Y el otro acató la orden como un bendito porque era hijo de un granjero y él un pequeño aristócrata al que había que obedecer. Paradojas de la vida, por esa travesura su padre no lo castigó. A pesar de las graves consecuencias, el duque no lo consideró responsable. Solo supo que su compañero de aventuras pasó un tiempo en

un hospital y no lo volvió a ver.

—Ojalá fuera posible retroceder en el tiempo y evitar los errores del pasado —murmuró, hundido por el peso de los remordimientos.

—Milord, aquel accidente siempre lo he considerado una suerte. Para mí lo fue porque me esperaba el mismo futuro que a mi padre. Esta mano me salvó de una existencia trabajosa —afirmó, levantándola en el aire—. Me dejó inútil para un oficio manual.

Gracias a ello y a la generosidad del duque, pude estudiar y labrarme un porvenir como contable. Por cierto, discúlpeme, pero aún no le he preguntado por el viejo señor, ¿cómo se encuentra?

—Ha muerto, Robert. Por eso estoy aquí.

El hombre se quedó impresionado; era evidente que no esperaba esa noticia.

—Cuánto lo lamento. Mis condolencias, milord. Pero pasen, por favor, vayamos adentro —se disculpó mirando a Oriana, que aguardaba a pocos pasos sin interrumpir—. Tanto tiempo llevamos aquí afuera que, a estas alturas, mi esposa debe de pensar que he olvidado los buenos modales.

—Yo sí que me he olvidado de ellos —comentó Damien, invitando a Oriana a acercarse—. Robert, te presento a *lady* Williams. Me acompaña en el viaje.

—Es un honor, *milady*. Bienvenida a mi casa.

Entraron y allí fueron recibidos con una afabilidad hogareña por la señora Smith.

—Veo que no has perdido el tiempo —comentó Damien, cuando le fueron presentados media docena de niños de todas las edades y tamaños.

Siendo de la misma edad, Smith había engendrado ya a una cuadrilla entera, mientras que él no era padre todavía, ni tenía intención de serlo.

Oriana y Damien, sobre todo él, disfrutaron de una estupenda tarde en compañía de una familia feliz. La señora Smith le contó lo mucho que le había hablado su marido de él y con cuánto afecto lo recordaba. Un nuevo dato que hurgó en la conciencia de Damien, puesto que él no había vuelto a acordarse de su único, y por ello aún más valioso, compañero de juegos. Por primera vez, el duque supo qué era sentir eso que llaman calor de hogar, que no es otra cosa que la alegría que envuelve a quien entra en una casa donde reina el amor.

Robert y Damien conversaron de las ocupaciones de ambos y descubrieron que tenían mucho en común. Smith estaba empleado con el alto cargo de administrador en una próspera firma dedicada a la exportación textil.

—Corren nuevos tiempos —opinó—. Pronto el algodón acabará por imponerse a los tejidos de lana.

—Por suerte para ambos —comentó Damien.

Por aquella conversación supo Oriana que el duque no llevaba una vida dedicada en exclusiva al ocio y al placer. Como era astuto, había sabido invertir con tino sus ganancias en el juego y otras apuestas. Gracias a ello, poseía un importante número de acciones en una sociedad dedicada al comercio del algodón, el mismo gremio en el

que trabajaba Smith. De boca de Damien escuchó Oriana la teoría que convierte en exitoso a cualquier inversor. Y ella reconoció que el duque había nacido con una habilidad envidiable para hacer negocios.

—El secreto del éxito consiste, amigo Robert, en comprar barato y vender caro.

—O manufacturar la materia prima para convertirla en otra cosa que se pueda vender a un precio mayor del costo inicial —apostilló su amigo.

Y mientras la señora Smith servía té para todos, Oriana aprendió en qué consistía el arte de hacer crecer el dinero. Desde que se casó, y siguiendo con las costumbres heredadas de su marido, no veía más allá que cualquier terrateniente rural. Como los miles de nobles que en toda Inglaterra veían languidecer sus fortunas con su actitud inmovilista que negaba cualquier avance de la técnica, por desinterés o por aferrarse a unos métodos de explotación agraria propios de la Edad Media. En aquella casita y escuchando a Damien y a su viejo amigo, Oriana supo de esas ocupaciones propias de banqueros y negociantes, de los barcos que arribaban a Liverpool o Bristol, cargados de balas de algodón procedentes de América, y de las barcazas que poblaban el moderno canal de Bridgewater, río arriba hasta Manchester, donde se hilaba, teñía y tejía.

Entonces, convertido ese algodón en rollos de tela, de nuevo retornaban río abajo hasta Liverpool con destino al continente: París, Alemania, Portugal y toda la Europa mediterránea, pero, sobre todo, a América. El Atlántico era un continuo ir y venir de dinero, ya que aquellos copos de borra regresaban a tierra americana convertidos en telas que se vendían diez o veinte veces más caras de lo que se pagaba por su peso en una plantación de Virginia.

Por fin llegó el momento de revelar al matrimonio Smith el motivo de su visita. Cuando Damien les hizo entrega de las diez mil libras estipuladas en el testamento, una auténtica fortuna, Robert se empeñó en brindar con el mejor *whisky* por el difunto duque y su inesperada generosidad que garantizaba el pago de los estudios de todos sus hijos, así que mandó a uno de ellos a la taberna a comprar un galón del mejor.

—Por amor de Dios, querido, ¿es pecado alegrarse de una muerte!

Pero su marido, demasiado feliz con su inesperada riqueza, pidió que se dejara de remilgos morales y que brindara con ellos.

Al ponerse el sol, llegó la hora de las despedidas. Oriana y Damien declinaron la invitación a cenar, dado que debían reanudar el viaje. Antes de marchar, el duque imitó el gesto de recibimiento de su antiguo camarada de juegos y tomó entre las suyas la mano lisiada de Robert Smith.

—Lamentaré esta inconsciencia de chiquillos mientras viva.

—No deje que un mal pensamiento ocupe el lugar que merecen los recuerdos dichosos.

Yo siempre lo he considerado mi suerte —aseguró, demostrando una admirable capacidad para sacar provecho de la desgracia—. Piense, milord, que yo pude negarme al juego y no lo hice. ¿Quién fue más inconsciente de los dos? No deje de

venir a mi casa, lord Kedwell.

—No lo haré —prometió Damien.

LAS MALAS LENGUAS

En el coche, al igual que ocurriera en el regreso de Southampton, Damien se sumió en un silencio reflexivo. Oriana intuía que no dejaba de darle vueltas a lo acontecido en casa de Smith. Intuyó que le era difícil librarse de los remordimientos y sintió lástima por él.

Para desviar el curso de sus pensamientos, decidió revelarle los suyos. Estaban solos en el carruaje, así que lanzó las convenciones por la ventanilla y se dirigió a él usando intencionadamente su nombre de pila, porque sabía que a su caviloso acompañante le gustaba que lo tratase con íntima familiaridad.

—Creo que ahora lo entiendo todo, Damien —comentó—. Todos esos estirados no te desprecian ni por tu famoso éxito en el juego ni por tu no menos famoso éxito con las mujeres. Ni por tu falta de escrúpulos para escoger a tus amantes.

Él la miró con curiosidad, porque en secreto opinaba lo mismo, pero no esperaba de Oriana tal habilidad para sacar conclusiones. A fin de cuentas, y aunque los Williams fueran nobles de medio pelo, también era una dama de clase alta.

—Tan poco escrupulosas como lo son ellas por aceptar mis atenciones o regalarme sus favores, que de todo ha habido.

A Oriana le agradó que se refiriera a esas otras mujeres en tiempo pasado.

—No te estoy criticando —aclaró—. Esta tarde, escuchando tu conversación con el señor Smith, he llegado a la conclusión de que no te odian, te envidian.

—Y me desprecian.

—O fingen un desdén hacia ti que tiene mucho de envidia encubierta.

—Puede ser; la nobleza es hipócrita por naturaleza y oculta muy bien sus pecados —opinó.

—O no tan bien como creen.

Oriana despreciaba la doble moral de quienes criticaban comportamientos ajenos cuando estaba en boca de todos que hasta el mismo rey Jorge y su recién difunta esposa la reina Carolina habían mantenido relaciones ilícitas con distintos amantes, cada cual por su lado.

—Entonces, ¿cuál es, en tu opinión, el motivo de esa envidia? —indagó Damien.

—Eres más listo que ellos. Creo que te dan de lado porque te has salido del redil de las ovejas perfectas. Los duques deben mantener una fortuna, pero tú, en cambio, sabes hacer fortuna y, por lo que he oído esta tarde, se te da muy bien.

—No lo voy a negar.

Ante Oriana no le importó destapar su verdadera personalidad emprendedora y astuta, que tan bien oculta mantenía tras la fama de libertino sin cerebro. Entre otras cosas, porque para hacer negocios era muy conveniente que sus rivales lo

consideraran un tonto. Nada más fácil que saltarle al cuello por sorpresa a un zorro prepotente cuando se cree con la presa acorralada.

—Te critican y marginan porque posees la astucia de la clase media. —Se refería a banqueros, negociantes y otras profesiones mercantiles—. Tienes el arrojo de vivir y pensar como un burgués, siendo todo un duque. Jamás te perdonarán esa osadía.

—Interesante reflexión. Ahora bien, ¿tú crees que a mí me quita el sueño su desprecio?

Oriana se echó a reír.

—No, no lo creo. Y hablando de sueño, ya ha oscurecido y Buckinghamshire queda demasiado lejos. Aunque ansío regresar con Jeremy, creo que lo más sensato será que hagamos noche a mitad de camino.

—Pediré al cochero que busque una posada en condiciones —convino Damien.

Pasado Stafford, pidieron alojamiento en la única fonda del pueblo de Penkrige, una casona modesta pero pulcra y con fama de servir buenos guisos, a juicio del cochero.

Damien y Oriana cenaron juntos y se alegraron de ser, dado lo tardío de la hora, los únicos huéspedes del comedor. Charlaron de muchas cosas. Oriana tuvo la precaución de llevar la conversación hacia cuestiones amables. No quería hablar de ella, puesto que la lejanía de Jeremy la ponía melancólica, ni reincidir en lo ocurrido esa tarde en Liverpool, puesto que tampoco pretendía que Damien se sumiera en uno de sus silencios. Gracias a ello, ambos descubrieron que compartían afición por los caballos.

—No poseo un carruaje porque me gusta montar. Y mantener coche, cochero, mozo y cuadra lo considero un gasto innecesario —apreció Damien con toda lógica—. Para desplazarme por Londres, me basta con pagar un coche de punto si lo necesito.

Oriana lo imaginó a caballo y fantaseó con su figura imponente. Seguro que cabalgaba con elegancia y maestría, como si jinete y montura formaran un mismo cuerpo. Y su afirmación acerca de lo superfluo de mantener un carruaje en Londres la reafirmaron en su opinión de que el hombre que tenía delante era un duque con ideas burguesas, porque sus palabras evidenciaban sus dotes como buen administrador.

Tras una cena tan agradable, vino el mal trago de pasar la noche en un dormitorio desconocido. Una vez se retiraron cada cual a sus aposentos, a Oriana la soledad le vino demasiado grande. Se secó las lágrimas aprisa cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¿Aún vestida? —inquirió Damien, sin apartar la vista de sus ojos llorosos—. ¿Qué te ocurre?

Y sin importarle lo que pudieran pensar de ellos si lo veían colarse en el dormitorio de una dama, entró y cerró la puerta para poder hablar con intimidad.

—Vengo a asegurarme de que no necesitas nada y te encuentro llorando —dijo

preocupado.

La envolvió en sus brazos con afecto y Oriana se dejó abrazar.

—Ya ves que la mujer de hierro es más frágil de lo que aparenta. ¿Te sorprende que tenga corazón?

—No digas simplezas —la regañó con gesto severo—. Espérame aquí, enseguida vuelvo.

Tal como había llegado, Oriana lo vio desaparecer. Un par de minutos después lo tenía de vuelta con una botella de *brandy* y un vaso. Damien fue hasta el tocador, sirvió dos dedos y se lo ofreció.

—Bebe, te hará bien.

Oriana obedeció y dio un traguito, sujetando el vaso con ambas manos. Damien se sentó en un sillón y se palmeó las piernas.

—Ven aquí, necesitas que alguien te abrace y no tienes muchas opciones donde escoger —propuso, pero tuvo que insistir porque Oriana no se decidía—. Deja de pensar en el decoro, que nadie nos ve.

Con un suspiro, Oriana se acomodó en su regazo y apoyó la cabeza en su hombro. Las lágrimas volvieron a asaltarla sin querer cuando Damien le acarició el pelo. Hacía mucho que nadie la trataba con ternura.

—Cuéntame qué es eso que tanto te aflige —pidió, dándole un beso en el nacimiento del pelo.

Acogida por el calor de su pecho, Oriana se desahogó confesándole lo mucho que echaba de menos a su hijo. Damien trató de no ser brusco, pero le hizo notar lo insólito de su afecto desmedido entre una clase que acostumbraba a traer a los hijos al mundo para ponerlos en manos de niñeras y preceptores. Lo usual era pasar largas temporadas sin verlos, ocupados en cacerías, viajes de placer o bailes de temporada.

—No lo siento por mí, aunque Jeremy es todo mi mundo —explicó para que no considerara su actitud enfermiza y acaparadora—. Solo nos tenemos el uno al otro, y él no tiene a nadie más que lo quiera, ¿comprendes?

Cuando Oriana le confesó que el niño no era fruto de su vientre, Damien empezó a entenderla. La mujer que tenía en los brazos, incapacitada según los doctores para concebir, había volcado todo su amor maternal en un hijo acogido. Un niño que era rechazado por los Williams. Y ella sufría al ver el desprecio de la familia hacia un pequeño inocente al que se referían como «el bastardo».

—Te pido perdón por haber usado esa misma palabra el día que nos conocimos —rogó arrepentido.

—Me dolió en el alma y ahora conoces el motivo. Pero está olvidado —lo tranquilizó—. Tus palabras eran fruto de la ira. Es muy diferente cuando los insultos se dicen con ganas de hacer daño.

—Malditos sean todos los Williams —siseó entre dientes.

—Todos no.

—Todos, excepto una hermosa dama y su pequeño lord —corrigió, dándole un

cariñoso golpecito en la nariz.

—Gracias.

Damien tenía curiosidad, cada vez le apetecía más conocer a ese niño que ocupaba todo el corazón de Oriana.

—Tengo ganas de conocer a tu hijo —confesó—. Mañana espero que nos presentes.

No supo por qué, pero los ojos de Oriana brillaron de un modo especial, con algo parecido a la esperanza al escuchar aquello. Damien notó que el *brandy* empezaba a hacerle efecto, porque la vio adormilarse sentada en sus rodillas. Le dio un beso leve en la frente de buenas noches y Oriana se quedó dormida. Él la llevó en brazos a la cama, la arropó y se tumbó a su lado.

Por primera vez en su vida, el libertino duque de Kedwell durmió con una mujer, protegiendo su sueño con el abrazo más casto que se pueda imaginar.

UNA MUJER MERECE CIERTAS ATENCIONES

No le importó ejercer de lacayo. A las mujeres les gustaba recibir detalles. Damien no perdía el tiempo en galanterías de salón; a pesar de ello, pensó que a Oriana la confortaría saber que alguien pensaba en ella, además de su hijo. Hizo una incursión matinal en el jardín de la posada, pero no vio más que margaritas comidas por el pulgón.

Descartado el regalo floral, decidió subirle la bandeja del desayuno. No es que él se creyese por encima de nadie, pero supuso que el hecho de ser atendida por todo un duque haría que se sintiera como una reina.

Había derramado tantas lágrimas durante la noche que no merecía menos. Llanto que a él, que detestaba las sensiblerías, le provocó un cosquilleo extraño en el centro del pecho. Oriana despertaba en él reacciones nuevas que lo tenían sorprendido.

Damien llamó a la puerta, golpeándola ligeramente con el pie. Ella le abrió, vestida pero con la melena suelta, y él sonrió satisfecho al verla alzar las cejas con gesto de sorpresa.

—Gracias. ¡Qué detalle! Podía haber bajado al comedor —dijo apurada—. ¿Tú ya has desayunado?

—Hace horas.

Después de cerrar el dormitorio con pestillo, y mientras Damien depositaba la bandeja sobre una mesilla bajo la ventana, Oriana se sentó en la cama.

—Es extraño. No me he percatado de tu ausencia y eso que apenas he pegado ojo.

Aunque imagino que ya lo habrás notado —comentó, retorciéndose la melena y dejándola caer sobre el hombro derecho—. Me parece recordar que has dormido conmigo.

—Sí, hemos dormido en esta misma cama. Estabas tan desolada que no podía dejarte sola. Nadie va a enterarse, si es eso lo que te incomoda.

Oriana apartó la mirada y rio suavemente.

—Ni mucho menos. Lo que me incomoda es haber dormido con el corsé puesto. No existe tortura peor.

Damien arrugó el entrecejo. Cierto era que, abrazado a ella durante la noche, había notado la rigidez de las ballenas. Pero no esperaba que Oriana le hablara con tanta confianza de su ropa interior.

—No habría sido galante desnudarte para quitártela —le recordó.

—Ojalá lo hubieras hecho —murmuró, rehuyendo su mirada.

Damien estudió sus mejillas que empezaban a colorearse de un delicioso tono rosado.

Esa sí que era buena.

—¡Para una vez que me comporto como un caballero! —exclamó sentándose a su lado.

Con un gesto tan delicado como certero, la tumbó de espaldas y colocó las manos a ambos lados de su cabeza sobre la almohada. Durante un intenso momento, se miraron a los ojos, retándose con la mirada.

—¿Quién de los dos va a dar el paso para el primer beso? —susurró Oriana.

Damien sonrió despacio.

—Me ofende que lo hayas olvidado. Ya te besé.

—Debía de estar dormida, porque...

—No lo estabas.

Oriana se mordió los labios para no sonreír al verlo inclinarse un poco más sobre ella.

—¡Ah! Te refieres al beso del coche. Así se besan los cachorros de una camada de Spaniel, tanteándose el hocico...

—¿Ya no existe eso que llaman sensibilidad femenina? Constato con estupor que no —lamentó con tono burlón.

Ella alzó las manos y, lentamente, recorrió sus brazos hasta los hombros en una caricia ascendente.

—Bésame, Damien. Hazlo como besan los hombres.

Y él lo hizo.

Oriana no estaba preparada para la sacudida que dio su corazón al sentir la boca de lord Kedwell cubriendo la suya, buscando el contacto de su lengua con una delicadeza tan experta que la hizo temblar.

—¿Así?

Oriana asintió, con la respiración alterada. Damien le acarició el costado por encima del vestido con gesto de sorpresa. No llevaba corsé.

—¿No decías...? Qué clase de trampa...

—Me lo he quitado hace un rato —confesó en un murmullo.

«Dios, Dios, Dios...», pensó Damien, estudiando con detalle su mirada traviesa. Con lo mucho que a él le gustaban los juegos.

Cubrió su boca para devorar su sonrisilla. Esa vez la besó con ganas, y exigió idéntica respuesta de Oriana con un brío codicioso y no apartó los labios de los suyos hasta que la oyó gemir. Entonces se dedicó a saborearle la piel húmeda del cuello. Ella se dejó hacer; su pecho se movía con un sube y baja que no era capaz de controlar. Encogió el hombro al sentir un tentador mordisco y se preguntó cómo podía estar tan sofocada, con el cuerpo perlado de sudor, cuando el viento arreciaba fuera, sacudiendo las flores del alfeizar, y la lluvia golpeaba los cristales de la ventana.

—¿Quieres saber cómo besa un amante, Oriana?

Ella cerró los ojos al sentir cómo sus manos reptaban bajo el vestido y la enagua.

—¿Quieres saberlo? —insistió, abriéndole las piernas.

Su silencio fue suficiente respuesta.

Apretó los labios cuando le subió el vestido hasta la cintura. No se atrevía a abrir los ojos; la llenaba de pudor ver cómo se arrodillaba sobre el colchón, sin molestarse en quitarse los zapatos, y le levantaba las piernas. Ya era suficiente sonrojo sentir sus caricias certeras abriéndole los muslos y sus manos en las ingles cuando separó la abertura de los calzones. Pero se le escapó un grito al sentir su boca en esa parte de ella que nadie, salvo su esposo, había explorado jamás.

—Chist... —exigió. Ella tembló al sentir su aliento cálido—. Déjame besarte hasta saciarme.

Oriana crispó las manos sobre el colchón y lo dejó hacer. Se sacudió de pies a cabeza dolorosamente rápido cuando la llevó al delirio. Aquella deliciosa tortura debería haber durado hasta el anochecer. O hasta el día siguiente... ¡o hasta el día del juicio final!

Damien se incorporó y, de rodillas como estaba, la levantó por los hombros para obligarla a arrodillarse sobre la cama frente a él.

—Así besa un amante —murmuró con los labios a un centímetro de los de ella.

Oriana se agarró a su cintura y cerró los ojos.

—Tú no has disfrutado.

—Ya lo creo que sí —afirmó con una risa grave.

—Sí, pero no...

—Yo puedo esperar.

Oriana le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la frente en la de Damien. Sí, estaba segura. Nada deseaba más y no había vuelta atrás.

—Pero yo no quiero que esperes —logró decir; no podía dejar de temblar.

Con cautela al principio, deslizó las manos hasta su bragueta y comenzó a desabrochar un botón tras otro. Urgido por el deseo, Damien se sentó sobre los talones y la ayudó a terminar la tarea empezada. Con maestría, liberó su miembro y lo acarició de arriba abajo. Tenía demasiada necesidad como para desnudarla, así que maldijo por lo bajo el vestuario de las mujeres a la vez que levantaba las capas de ropa. Cogiéndola por las caderas, la levantó para poseerla. El primer intento fue fallido, porque su glande resbaló al entrar en contacto con ella. Damien tragó saliva. Estaba tan húmeda y ardiente que no iba a durar tanto como quisiera.

Volvió a levantarla y la penetró por fin. Oriana le clavó los dientes en el cuello. Estaba muy estrecha, fruto del tiempo sin yacer con un hombre, y supo que, con la urgencia, debió ser doloroso para ella, a pesar de lo resbaladiza que la sentía.

Damien gimió con el mordisco, era una delicia sentir su sexo atrapado. Comenzó a balancearla para indicarle el ritmo. Oriana se movió como le pedía y, sin esperarlo, volvió a sentir que galopaba por el camino sin retorno que conduce al éxtasis. Satisfecha y feliz, lo abrazó con fuerza y apretó los muslos para retenerlo en el momento en que sintió que Damien se sacudía entre sus brazos y le entregaba su placer a borbotones.

EL PEQUEÑO RIVAL

—Sea bienvenido a nuestra casa, lord Kedwell —dijo el niño en cuanto fueron presentados—. Para mi madre y para mí, es todo un honor gozar de su compañía.

—El honor es mío, sin duda.

Con un cortés asentimiento de cabeza, estrechó la mano del pequeño.

Acababan de llegar a Gerrards Cross. A Damien, en absoluto acostumbrado a tratar con críos, le resultó divertido el formal recibimiento de aquel pequeño hombrecito de siete años en el papel de señor de la casa. Notó que su madre, que nada más verlo sucumbió al impulso de estrecharlo alzándolo en brazos, se apresuró a dejarlo en el suelo al recordar que no estaban solos. A Damien le agradó ese detalle de anteponer los sentimientos del pequeño a sus ganas de abrazarlo, para que no se sintiera abochornado en presencia de un extraño.

Los dos se quedaron contemplando al niño, que se alejó corriendo hacia la casa tras excusarse porque lo esperaba su preceptor.

—Te felicito, *milady*. Lo has educado muy bien.

—Mi hijo es todo lo que tengo —murmuró con infinito cariño.

Damien se quedó mirándola.

—¿Él lo quiso?

Oriana intuyó que se refería a su fallecido esposo.

—Sí. Por poco tiempo, pero sí —afirmó con una sonrisa de añoranza que se le borró de repente—. Lamentablemente, no puedo decir lo mismo del resto de su familia.

—¿Quién los necesita?

—Me duele que lo detesten por no ser de su propia sangre.

Damien permaneció en silencio. Observó a Oriana, que acababa de convertirse en su amante... y, sin embargo, no la tenía por tal. Por experiencia sabía que de las amantes solo podía esperar conversaciones frívolas, juegos de miradas con doble intención y sonrisas coquetas. Resultaba insólito que ella lo tuviera tan perplejo. Con Oriana compartía charlas interesantes, intercambiaban opiniones de tú a tú, con una camaradería similar a la que sostuvo de muchacho con su viejo amigo Smith. Oriana y él mantenían una relación de pasión mezclada con amistad. ¿Amistad? Tuvo que sacudir la cabeza. Fémimas y varones podían ser infinidad de cosas, pero ¿dónde se había visto que un hombre fuera amigo de una mujer? En lugar de seguir investigando su peculiar relación, prefirió retornar al asunto de la intragable familia Williams que Oriana le contaba cuando su mente empezó a divagar.

—Al diablo con ellos.

—No maldigas —lo riñó, chasqueando luego la lengua—. Recuerda que Jeremy

puede oírte y los niños lo aprenden todo al vuelo.

Damien rio por lo bajo, no le cabía duda.

—¿Tu hijo sabe montar?

—¡Pues claro que sabe! Es un niño de campo. Por ahora solo le permito que monte una yegua muy mansa, pero tendrías que ver cómo se agarra a las bridas cuando le da por saltar las vallas de los prados, y eso que se lo tengo prohibido porque me da miedo verlo volar por encima de la crin el día menos pensado.

Damien soltó una carcajada. El pequeño estaba en la edad de hacer trastadas, lo preocupante sería que no las hiciera.

—¿Y conoce las tierras?

—Mejor que yo.

—¿Crees que querrá dar un paseo a caballo y enseñarme todo esto? —sugirió—. Cuando acabe su lección, por descontado.

—Estoy segura de que a Jeremy le entusiasmará cabalgar contigo.

—Estás invitada, si lo deseas.

Orianaladeó la cabeza, agradecida, pero desestimó la sugerencia.

—Gracias, pero tengo un montón de cosas que hacer después de estos días de ausencia.

—Como prefieras —aceptó Damien—. Solo hombres, me gusta la idea. Eso sí, libres de oídos femeninos, tendré que vigilar no decir palabras malsonantes ni maldecir durante el camino.

Ella sacudió la cabeza, con una risa espontánea.

—Más te vale. Iré a pedir que os ensillen un par de caballos.

Después de la cena, Oriana invitó a Damien a que la acompañara a la biblioteca, estancia donde su esposo acostumbraba a tomar una copa antes de retirarse y que, desde que él murió, apenas frecuentaba salvo para escoger algún libro que le hiciese menos largas las noches invernales.

Con los brazos a la espalda, Damien paseó la vista por los trofeos de caza que decoraban los pilares entre las estanterías adosadas al muro contrario a los ventanales.

Mientras tanto, Oriana abrió un cajón secreto, oculto tras uno de los paneles de cedro que flanqueaban la chimenea.

Con una arqueta en la mano, regresó junto a él.

—Tu padre me dio esto antes de morir —le explicó, ofreciéndole que la tomara—. Son las joyas de tu familia.

Damien abrió el joyero y miró brevemente a Oriana antes de retornar la vista a las alhajas. Suponía que las joyas eran parte del legado y que le serían entregadas con el resto del contenido de la mansión. Era un noble gesto por parte de ella ponerlas en sus manos, dado su gran valor, pudiendo habérselas quedado.

—Creía que se guardaban en Teldford Hall.

—Supongo que tu padre estaba convencido de que acabaríamos aceptando los dos los términos del testamento y por eso me las dio, para que te las entregara en persona —explicó Oriana, cogiendo una sortija del joyero—. También me dijo que este es el anillo de boda de tu madre.

Damien lo tomó de su mano y observó la esmeralda engarzada en oro amarillo y blanco.

—Nunca lo había visto.

—Es muy bonito. Merece la pena que lo conserves; puede que algún día lo coloques en el dedo de una mujer.

Damien la miró a los ojos.

—Quizá algún día.

Los dos dieron un respingo al oír el pestillo de la puerta. Era la sirvienta más joven, ofreciéndose a servir el *brandy*. Mientras Oriana la despedía diciéndole que no era necesaria su presencia y que ella misma serviría las copas, Damien devolvió el anillo al joyero y, después de cerrarlo, lo dejó sobre la mesa Tudor presidida por un ramo de rosas del jardín.

Tras desearles buenas noches, la muchacha los dejó solos. Oriana se quedó mirando la hoja abierta de la puerta por donde la chica acababa de salir y, con un suspiro de irritación mal disimulado, miró a Damien.

—Dime, tengo curiosidad, ¿qué siente un hombre que se sabe irresistible?

Él alzó las cejas.

—¿Lo soy para ti?

Oriana afiló la mirada, para que borrara su expresión juguetona.

—Incluso las sirvientas te miran con deseo.

Damien se acercó a ella con la elegancia de un felino al acecho. Le rodeó la cintura con un brazo y, al notar la resistente rigidez de su talle, la pegó por completo a su cuerpo de un tirón.

—¿Estás celosa?

Aunque Oriana no despegó los labios, Damien sonrió al ver en sus ojos un brillo posesivo.

—Siempre he detestado a las mujeres acaparadoras —dijo abarcándole un pecho con la mano libre—. En cambio, tú me gusta que lo seas. ¿Qué encantamiento has usado conmigo, hechicera maligna con cara de dama buena?

A Oriana se le aceleró el pulso cuando Damien se entretuvo acariciando el pezón con el pulgar por encima del tafetán del vestido hasta que lo notó endurecido.

—¿Hechicera, yo?

—Tú —murmuró, desafiándola con la mirada.

Ella entreabrió los labios y alzó las manos para acariciarle los brazos por encima de la chaqueta; las enlazó detrás de su nuca.

—Baja la cabeza —suplicó.

Damien rio suavemente.

—¿Así?

Oriana emitió un murmullo de protesta cuando los labios de Damien pasaron de largo tras rozar brevemente los suyos. Cerró los ojos al notar en el cuello la calidez de su boca.

—¿Por qué me niegas tus besos? —susurró, contrariada.

Damien suspiró sobre su piel.

—Existen muchas maneras de besar.

Ella se estremeció con el contacto de su lengua acariciadora y, por impulso, ladeó el cuello. Él aceptó la invitación con salvaje osadía y le mordió una vez tras otra la garganta, lamiendo con dulzura la piel donde clavaba los dientes.

—Necesito tenerte, Oriana. Esta noche —continuó lamiéndola entre beso y beso—. Hasta el amanecer.

Unos pasos a la carrera por el pasillo acabaron con la magia.

Se separaron de inmediato. Mientras Damien maldecía por lo bajo, Oriana se recompuso a toda prisa el encaje del escote. Al ver a su hijo frenar de golpe y quedarse plantado en la puerta esperando a que le dieran permiso para entrar, se encaró con él con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber qué haces despierto y vestido a estas horas?

—Quería dar las buenas noches al milord.

Damien se acercó al niño, para impedir que Oriana continuara con la regañina.

—Un gesto de cortesía que agradezco —afirmó—. Buenas noches, joven Jeremy.

—Buenas noches, lord Kedwell —dijo con una inclinación de cabeza.

—Muy bien —intervino su madre—. Ahora, a dormir de una vez. Dentro de cinco minutos subiré a darte un beso y espero por tu bien encontrarte acostado.

El pequeño asintió con aire obediente y desapareció tan rápido como había venido.

—No lo regañes —pidió Damien cuando Jeremy ya no podía oírlo—. Es el señor de la casa y se ha comportado con la cortesía debida, tal como se espera de un anfitrión.

Oriana miró al techo y suspiró.

—Lo tienes impresionado.

Damien sonrió y miró hacia el pasillo vacío a través de la puerta abierta. Nunca había sentido empatía con los niños, se limitaba a ignorar su existencia. En cambio, el desparpajo de aquel pequeño lord, con sus rodillas arañadas y su mirada curiosa, le resultaba insólito y muy simpático.

—Es él quien me tiene impresionado —comentó pensativo, y miró a Oriana—. No me importaría demorar un par de días el viaje, si tú estás de acuerdo.

Oriana lo miró agradecida; adivinó que le agradaba Jeremy y que quería pasar más tiempo con el crío.

—¿Significa eso que pasarás el tiempo con mi hijo pegado a ti como si fuera tu sombra?

—Supongo. Paseos a caballo, caminatas con largas charlas, sobremesas de ajedrez —enumeró, contento—. Ya sabes, cosas de hombres.

—Podemos esperar el tiempo que quieras —aceptó Oriana con una sonrisa.

Esa noche, acudió a los aposentos de *lady Williams* con el sigilo de un cazador furtivo.

Golpeó la puerta con los nudillos y, cuando ella le permitió el paso con los ojos brillantes de deseo y una sonrisa ardiente, tan deseosa como él, no perdió más tiempo.

La abrazó por la cintura, levantándola del suelo, y la besó largamente, con una pasión desmedida. La desnudó a toda prisa, tirando de lazos y desgarrando las puntillas de su casto salto de cama. Cuando la tuvo desnuda frente a él, le cogió las manos y las llevó a su camisa, pidiéndole sin palabras que le quitara la ropa.

Oriana obedeció con manos temblorosas, alzando los labios hacia los suyos, que, entre suspiros y caricias, no le negaron sus besos. Damien se apoderó de sus pechos, los tanteó hasta enrojecerle la piel, los acunó ahuecando las manos. De la mano la llevó a la cama y rodaron sobre el colchón. Ella pedía con la mirada y él le daba. Damien la invitaba susurrándole al oído y ella cumplía sus deseos con osadía creciente. Cada caricia era un descubrimiento; cada roce de su sexo pujante, una explosión de los sentidos.

Se tumbó sobre las almohadas y lo atrajo hacia ella con un deseo inusitado. Su difunto esposo la había amado siempre con una delicadeza casi reverencial. En cambio, Damien, que la estaba besando de arriba abajo, como si quisiera memorizar el sabor de sus pechos, de su vientre y sus caderas, la poseía con codicia. Damien era ansia masculina y ternura, delicadeza y lujuria. Era puro goce, era auténtica pasión. Perdida en la espiral del deseo, lo acogió ansiosa, rodeándole las caderas con las piernas.

Damien no se reconocía a sí mismo; se oía murmurando palabras ininteligibles junto al oído de Oriana. La quería para él, la ansiaba, deseaba proporcionarle un placer sin límite que no olvidara jamás. Se movió frenético, más rápido, y cada empujón, más profundo.

Bramó de placer al sentir las uñas de Oriana hincadas en sus glúteos cuando se sumió en esa suerte de muerte que era pura vida.

COSAS DE CHIQUILLOS

Damien llevaba dos días en Gerrards Cross, cuando oyó el revuelo desde la ventana de su dormitorio mientras se afeitaba.

Al bajar le dijeron que la servidumbre entera llevaba una hora buscando al pequeño Jeremy. Los mozos de cuerdas y las dos sirvientas habían recorrido los alrededores de la mansión palmo a palmo sin encontrar ni rastro de él. Nada más ver a Oriana, trató de tranquilizarla, pero sus palabras no sirvieron de nada.

Pasada media hora, Damien deambulaba arriba y abajo, una vez tras otra, por el jardín, nervioso y preocupado. Más por la madre que por el niño. Un sexto sentido le decía que su pequeño amiguito debía de andar en pos de una nueva aventura, movido por el espíritu curioso e investigador propio de la edad. Pero le encogía el alma ver la cara de desolación de Oriana cada vez que alguno de los criados retornaba de la busca con noticias desalentadoras.

—Estate tranquila, querida —insistió—. Tiene que aparecer tarde o temprano. ¿Has mandado que miren en el interior de la casa?

—La han recorrido en su totalidad —respondió Oriana, con la mandíbula tensa.

—¿Y las caballerizas?

—También.

Aprovechando que estaban solos los dos, Damien le acarició la mejilla. Ella cerró los ojos y apretó el rostro contra su mano. De pronto, ambos se giraron sobresaltados por la voz infantil que tanto rato llevaban deseando oír.

—¡Milord! ¡Milord! No va a creerlo. ¡He encontrado renacuajos!

Damien aparentó una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Y, a pesar de que estaba convencido de que solo se trataba de una travesura inocente que acabaría en el momento menos pensado, en el centro del pecho sintió como si se desinflara un globo, de puro alivio.

Inmediatamente reparó en el gemido de alegría que acababa de oír de la boca de Oriana que, en cuanto se convenció de que su hijo estaba sano y salvo, dejó paso a un más que evidente enfado. Conmovido por la carita de entusiasmo del chiquillo, al ver a la madre con los brazos en jarras y expresión severa, Damien la asió por el codo con disimulo para frenar la reprimenda.

Jeremy, con la inocencia de quien desconocía el revuelo que había formado con su desaparición, corría hacia ellos con un frasco de conserva medio lleno de agua en la que se distinguían unas manchitas oscuras que debían de ser los renacuajos recién capturados en algún remanso del riachuelo por el temerario explorador. Damien tuvo que disimular la sonrisa que le afloró a los labios. Él también había sido niño y bastante revoltoso. En el fondo, tenía gracia que el susto hubiera sido motivado por

una aventura tan poco peligrosa como una captura de ranas.

Damien se sorprendió de que el niño corriera hacia él para mostrarle su trofeo en lugar de ir hacia su madre, pero Oriana lo atrapó por un hombro en cuanto Jeremy quedó a su alcance.

—Ven aquí, jovencito —ordenó con los ojos echando chispas—. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Fui al río, ¡mira! —dijo mostrándole el tarro, con una sonrisa triunfal.

A pesar de que el llamado río no era más que un arroyuelo a esas alturas del verano, Oriana se aterrorizó al pensar lo que podría haberle pasado.

—¿Al río? —bramó apretando los dientes—. ¿Qué habría pasado si llegas a dar un traspie? ¿O si te hubieras golpeado con una roca? ¡Podría haberte arrastrado la corriente y a estas horas...!

El pequeño encogió los hombros, muy serio, y sostuvo la mirada de su madre sin entender del todo a qué venía aquella reprimenda en lugar de recibir una felicitación por el logro. Agarrar aquellos bichos resbaladizos que se le escurrían entre las manos le había costado un enorme esfuerzo; con su lógica infantil consideraba tal hazaña merecedora de un premio. O al menos de unas palabras de alabanza.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó con un inocente mal humor que acabó con la paciencia de su madre.

Era obvio que Jeremy desconocía que había tenido en vilo a todos los habitantes de la mansión.

—¡No me repliques, jovencito! —ordenó, cogiéndolo por los hombros.

—Oriana... —Damien trató de frenarla, pero ella ni lo escuchó.

—Mereces que te dé unos azotes.

Esas palabras pudieron con la paciencia de Damien, que decidió enviar la discreción al cuerno e intervenir de inmediato. Se agachó junto al niño.

—Estoy seguro de que este engorroso incidente tiene una explicación —comentó, a la vez que soltaba, primero una y luego otra, las manos de Oriana aferradas a los hombros de Jeremy—. Yo creo que el afán explorador de mi pequeño amigo lo ha absorbido de tal modo que se ha olvidado de avisar a dónde iba en busca de material con el que investigar. ¿No es así?

—Sí, más o menos —murmuró el pequeño, con la vista fija en el frasco de renacuajos.

Oriana miró al crío con severidad y luego lo fusiló a él con los ojos por adjudicarse el papel de defensor bondadoso.

—Pero coincidirás conmigo, *milady*, en que Jeremy es un caballero de palabra —continuó Damien, y al decirlo cruzó una mirada significativa con la madre—. Y, además, es un joven lord que cumple sus promesas —añadió al tiempo que rodeaba al pequeño con un brazo.

Jeremy, al verse protegido, se atrevió por fin a levantar la cabeza y mirar a la cara a su enfurecida madre.

—Lo soy, lord Kedwell, no le quepa duda —dijo con un aire demasiado adulto para su edad y una valentía que enorgulleció a Damien.

—Bien, bien, bien —aceptó, disimulando una sonrisa—. Ya sabemos cómo son las mujeres, su naturaleza protectora les llena enseguida la cabeza de calamidades. —Oriana a punto estuvo de darle un puntapié—. Lo cierto es que tu madre te quiere mucho y se preocupa por lo que pueda pasarte.

—Lo sé —susurró, arrepentido.

Damien le dio una palmadita de ánimo en la cadera, temiéndose que se echara a llorar sumido en la culpa.

—En tal caso, estoy seguro de que la próxima vez la avisarás de tus intenciones y, sobre todo, del lugar escogido para ampliar tus conocimientos científicos.

—Prometo que no volveré a alejarme sin decir a dónde voy —afirmó mirando a su madre—. Tienes mi palabra, mamá.

Ante aquella carita tan seria, Oriana se ablandó como un merengue recién salido del horno.

—Está bien, no vuelvas a darme un susto como el de hoy —recalcó—. Anda, ve a la cocina a lavarte las manos y la cara. Y no asustes a la señora Derrick con esos bichos.

Jeremy mostró una enorme sonrisa de sorpresa.

—¿Me los puedo quedar? —sugirió ilusionado, como si su única preocupación fuera que, como castigo, le arrebataran el trofeo que tanto le había costado conseguir.

—Ay, Señor, ¿eso es todo lo que te preocupa? —murmuró Oriana, indicándole con la mano que se marchara rápido.

Jeremy se encogió de hombros, evitando una respuesta que pudiera enfadar más a su madre, dio media vuelta y, sin pensarlo dos veces, echó a correr hacia la puerta lateral que daba a la cocina.

—Voy a avisar a los criados para que dejen de buscarlo —farfulló Oriana, viéndolo marchar.

Se encaminó hacia la casa, pero Damien la retuvo asiéndola por el antebrazo con delicadeza. Ella creyó notar que la amabilidad de su gesto encerraba una súplica y lo miró con curiosidad.

—Nunca uses la violencia —rogó con un tono que conmovió a Oriana—. Solo provoca miedo. Y el miedo acaba siempre convirtiéndose en odio.

Ella tuvo que tragar el nudo que se le formó en la garganta. No quedaba en su pecho ni una pizca de enfado por la intromisión de Damien en su pequeño mundo. Más que restarle autoridad ante su hijo, lo consideró una muestra de solidaridad masculina, dada la estrecha relación que empezaba a forjarse entre el hombre que tenía ante ella y el pequeño Jeremy. Se acercó para quedar frente a frente con Damien y lo miró a los ojos.

—¿De verdad me crees capaz de hacerle algún daño?

Damien negó con una leve sonrisa.

—No, claro que no —aseguró para disipar sus dudas—. Pero las palabras también lastiman. A veces las pronunciamos sin pensar, por culpa del miedo o de la ira. Usa las amenazas contra un igual, pero nunca con él. Un niño tan pequeño carece de experiencia o de habilidad para defenderse, ¿comprendes?

Oriana asintió con la cabeza, a la vez que se preguntaba qué tipo de dolor era el que vislumbraba en los ojos de Damien. Bajó la mirada hacia la abertura de su camisa. Con el alboroto por la desaparición del chiquillo, había bajado sin chaqueta ni corbata y medio descamisado. Tan solo se dio una pasada de toalla para limpiarse los restos del jabón de afeitar. Pero a Oriana poco le importó lo inconveniente de su atuendo; alzó la mano y acarició el vello del pecho que quedaba a la vista.

—Hay tanta bondad aquí dentro, Damien... —susurró, notando cómo hinchaba el pecho en cuanto sus dedos entraron en contacto con su piel.

—Sigue tocándome así y te besaré aquí mismo, *milady* —murmuró con una mirada intensa—. Y no me importará si nos ven los criados, ni las reglas de lo conveniente o no, ni el decoro.

Oriana se sonrojó y apartó la mano de un modo fulminante.

—¡Pues no te exhibas!

Lo miraba tratando de fingirse severa y lo único que consiguió fue hacer reír a Damien.

Su repentino pudor resultaba chocante, puesto que llevaba dos noches regresando de madrugada al dormitorio de invitados, después de compartir lecho y placer en los aposentos de ella. Divertido, decidió provocarla un poco más.

—¿Te incomoda?

Pero Oriana no era de las que se amilanaban ante una mirada seductora, por diabólica y tentadora que fuera.

—Me gusta... demasiado —replicó susurrante.

Damien explotó a reír. Ella giró con un revuelo de faldas muy digno y se alejó con la espalda bien derecha, camino de la mansión. Aún sonreía contento mientras la contemplaba trotar los cuatro escalones, alzándose los bajos del vestido, como si la acuciase toda la prisa del mundo. Esa lengua tan suelta era una de las cualidades de Oriana que lo volvían loco.

LA TERCERA ENTREGA

—¿Cómo se atreve a presentarse en mi casa, desgraciado?

El hombre recalcó esas palabras con una inquina feroz.

—Ya te lo he dicho, Darrengood —reiteró Damien sin ganas de discutir—. Y ahórrate los insultos si no quieres saber cómo soy cuando pierdo la paciencia.

Dado que el otro no quiso coger el sobre con las diez mil libras, él lo dejó caer sobre la mesa desvencijada donde el otro permanecía acodado ante una botella medio vacía de aguardiente.

El aspecto de aquella vivienda era lóbrego. Todo en ella causaba aprensión, desde el descolorido entelado de las paredes hasta las tulipas sucias de los quinqués que impedían una iluminación en condiciones. Oriana lo había llevado hasta la casa de Christian Darrengood, jugador empedernido y arruinado, al que Damien había arrebatado su actual residencia en Londres. Se trataba de un viejo conocido; un barón venido a menos, que apostó su casa en una partida de billar y perdió. Y eso era algo que jamás perdonaría al hombre al que acababa de abrir la puerta, a quien consideraba responsable de su miseria.

Oriana contempló el lamentable estado en que se hallaba quien antaño fuera una de las amistades favoritas del rey Jorge. Ni siquiera se había quitado la capa, deseosa de abandonar aquel triste lugar. Impresionada, asió a Damien del brazo para instarlo a marchar cuanto antes.

—Damien, vámonos, aquí ya no hay nada que hacer —pidió en voz baja.

—Observo que continúa siendo el mismo marrullero cobarde de siempre, milord —barbotó el hombre con una mueca cínica—. Antaño era su padre, el duque, quien se ocupaba de solapar sus desmanes y acallar las habladurías. Y ahora... —se interrumpió por un súbito ataque de tos—. ¿El insigne heredero del ducado de Kedwell tiene que recurrir a una mujer para que lo saque de apuros?

Oriana contuvo su indignación, ya que toda Inglaterra sabía que aquel sujeto vencido por el láudano y la absenta fue en tiempos uno de los aduladores de Jorge IV, derrochador, insensato y mujeriego como toda la cuadrilla de vividores de la que se hacía rodear. Darrengood fue uno de esos amigachos del regente, como Beau Brummell, quien, perdido el favor del monarca, tuvo que huir a Francia para eludir la prisión y que, según se decía, malvivía en Calais.

Furiosa como estaba, sintió una mezcla de alivio y admiración al ver que Damien respondía al insulto sin caer en la trampa de la cólera.

—Retarte en duelo sería un acto de caridad, Darrengood. Morir en un lance de honor sería el final más digno que podrías esperar, pero no seré yo quien te dé ese gusto.

—Naciste cobarde y así morirás —le espetó el hombre, dejando de lado el tratamiento cortés.

Aquellas palabras acabaron con la paciencia de Oriana y destaparon su carácter indómito.

—¡Basta! ¡Deje de decir insensateces! —exigió, plantándole cara.

—Frene su lengua, *milady*. Hoy por hoy, no ha nacido la mujer que me haga callar.

—Se equivoca, la tiene delante —replicó con descaro.

Darrengood la miró con el mismo desprecio que le habría dedicado a una putilla de Drury Lane, pero ella no se acobardó, todo lo contrario; esa actitud díscola exacerbó a su contrincante, indignado porque una fémina tuviera la desfachatez de plantarle cara.

—Tengo derecho a vomitarle la verdad a la cara a ese miserable que defiende con tanta vehemencia. ¡Él y no otro es el responsable de mi ruina! ¡El culpable de que mi esposa me abandonara y se llevara a mis hijos...!

—Darrengood, cállate. Los dos sabemos que eso no es cierto —aconsejó Damien, para que la disputa no pasara a mayores.

—¡De ninguna manera! —respondió Oriana, cada vez más encendida, a las palabras de Darrengood—. Usted y solo usted, señor, es el único culpable de su situación. Un hombre sabe a qué se atiene cuando pone su hogar sobre una mesa de juego. Así son las reglas, unas veces se gana y otras se pierde. Nadie le obligó a participar en aquella partida de billar. ¡Nadie le puso una pistola en el pecho para que apostara su casa! Corrió el riesgo y la suerte le dio la espalda.

Para Darrengood, oír en voz alta la verdad de los hechos fue lo mismo que recibir el tiro de gracia.

—Todos me dieron la espalda. Perdí... Lo perdí todo —murmuró con la mirada ida, actitud lastimera que no hizo mella en la conciencia de Oriana.

—Demuestre que no ha perdido la dignidad y compórtese como un hombre —lo increpó—. Asuma las consecuencias de sus actos y no culpe de sus errores a quien no hizo sino aceptar su desafío.

—Pide perdón a tu esposa —recomendó Damien.

—No necesito consejos.

Damien prosiguió, sin hacer a sus palabras el menor caso.

—Ve en busca de tu familia y suplica el perdón de tus hijos.

Sin más que añadir, Damien señaló con la mirada el sobre que había dejado encima de la mesa. Por vil e interesado que pudiera parecer, ambos sabían que aquel dinero ayudaría a que la familia de aquel desgraciado lo aceptara de nuevo.

—Nadie me había defendido hasta ahora —comentó Damien en el carruaje, después de una larga hora en silencio.

Oriana dejó de prestar atención a las fachadas londinenses que observaba por la ventanilla y se miró las manos.

—Me he limitado a decir lo que pienso.

—Eres la primera persona que me defiende —insistió él; dejó caer la cabeza en la almohadilla del respaldo y cerró los ojos—. Si la intención de mi padre fue mortificarme con este encargo post mórtem, lo ha conseguido.

Oriana le tomó la mano para que la mirara. Damien abrió los ojos y ladeó la cabeza hacia ella.

—Yo lo veo de otro modo —opinó—. Si el testamento ha logrado que mires atrás y aprendas de lo sucedido en el pasado, creo que es la mejor herencia que te ha podido dejar.

Damien le acarició la mano. Le resultaba entrañable su faceta juiciosa. Desde que viajaban juntos, durante el día Oriana se mostraba comedida, y en la cama se entregaba a él, loca de deseo. Entrelazó los dedos con los de ella y alzó sus manos unidas para besarle los dedos. Oriana sonrió. Damien estaba seguro de que ella demoraba adrede los besos y caricias hasta la intimidad de la noche, a modo de estímulo que los impelía a entregarse el uno al otro con todas las ganas acumuladas durante el día.

—Mi sensata Oriana, siempre viendo el lado práctico de las cosas.

—Si te refieres a mi opinión acerca de las intenciones de tu padre y sus dichas cláusulas testamentarias, coincidirás conmigo en que verle el aspecto positivo es lo que más te conviene.

—Nos conviene —puntualizó—. A ti también te atañen.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo. De todas formas, almacenar rencor sobre rencor no te hará ningún bien —sentenció—. Recuerda que tu padre se preocupó por ti, aunque fuera al final de sus días.

—En cualquier caso, él ya no está. No creo que mi bienestar sea motivo de preocupación para nadie.

Oriana lo miró contrariada.

—A mí sí me preocupas.

Damien sonrió.

—Lo sé. Me has defendido como nadie lo había hecho jamás.

—Y también le preocupas a tu pequeño nuevo amigo —añadió con cierta cautela.

Él asintió, reflexionando sobre lo que Oriana acababa de decir. Según habían acordado, en cuanto el coche lo dejara en Regent Street, ella partiría a su casa sin dilación. A Damien no le apetecía invitarla a descansar durante un rato en su mansión, la misma que había sido motivo de conflicto hacía un rato. Le resultaba desagradable, incluso lo avergonzaba llevarla a esa casa por la que habían pasado una sucesión incontable de mujeres. No quería que el servicio tomara a Oriana por una de ellas, porque no lo era.

Oriana era diferente de todas las demás.

—No me apetece regresar a mi casa —confesó con sorna y tristeza.

—¿Por lo sucedido con ese Darrengood? Insisto en que no debió apostar...

Damien le puso un dedo sobre los labios para que no continuara con el alegato en su defensa. Sabía que estaba de su parte y se lo agradecía infinitamente, pero no quería oír nada más sobre ese asunto.

—¿Te importa que te acompañe a Gerrards Cross? Tengo ganas de que Jeremy me cuente todas las travesuras que ha hecho en tu ausencia.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de Oriana, como si el deseo de Damien acabara de darle la vida. Dichosa, apretó la mano izquierda de él, que aún permanecía unida a su diestra.

—Será un placer tenerte de nuevo con nosotros.

LA IRRITANTE PICAZÓN DE LOS CELOS

No habían hecho sino llegar y la inicial alegría de Damien se vio empañada por una irritante sensación en cuanto supo que Oriana había sido invitada a asistir a un baile.

—Winona Jeffreys siempre tan atenta —comentó ella, con la misiva en la mano—. Es todo un detalle por su parte.

La doncella informó a su señora de que la invitación la había llevado en mano un lacayo, procedente de Bulstrode Manor.

—¿Jeffreys? —preguntó Damien, con fingido desinterés.

—Son la familia más importante de la zona. Descienden, por vía materna, del barón Jeffreys, que fue quien mandó construir la mansión.

—¿El Juez de la Horca? —apostilló con sarcasmo, recordando la fama de despiadado con que había pasado a la historia el que fuera lord canciller en tiempos de Jacobo II—. Excelente familia.

—Oh, vamos, Damien, ¿no irás a culpar a la pobre Winona por los pecados cometidos por su antepasado? —cuestionó, alzando las cejas—. No sé si deberías acompañarme, no sé si sería correcto...

A Damien lo irritó sobremanera que le recordara ese detalle. Era obvio que los Jeffreys ignoraban que Oriana tenía un invitado en casa; de lo contrario, y por mera cortesía, lo habrían incluido a él también.

—Puedes estar tranquila, no tengo ningunas ganas de asistir a esa fiesta.

—Solo habla de un baile con refrigerio —observó, releyendo la misiva—. Y no creo que les importe que me presente contigo. Esto no es Londres, Damien. En el campo somos más hospitalarios.

Él torció el gesto; solo le faltaba soportar que la tal Winona se escandalizase de recibirlo, teniendo en cuenta la infame reputación de su querido tatarabuelo.

—El baile es esta noche, ¿no?

—Sí, hoy mismo.

—Entonces, no irás —exclamó.

Oriana lo miró algo irritada; no era quién para decidir por ella.

—No veo por qué. Hace una eternidad que no asisto a una fiesta. Será divertido.

—No es educado responder a una invitación con tan poca antelación.

—Empiezo a sospechar que no te complace que me divierta.

Damien la miró de arriba abajo como si acabara de decir la tontería más grande del mundo.

—¿A mí? —planteó, sonriente como un zorro listo a punto de comerse a una gallina despistada—. Haz lo que te plazca, querida.

—Lo haré —afirmó con un parpadeo desafiante—. Si me disculpas, debo redactar

cuanto antes una nota para avisar de mi asistencia.

Se dio media vuelta, camino del gabinete y, cuando ya no podía verle la cara, Oriana sonrió por fin. Si divertido iba a ser el baile, mucho más lo era llevar a un libertino empedernido al límite de su paciencia. Porque, o mucho se equivocaba, o detrás de tanta ironía estaban los celos.

Cenaron muy pronto ese día, dado que Oriana debía partir hacia Bulstrode Manor antes de que se hiciera de noche. Cuando ella subió a vestirse, Damien y el pequeño Jeremy se entretuvieron jugando a los acertijos. Como el niño quiso mostrarle su colección de soldados de plomo, él aceptó subir a la sala de juegos, decisión que sorprendió a los criados, puesto que los niños y su crianza eran exclusividad de las mujeres y, por ello, la presencia de hombres en las estancias infantiles resultaba insólita.

Salía con Jeremy del comedor cuando ocurrió algo que lord Kedwell ya sospechaba.

Oriana bajaba en ese momento por la escalera, con el pelo recogido en la coronilla, de la que caían una multitud de bucles que se agitaban a derecha e izquierda con cada paso.

Llevaba un vestido de muselina verde agua con encaje negro en las mangas y escote.

Precisamente en esa parte de su anatomía se fijó con ojo de halcón; nunca le había visto lucir tanta piel a la vista. Damien maldijo con encono infinito eso que llaman coquetería femenina. Durante los viajes compartidos, Oriana vestía con el recato y la discreción propios de una joven viuda y, esa noche que prescindía de su compañía, se había acicalado con la elegancia seductora de una princesa.

Damien miró sobre su hombro; un joven mozo de cuerdas la esperaba en la puerta con guantes y sombrero de media copa. Iba a ejercer de cochero, ya que Oriana había ordenado que sacaran brillo y engrasaran los ejes del faetón que compró su difunto marido y que ya casi nunca se usaba. Como la noche era clara y el recorrido corto, no quiso importunar a los Jeffreys pidiendo con tan poco tiempo de antelación que enviaran un carruaje a buscarla y optó por ir al baile en coche descubierto.

—¿Vamos, milord? —lo invitó el pequeño, agarrándose a su mano.

—Despidamos antes a tu madre.

Oriana llegó hasta ellos y acarició el pelo de su hijo.

—¿Seguro que estaréis bien? —comentó, mirando a Damien algo preocupada.

—¿Bromeas? Nosotros también tenemos planes para esta noche —dijo él, guiñándole un ojo al crío—. Primero repasaremos de nuevo cierta colección de soldados de plomo, y de paso mi pequeño amigo me enseñará cuáles son sus lecturas favoritas. Después bajaremos a la biblioteca a ojear un gran libro de mapas.

—A ver si vas a convertirlo en un aventurero.

—De momento nos conformaremos con viajar con la imaginación, ¿no es así?

—Sí, señor.

Damien apretó la mano del niño y miró a Oriana.

—Espero contar con tu permiso para que Jeremy se acueste más tarde que de costumbre.

—De acuerdo —aceptó Oriana calándose los guantes—. Pero solo por esta noche.

La doncella bajó con la capa y la colocó sobre los hombros de Oriana. Ella se puso la capucha con cuidado de no estropearse el peinado.

—Imagino que llegaré tarde —anunció a modo de despedida—. Así que... buenas noches.

Se inclinó para besar a Jeremy en la mejilla, que dio las buenas noches a su madre.

Damien le cogió la mano, tranquilo por fuera y lanzando juramentos por dentro. Estaba condenadamente bonita.

—Hasta mañana —dijo, y le besó los nudillos—. Disfruta del baile.

El reloj de la sala de espejos acababa de dar las once cuando el lacayo entró con un recado para Oriana. Intrigada, y algo incómoda también, aceptó a regañadientes el galante detalle de *sir* James Rett, que se ofreció a acompañarla. Oriana no necesitaba ni compañía ni escolta que la protegiera en ese lance, ni mucho menos deseaba que hubiera testigos del encuentro que estaba a punto de tener lugar en el jardín de Bulstrode Manor.

Con Rett pisándole los talones, atravesó el corredor que daba a los parterres de la parte de atrás de la mansión. Distinguió a Damien en cuanto salió al exterior. Aguardaba apoyado con indolencia en el pedestal de una réplica de la famosa Afrodita saliendo del baño. Oriana se preguntó si era fruto de la casualidad o si, por provocarla, había elegido esperarla a los pies de la diosa de la belleza, símbolo del placer carnal. Lo cierto era que allí estaba, cruzado de brazos, con la mirada de un halcón al acecho entre las sombras del jardín.

—No sé cómo tiene la desfachatez de presentarse aquí —comentó su acompañante—. Por la parte trasera, como un don nadie. ¿Quieres que haga que lo echen?

Oriana giró la cabeza con el gesto contrariado.

—No es necesario.

Rett aceptó con una inclinación de cabeza. Fue amigo de su difunto marido; de ahí su actitud protectora y la familiaridad con que la trataba.

—¿Seguro que no quieres que me quede?

—Estaré bien. Gracias por acompañarme —aseguró Oriana, a modo de despedida.

El que fuera compañero de caza de su esposo miró de soslayo a Damien, lo

saludó con un cabeceo breve y de puro compromiso, y regresó a la mansión.

Oriana se quedó donde estaba, observándolo sin disimulo, del mismo modo que él la miraba a ella. Por las botas de montar, tan lustrosas que brillaban en la semioscuridad, supo que había acudido a caballo. Damien amaba cabalgar. Oriana admiró su firme musculatura enfundada en el pantalón de jinete y lo imaginó experto y dominador a lomos del animal.

Sabiéndose observada, enderezó la espalda y se acercó hasta él.

—¿Por qué has venido?

—¿Lo estás pasando bien?

—No has respondido a mi pregunta.

Damien descruzó los brazos y caminó despacio hacia ella hasta que estuvo tan cerca que Oriana tuvo que levantar la cara para verle los ojos.

—Quería ver cómo te diviertes.

—Está siendo una noche distraída, lo que no significa que me esté divirtiendo — confesó con franqueza.

—¿Seguro que no te entretienes con tantos caballeros a tu alrededor?

—Empiezo a pensar que no te complace mi presencia aquí, milord —dejó caer Oriana, con cierta satisfacción.

Damien deslizó la mirada hacia sus hombros hasta detenerla en el escote; después, con una lentitud que hizo entrar en calor las mejillas de Oriana, recorrió con los ojos el camino de vuelta hasta los de ella.

—Espero que solo hayas bailado con hombres con una estatura más o menos así —dijo, colocando la mano sobre la boca de su estómago.

Oriana se mordió los labios para no sonreír ante semejante disparate.

—¿Puedo saber por qué, milord?

—Puedes saberlo. Y deja de llamarme milord —pidió, tratando a su vez de no sonreír—. Ocurre que no eres del todo fea...

—Gracias. Tú tampoco eres del todo feo.

Él frunció el ceño por la interrupción y la reconvino en silencio por su respuesta descarada.

—... y cualquier hombre de mi estatura, o incluso de la tuya, solo tendría que bajar la vista y disfrutaría de un tentador espectáculo —aclaró, deleitándose con la visión de su escote—. No me gusta que nadie mire algo que quiero solo para mí, ¿comprendes?

—¿Solo para ti?

—En exclusiva.

Pocas veces le había visto Oriana una mirada tan intensa.

—Eres imposible, Damien —murmuró con un súbito estremecimiento, y no era el frío de la noche el culpable.

Él sonrió abiertamente al ver cómo se le erizaba la piel de la curva de los senos.

—Así que el baile te entretiene, pero no te divierte.

—Aún no ha acabado, no pierdo la esperanza —lo provocó.

—Regresa, pues —dijo con un tono invitador—. Tus amigos deben de estar esperándote.

Pero, cuando bailes, piensa si alguno de ellos sería capaz de erizarte la piel de esta manera —cuestionó en voz baja; alzó la mano y recorrió con el dedo el camino desde los senos a su garganta—. ¿Crees que harían latir tu corazón así de rápido? —susurró acariciándole el cuello, a la vez que se inclinaba sobre ella—. Pregúntate si esos hombres lograrían despertar en ti la tentación de pecar.

Sus labios casi se tocaban. Ella sentía en los suyos la calidez del aliento que tanto deseaba probar y entreabrió la boca. Damien se enderezó rápido y Oriana a punto estuvo de soltar un exabrupto barriobajero en voz alta de pura frustración. Sin dejar de mirarla, le tomó la mano y besó a conciencia la cara interior de su muñeca, donde el pulso le latía veloz.

Soltarla y dar media vuelta fue todo uno. Oriana se llevó la muñeca a la boca y apretó los labios sobre la piel donde él había dejado su beso de despedida, mientras la imponente silueta de Damien, iluminada en picado por la luna, se alejaba de ella para perderse en la oscuridad de la noche.

ALGO MÁS QUE DESEO

Damien saltó de la cama y se aproximó a la puerta. Acababan de golpear con los nudillos con tanta cautela que adivinó de quién se trataba. Aun así, abrió apenas una rendija. Cuando vio a Oriana en el pasillo, lo hizo de par en par, exhibiendo ante ella su completa desnudez.

Y ella, osada como nunca, no se quedó atrás.

—Te deseo, Damien. Hazme tuya —susurró.

Él le quitó el quinqué de la mano y cerró, pasando el pestillo con cuidado de no hacer ruido. De la mano la llevó al lecho y dejó la luz sobre la mesilla. De un tirón le abrió la bata de seda, dejando a la vista su belleza femenina.

La besó despacio, adorándola, recorriendo con los labios cada centímetro de su piel. No hubo parte de ella que no probara su boca. Verla bailar con otros hombres horas antes lo había exasperado. La cubrió con su cuerpo y tomó posesión de lo que consideraba suyo.

La amó hasta la locura con afán, dominante, hasta que perdió su propia batalla al sentir cómo se contraía entre espasmos, proporcionándole la caricia más íntima que un hombre puede desear. Cayó vencido sobre Oriana y se dejó acariciar por sus manos.

El letargo duró poco, porque lo consumía la sed. Medio atontado, se sentó en la cama, cogió la jarra de la mesilla y vertió agua en un vaso, que apuró de un trago. Sintió un escalofrío al notar la mano de Oriana recorriendo las cicatrices que le adornaban la espalda desde que era un muchacho.

—¿Dónde te hicieron esto?

Damien dudó por un momento si contárselo o no. Al fin, decidió revelarle la verdad.

—Me las hizo mi padre con una fusta de arrear a los caballos.

Tuvo que cerrar los ojos, con una maldición silenciosa, al oír los sollozos de Oriana.

—Te juro que nunca me lo dijo. Ni en su lecho de muerte —afirmó tragando saliva para intentar contener el llanto—. Tu padre se llevó a la tumba los pecados que cometió contigo.

—Me odiaba. Me consideraba el asesino de mi madre, puesto que ella murió cuando me traía al mundo —confesó, sin girarse para mirarla—. Con diecinueve años, me harte de sus castigos y de su desprecio. Escapé de casa. Sin rentas de las que subsistir, no vi otra salida que ir hasta Bristol para emplearme en los muelles. Allí me curtí a fuerza de golpes y peleas, hasta que un día decidí que era hora de sacar partido de mi astucia y de los encantos que me dio la naturaleza. Me convertí en un experto

en los juegos de azar y la suerte estuvo de mi lado. Así fue como conseguí la elegante casa en la que vivo. Aprendí a comprar barato y vender caro. En cuanto a mis apetitos carnales, busqué satisfacción en mujeres de pago y de las que pagan.

—¿Existen esa clase de mujeres?

Damien la ojeó por encima del hombro al escuchar su tono escandalizado.

—Existen damas con cuantiosas rentas y aún más ganas de ser complacidas. Yo las hacía felices en el dormitorio y ellas pagaban mi vestuario, saldando mis cuentas en las mejores sastrerías de Londres. Una manera elegante de agradecer los servicios prestados. En cuanto a las de pago...

—No es necesario que me expliques. Cuando hay tantos prostíbulos en Londres, es porque no debes ser el único cliente.

—No soy un hombre casado, Oriana. No he jurado fidelidad a nadie. No, hasta... —matizó, como si hablara consigo mismo.

Oriana se incorporó para apagar la luz del quinqué. No quería que Damien viera sus ojos húmedos, segura de que iba a odiar su compasión. En ese momento entendía el porqué de sus fervientes argumentos en contra del uso de la violencia y las amenazas, por eso insistió tanto cuando ella se enfureció con Jeremy la mañana en que desapareció para cazar renacuajos.

Una vez estuvieron en penumbra, le acarició el hombro cuyo perfil se recortaba en la oscuridad iluminado por el hilo de luz que entraba a través de la mínima separación de las dos cortinas echadas.

—Damien, si mi opinión vale algo para ti, créeme, sospecho que tu padre se arrepintió de cómo te trató y que por eso nos unió en este viaje hacia la reconciliación.

—El arrepentimiento no sirve de nada, Oriana.

Ella se arrodilló sobre el colchón y se pegó a su espalda. Y odió al duque difunto, cuya cara amable le mostró siempre. Bien la engañó, ocultándole su faceta más cruel. Con todo, se obligó a ser consecuente. De nada servía odiar ni a los vivos ni a los muertos, y Damien, por su propio bien, así debía asumirlo.

—Y la ira, tampoco, Damien. La ira tampoco.

Comenzó a besar su espalda surcada de verdugones anchos como un dedo; unas cicatrices horribles que le recordarían siempre cómo fue torturado por su propio padre.

—Oriana, no... —Trató de detenerla.

Ella acercó los labios a su oído.

—No digas nada, Damien. Déjame hacer, te lo suplico.

En la íntima penumbra que los envolvía, besó su espalda durante largo rato, con ternura y sensibilidad, con el deseo de curar las heridas abiertas en su corazón. Y esa noche, se entregó a Damien en cuerpo y alma.

Horas después, Oriana se había abrochado el cinturón de la bata. Acababa de amanecer y debía regresar a sus aposentos, pero se resistía a abandonar el dormitorio de Damien.

Se hallaba sentada en la cama, inclinada sobre el rostro de él, que permanecía acostado boca arriba disfrutando de los besos que ella le daba, una sucesión que no parecía tener fin.

—Cómo me gusta besarte —murmuró Oriana, incorporándose un poco para verle los ojos.

—No te detengas.

—Eres un hombre increíble, Damien. Yo me creía fría, en cambio tú me has enseñado que mi cuerpo te desea hasta la locura.

Damien le acarició la mejilla, sin dejar de mirarla.

—Y tú me has enseñado que mi alma te necesita —confesó, no sin cierto pudor—. Provocas en mí una mezcla de sensaciones...

—Sentimientos —lo corrigió ella, exultante de felicidad.

—En el terreno del afecto, soy como un niño que echa a andar —reconoció con una humildad que consiguió emocionarla—. Dime, ¿es esto lo que siente un hombre enamorado?

—Me temo que sí —susurró.

—Te deseo, ya lo sabes. Pero aquel día, cuando te lanzaste a defenderme con la fiereza de una leona protegiendo a sus crías, sentí algo nuevo. Algo que no soy capaz de explicar. Yo... —carraspeó dudoso—. Quiero decir, ¿tú sientes lo mismo que yo, Oriana?

Ella sonrió con ternura. Si Damien se enamoró de ella aquella desagradable mañana en casa del infeliz Darrengood, ella lo hizo el día que descubrió en su mirada endurecida el mismo brillo inocente que veía en los ojos de Jeremy. Y sintió la necesidad de abrirle para siempre su corazón.

—Si me estás preguntando si te amo, la respuesta es sí.

PEQUEÑO AMIGO

El duque y el pequeño lord Williams se hallaban sentados en un ribazo, bajo la sombra de los primeros abetos del bosque que ascendía ladera arriba. Desde su posición, divisaban la mayor parte de los prados sembrados de cereal que se extendían como una manta infinita de múltiples colores. Se veía a algunos hombres que, finalizada su jornada en los campos, marchaban en carros por el camino que, dos millas más allá, discurría entre las casas de los campesinos al servicio de la finca.

—¿Recuerda aquel libro que leímos juntos la otra noche, milord?

—¿A cuál te refieres, Jeremy? ¿Al de los mapas del mundo?

El niño lanzó una piedra que tenía en la mano y se quedó observando la curva que hizo en el aire antes de caer a unas diez yardas de donde estaban.

—No, no me refería a ese libro —dijo el niño—. ¿Ya ha olvidado aquel que estuvimos mirando juntos en la habitación de jugar?

—¿Tom Thumb?

—Ese, sí.

Damien asintió con una sonrisa en los labios. Al descubrir el cuento en el anaquel, decidió contar al pequeño la historia del niño que se adentró en un bosque y tuvo la astucia de marcar el camino de regreso con migas de pan. Un libro al que Jeremy no había prestado hasta entonces la menor atención, tal vez porque nadie se había tomado la molestia de avivarle el gusto por la lectura, sentándolo en su regazo y compartiendo un cuento con él.

—Sí lo recuerdo. ¿Te gustó?

Damien sí lo había leído, cuando era un niño solitario que hallaba en las ilustraciones de los libros la emoción que le faltaba a su aburrida existencia. Y pensó que sería bueno que Jeremy recordara la moraleja de la aventura de Tom Thumb, después del incidente escapista al arroyo de los renacuajos que tuvo en vilo a toda la casa.

—Sí, no está mal —aceptó lanzando una piedra que cayó aún más lejos que la anterior—, pero esa historia es una tontería.

—¿Tú crees?

—¿Quién va a creer que existe un niño del tamaño de un dedo pulgar?

—Las historias que leemos en los libros están hechas, en buena parte, de fantasía.

—Eso pensaba —convino frunciendo el ceño—. Pero cualquiera se habría dado cuenta de que los pájaros se comerían las migas de pan. Debí ser más listo y marcar el camino con piedras como esta —opinó, lanzando una tercera con fuerza—. ¿No cree, milord?

Damien sonrió conmovido.

—Ya no crees en los cuentos. Eso significa que te estás haciendo mayor.

Durante un buen rato permanecieron en silencio. Damien se animó a participar en el juego y el lanzamiento de piedras los tuvo entretenidos a ambos mientras él buscaba las palabras precisas para explicar a Jeremy sus intenciones. Temía que el niño, que empezaba a dejar de serlo, lo rechazara como una injerencia extraña en su feliz existencia.

—Hace días que quiero hablarte de algo que me preocupa, Jeremy.

—¿Conmigo? —preguntó, mirándolo con interés.

Damien se felicitó por haber sabido despertar su curiosidad. Con siete años, estaba seguro de que todo el mundo se dirigía a él para darle órdenes y no para pedir su opinión.

—Tu madre está muy sola...

—No lo está —se apresuró a rebatir con gesto orgulloso—. Me tiene a mí.

—Eso es algo obvio. Y reconozco que es una mujer afortunada por tener un hijo como tú.

—Gracias, señor.

—Pero desde que tu padre murió —continuó para llevar la conversación hacia donde más le interesaba—, carece de la compañía de un hombre a su lado. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Yo casi no me acuerdo de mi padre —confesó, en lugar de responder a la pregunta—. Pero mi madre cuenta conmigo para protegerla. Yo velaré siempre por ella, para que nada le falte.

—El tuyo es un gesto muy loable. Y muy noble —reconoció. Ante su actitud reticente, Damien se esforzó en hablar con mucha cautela—. Puede que me haya expresado mal y tal vez sea yo mismo quien necesite de su compañía. Por ese motivo, quería pedir tu permiso para hablarle de matrimonio.

Jeremy lo miró muy fijo. Damien notó que se sentía importante al verse objeto de tanto respeto ante aquella insólita petición de mano.

—En tal caso, milord, se convertiría en mi segundo padre.

—Siempre que tu madre me acepte, como es lógico —le recordó—. ¿A ti te gustaría que lo fuera?

El niño miró hacia un lado, con gesto pensativo, e inmediatamente miró a Damien a los ojos.

—Sí, creo que eso estaría bien. Me complacería mucho ser hijo suyo, milord.

Damien respiró hondo y entrelazó las manos con fuerza para contener las ganas de abrazarlo.

—¿Cuento con tu permiso?

—Con una condición.

A Damien le divirtió aquella salida inesperada. Enarcó las cejas, mirándolo fijamente.

Tenía ante sí a un pequeño negociador.

—Tú dirás.

—Anoche, cuando ojeábamos los mapas, aseguró que me llevaría a conocer el mar.

¿Promete que lo hará?

—Tienes mi palabra.

—Entonces, lord Kedwell ya cuenta con mi permiso —aceptó sonriendo de oreja a oreja.

EL EXCITANTE SABOR DEL PLACER PROHIBIDO

Oriana recorrió a hurtadillas el pasillo del primer piso cuando todos dormían. En su empeño por no hacer ruido, entró sin llamar en el dormitorio de invitados.

Damien sonrió desde la bañera y, en un gesto involuntario de pura anticipación, se repasó el borde de los dientes con la lengua al verla llegar.

—Tanto has tardado que el agua está casi fría.

Oriana se acercó despacio y se arrodilló junto a la bañera.

—Estoy nerviosa. Me siento como si estuviera cometiendo una falta terrible — afirmó recorriendo con el dedo la clavícula de Damien.

—Nerviosa no, excitada — corrigió—. Empiezo a conocerte, querida. Y creo que acabas de descubrir que los pecados, como los secretos, se disfrutan más cuando se comparten.

—Tú eres un maestro en el arte de pecar.

—Y tú una alumna aventajada.

Con un sabio tirón, Damien hizo resbalar la bata de seda que cubría la desnudez de Oriana, para dejar a la vista un hombro. Lejos de acobardarse, ella sonrió y se inclinó, exhibiendo con coquetería el nacimiento de los senos. En la intimidad, se mostraba osada, y ante Damien destapaba las armas femeninas que tan bien escondía al resto del mundo. Permitió que deslizara la mano debajo de la seda y le acariciara el pecho; se sentía dichosamente seductora luciéndose en exclusiva para él.

—Es una pena que esté fría — dijo con un mohín, al tiempo que descendía la mano, dibujando la línea de vello de su torso—. Llegué a fantasear con que me harías el amor dentro de la bañera.

—Sí, esa era la idea — afirmó con una mirada felina—. Como no te veo intención de despertar a la doncella para que suba un balde de agua caliente, tendremos que dejar los juegos acuáticos para otro día. Esta noche haremos otras cosas.

—Sospecho que el placer puede alcanzarse de mil maneras.

Damien sonrió, encantado con la actitud seductora de Oriana.

—¿Tantas?

—Quizá imagino demasiado.

—Me intriga saber qué picardías elucubra esa cabecita tuya — comentó a la vez que retiraba el prendedor de hueso que le sujetaba el pelo en un moño; la melena castaña cayó libre a su espalda—. ¿Quieres saber qué maldades piensa la mía? Desnúdate para mí — ordenó.

Oriana se cubrió la abertura de la bata con falso pudor. Damien suspiró con paciencia.

—¿No vas a concederme ese deseo?

En vista de que no iba a satisfacerlo en ese momento, se apoyó en el borde de la bañera de cinc y se puso de pie. Ella contempló su imponente desnudez, como un atlante emergido de las aguas.

—¿Puedo pedir yo uno?

Damien la contempló arrodillada ante él, suplicante y tentadora a la par. Sin darle tiempo a replicar, Oriana continuó mientras colocaba una mano abierta en cada uno de sus muslos.

—Quiero besarte donde nunca he besado a ningún hombre.

Él paseó la mirada desde los ojos de ella a su erección, distante apenas unas pulgadas del rostro de Oriana. Y se mordió los labios cuando ella lo encerró en su mano y rozó el glande con los labios. Tuvo que cerrar los ojos al sentir la caricia aterciopelada, pero se obligó a abrirlos. No quería perderse aquel momento único. Con cualquier otra habría resultado un espectáculo obsceno; con Oriana, era mágico.

—Hay muchas clases de besos —murmuró, acariciándole las mejillas con ambas manos.

Ella entreabrió los labios y atrapó su glande hinchado y caliente, haciéndolo gemir cuando lo liberó de golpe.

—No sé si es así como... —dudó; a Damien se le erizó el vello al sentir su aliento.

—No olvides que la pasión es cosa de dos. Tienes que disfrutar también —gimió ronco—. ¿Te gusta?

—Sí, mucho —afirmó sin pudor—. Me siento atrevida; quiero colmarte de placer. Pero debes enseñarme —rogó con un suave beso en su glande inflamado.

—Piensa en qué deseas tú cuando mis labios se unen a los tuyos.

Damien se sabía a merced de sus deseos. Y jadeó sin fuerzas al sentir que su entrega era absoluta, cuando Oriana lo probó con la lengua antes de sumergirlo de lleno en la calidez de su boca.

Esa tarde disfrutaron de un íntimo paseo a caballo, solos los dos. Rodearon el bosque hasta el pueblo y retornaron por el sendero que clareaba, recto como una flecha, entre los brezales. Damien disfrutaba con la compañía de Oriana; nunca había sospechado que resultara tan interesante conversar con una mujer. Al menos, las que había conocido hasta entonces no hablaban más que de fruslerías que lo hacían bostezar. En cambio, Oriana, con sus argumentos, la vehemencia con la que expresaba sus ideas y su ingenioso descaro, demostraba mayor agudeza que muchos hombres. Y también le agradaba verla dichosa de ver que él reconocía y apreciaba su fina inteligencia.

Damien obligo a su caballo a detenerse antes de atravesar los pastos de heno que indicaban la cercanía de la casa y Oriana lo imitó.

—Cuando todo esto acabe —comentó con la mirada al frente—, me refiero a los viajes...

Cuando por fin se liquide la herencia, quisiera pedirte algo.

—¿Qué es eso que tienes intención de pedirme y que me obliga a esperar?

Damien la miró a los ojos.

—Ya sabes qué. —Ella bajó la mirada, al notar un calor en las mejillas—. Pero quiero que lo pienses bien, Oriana.

Ella lo interrogó con los ojos.

—Renuncias a mucho atándote a un libertino con mala fama.

A Oriana le temblaron las manos. Deseaba tanto escuchar aquello; le estaba pidiendo matrimonio sin pronunciar las palabras. Hasta para eso era único. Su preocupación por no mancillar su buen nombre era la evidencia viva de cuánto la amaba.

—Damien, ¿acaso eres un libertino?

—Ya no.

—¿Un mentiroso?

—No he mentado en mi vida. A nadie, ni hombre ni mujer —insistió con afán—. Cuantos vinieron a mí, lo hicieron con los ojos abiertos.

—¿Eres un timador?

—Jamás lo he sido.

—¿Alguna vez has robado?

—Nunca.

—¿Y has matado a alguien?

—Puedo jurar que no.

A Oriana le encogía el corazón que se echara encima tantas culpas, cuando a ella le traía al fresco su fama mala, buena o regular. Bastante había soportado con el injusto desprecio por parte de unos petimetres esclavizados por las convenciones sociales como eran los miembros de la familia de su difunto marido.

—Estoy absolutamente segura de la clase de hombre que eres. Si jamás me ha importado lo que los demás piensan o dicen de mí, ¿crees que me importa mucho lo que puedan pensar de ti?

Él acarició la crin del caballo, que empezaba a mostrarse inquieto.

—Piénsalo bien, querida. Por ti y por tu hijo.

A Oriana se le humedecieron los ojos. Asintió con la cabeza y, con un tirón de riendas, reinició la marcha para que Damien no viera la emoción que le había provocado. Si era capaz de renunciar a ella por no empañar la reputación de Jeremy, con ello acababa de demostrarle cuánto quería a su hijo también.

LA CUARTA ENTREGA

Oriana miró con disimulo a Damien, que permanecía enfadado y mudo a su lado, en apariencia inmune al traqueteo del carruaje.

—¿Piensas decirme a dónde vamos o no? —exigió por fin.

Ella no le había revelado el destino final del viaje porque las habladurías habían llegado a sus oídos y no quería comentar un supuesto hecho que la reconcomía de celos.

Estúpidos, puesto que lo sucedido pertenecía al pasado, pero celos al fin y al cabo.

Además, solo ella sabía que, la que fue amante de Damien, había fallecido. Él lo ignoraba y Oriana no se veía con ánimos de explicárselo todavía. Y había mucho más que ella sabía respecto a la vida de aquella mujer que afectaba de lleno a Damien. La desazón que le provocaba ese secreto era peor que los celos.

—Vamos al valle del Támesis. A Richmond —reveló a disgusto.

Damien miró al techo, como si la mención de aquel lugar le trajera un recuerdo.

—¿Conoces a alguien allí? —preguntó, fingiéndose muy interesada por un hilo que sobresalía de su guante derecho, aunque en realidad estaba que echaba chispas por culpa de su silencio.

—Sí.

—¿Una mujer?

—Veo que ya te han hablado de ello —comentó con sarcasmo, convencido de que las habladurías eran una lacra de la que no se libraría en la vida.

Oriana cruzó una mano sobre otra, para mostrar ante él una actitud de estoica calma.

—He oído comentar que sedujiste a una mujer casada.

—No creas todo lo que oyes.

—¿Me estás diciendo que no es cierto, Damien?

—No del todo —contradijo, y añadió un importante matiz—: Me dejé seducir por una mujer casada.

A Oriana se le puso la carne de gallina ante lo inesperado de su revelación.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—La harás tarde o temprano, con mi permiso o sin él.

Ella pasó por alto el sarcasmo, puesto que la pregunta que estaba a punto de formular tenía un motivo que iba más allá y que Damien desconocía.

—¿Por qué la abandonaste?

—No la abandoné, fue ella quien decidió acabar con nuestro idilio. Ni me dio explicaciones, ni yo se las pedí —confesó con absoluta tranquilidad—. Lo cierto es

que me hizo un gran favor, porque ya me había aburrido de ella.

No se podía negar que era sincero, por más que a Oriana le molestara su respuesta. Lo miró de reojo, apretó los labios y no los volvió a despegar durante el resto del viaje.

Botley House era una construcción modesta de ladrillo rojo, en absoluto lujosa como Marble Hill. Unas millas atrás, habían tenido la oportunidad de admirar, desde el carruaje, la fachada nívea de estilo palladiano de la más bella mansión de Richmond.

No era el caso de la casa a la que acababan de llegar. A pesar de sus elegantes líneas e imponente factura, a Oriana le transmitía la misma sensación acogedora que se respiraba en la suya.

Poco después de que un criado anunciara su llegada y los mozos acompañaran al cochero a las cuadras para abreviar a los caballos, Damien y ella fueron recibidos por la segunda esposa de lord Botley. A Oriana no le extrañó; había indagado por su cuenta y sabía que la propiedad había pasado de padres a hijos durante cuatro generaciones.

También sabía que lord Ferdinand se había casado en segundas nupcias con su anfitriona, una agradable rubia de ojos castaños. Oriana pensó que la simpatía que irradiaba era fruto de su visible estado de buena esperanza. En secreto y con tristeza, envidió la suerte de *lady* Caroline, ya que ella nunca vio cumplido su deseo de concebir un hijo.

Lord Botley, que acababa de llegar de Londres de resolver un encargo de la cancillería, no tardó en unirse al recibimiento. Por suerte era buen conversador, como su esposa y, pese al revés sufrido por la vida, disfrutaba de una nueva etapa de dicha desde su segunda boda. *Lady* Caroline se empeñó en agasajarlos con un refrigerio que ayudara a aliviar el cansancio del viaje. Como Oriana sabía que Damien se sentía incómodo en aquel lugar, aclaró que su visita sería muy breve, con el pretexto de que debía regresar a Buckinghamshire sin dilación. Su anfitriona insistió en que tomaran al menos un jerez antes de continuar el viaje y pidió al punto que les fuera servido un ligero aperitivo en la sala de estar.

Al contrario que en los viajes anteriores, Oriana conocía de antemano el secreto que relacionaba el cuarto y último destino con el matrimonio que se sentaba frente a ellos.

Ella era sabedora del motivo de aquella última entrega de parte de la herencia y, preocupada por la reacción de Damien, prefirió ponerlo al día acerca de la parte más aciaga de aquella visita con la que concluía la misión de ambos exigida en el testamento.

Antes de llegar a Richmond, Oriana lo informó del fallecimiento de Rosamund. Sin hacer más comentarios ni preguntas que las precisas, Damien acogió con perplejidad, y también con la tristeza que da el paso del tiempo, la noticia de la

muerte de la que fuera su amante.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó impresionado.

—Hace seis años.

—No era una santa, pero lamento que muriera tan joven —fue cuanto comentó.

Oriana creyó descifrar, en la serenidad de su expresión, algo de alivio también; no era plato de buen gusto presentarse en casa de una antigua compañera de encuentros amorosos y charlar amigablemente fingiendo que nada había ocurrido ante la presencia de su esposo.

Una vez sentados en la sala los cuatro, del amable trato de lord Ferdinand, Oriana dedujo a su vez que el marido ultrajado continuaba ignorante de las correrías de cama de su difunta esposa y que jamás se enteró de la traición cometida por esta con lord Kedwell. De lo contrario, y siendo como era capitán de brigada de la Infantería Real, les habría impedido el paso armado de fusil y bayoneta. E incluso habría retado a Damien en duelo.

—Me sorprende la decisión del duque. Y agradezco el magnánimo gesto, en nombre de la difunta *lady* Botley, pero esto es mucho dinero —comentó su anfitrión cuando Damien le entregó el legado de Rosamund—. Ella era la heredera y murió. No sé si debo aceptar esta suma.

—Esa fue la decisión de mi padre. Haga con ello lo que crea más conveniente, en nombre de ella.

—Querido, sé que no debería inmiscuirme —intervino *lady* Caroline—, pero pienso que podrías destinar el dinero a obras de caridad que honren su memoria.

—Eres un ángel. Bendita la hora que apareciste en mi vida —dijo su marido, conmovido de ver que su esposa tenía pensamientos bondadosos hacia la mujer que ocupó su lugar antes que ella.

—¡Cómo eres! —protestó, apurada—. Logras que me ruborice. Qué van a pensar nuestros invitados ante tantos halagos.

Su esposo, a pesar de lo inapropiado de un gesto tan afectuoso en presencia de extraños, cogió la mano de su esposa entre las suyas y se apresuró a intervenir en su defensa.

—No debe extrañarles la veneración que siento por esta mujer —explicó sin ambages—. Ella me ayudó a superar la tragedia. No sé si están al corriente, pero con Rosamund perdí a nuestro hijo también. Ambos fallecieron de escarlatina cuando el pobre Phillip acababa de cumplir un año. Pero el destino me brindó una segunda oportunidad el día que la mujer más buena y piadosa del mundo llegó para devolverme la alegría.

—Desconocía que perdió a un hijo, Botley —comentó Damien.

—Fue el peor momento de mi vida.

—Debió ser terrible su doble desgracia —añadió, incapaz de imaginar a la casquivana Rosamund en el papel de madre—. Mis condolencias sinceras.

—Por favor, no nos pongamos tristes —pidió Caroline.

A la vez que lo decía, puso la mano abierta sobre su vientre, como si una fuerza interior rechazara cualquier pensamiento acerca de la muerte que pudiera empañar la dicha que la embargaba con la espera de su primer hijo.

Oriana, que hasta entonces había asistido participando de la conversación desde un discreto segundo plano, intervino con una energía tan repentina que extrañó a Damien.

—Milord, hasta Gerrards Cross han llegado noticias de las maravillosas vidrieras que ha encargado hacer en Alemania. Ya que estamos aquí, me complacería mucho poder admirarlas, si no es molestia.

Lord Botley le agradeció con el semblante el cambio de tema.

—No puedo negarlo, su factura es maravillosa. Las escogí para la capilla familiar. Si no tienen demasiada prisa por marchar, será un placer mostrárselas.

Todos entendieron que aquella invitación daba por concluido el refrigerio. Mientras lord Botley agradecía de nuevo a Damien la deferencia de hacerle llegar en mano las libras legadas a su difunta esposa, puesto que ignoraba que ese detalle era en realidad una imposición testamentaria, *lady* Caroline se excusó con Oriana. La distancia hasta la capilla era un corto paseo, pero demasiado fatigoso en su estado.

Acompañados por lord Botley, Damien y Oriana fueron, pues, a ver las vidrieras que tanta admiración le suscitaban a ella. La capilla distaba media milla de la casa, dentro de las tierras que pertenecían a la familia. Alrededor de esta se observaba el entorno salpicado de lápidas antiguas del cementerio familiar. Al llegar allí, aguardaron a que su anfitrión regresara de la casita del guarda, no lejos de la capilla.

—¿A qué ha venido este repentino interés por las vidrieras? —inquirió Damien, aprovechando que estaban solos.

—Dicen que son una maravilla.

A él los dichosos vitrales no le interesaban lo más mínimo.

—Debió suponer una tragedia terrible para ese hombre perder al mismo tiempo a su esposa y a su hijo —murmuro pensativo—. Me hubiese gustado que Rosamund viviera.

Hoy habrías visto mi mirada sobre ella. Podrías haber comparado con el modo en que te miro y no te quedaría ninguna duda sobre mis sentimientos hacia ti. Es fácil engañar a una jovencita inexperta, pero tú conoces la mirada de un hombre que ama, la viste en tu esposo.

Oriana tragó saliva, invadida por la culpabilidad.

—Espero que, pase lo que pase, tú siempre sepas que te amo, Damien.

—Al fin tengo algo que agradecerle a mi padre: él te cruzó en mi camino y solo por eso le daré las gracias hasta el día de mi muerte.

—No olvides que te dio la vida.

—La vida me la dio mi madre y perdió la suya en ese lance —afirmó con tono solemne—. Mi padre te trajo a mí y eso le agradezco. Tú eres el mayor tesoro que me ha dejado.

Para ocultarle a Oriana las emociones desbaratadas que lo abrumaban desde que supo que iban a visitar Botley House, Damien caminó hacia la sepultura más nueva del reducido camposanto. No había llegado todavía cuando otra lápida, más pequeña y discreta, llamó su atención. Soslayó de pasada el nombre de Rosamund en la tumba, sin detenerse a leer la loa que seguía a las fechas de su nacimiento y muerte, y anduvo hasta la sepultura de la derecha.

—Phillip Ferdinand Botley —susurró.

Era la tumba del niño que marchó al cielo siendo un ángel al que la vida no dio la oportunidad de desplegar las alas. Damien permaneció allí, como si la contemplación de aquel sepulcro infantil lo hubiera convertido en una estatua de piedra. Cuatro números despertaron la tormenta de recuerdos. Nunca debió acudir hasta allí. Maldijo un millón de veces a su padre difunto y a la caprichosa libertina de Rosamund. Y se maldijo a sí mismo por haber caído en la tentación... Una veleidad de consecuencias inesperadas y terribles que llevaría consigo como una laja en el corazón durante el resto de su vida. Por su cabeza se sucedían imágenes, retazos del pasado que volvían a la vida. La seducción, el placer, el abandono y el olvido. Y quiso caer fulminado allí mismo, repitiéndose el día del nacimiento de aquella criatura, labrado en piedra ante sus ojos. 15 de junio de 1815.

Para Damien, leer aquella fecha fue empezar a morir.

AMARGA REVELACIÓN

Partieron de Botley House con el ánimo contrito y sin hablar entre ellos, después de que Damien soportara la tortura de tener que fingir fortaleza de ánimo y proferir alabanzas que se le atascaban en la boca ante las condenadas vidrieras de la capilla.

Dio indicaciones precisas al cochero para que se detuviera ante la primera taberna, una vez que dejaron Richmond atrás. Este obedeció la orden, parando el carruaje ante una cantina camino a Londres, donde solían hacer parada los coches de postas. Era un lugar bullicioso por el ir y venir de viajeros, y, además de abundante comida hogareña, disponía de media docena de sencillas habitaciones.

Damien se apeó del coche y se dirigió al interior, ignorando la presencia de Oriana. En esa ocasión no tuvo la cortesía de ayudarla a bajar, cosa que hizo el cochero en su lugar; una falta de detalle que ella no encajó nada bien y así se lo hizo saber, dejando a su vez de lado los buenos modales. La indignación almacenada por su silencio durante el viaje, las respuestas desabridas y, por encima de todos los desaires, el hecho de sentirse invisible a sus ojos, la llevaron a comportarse con los ademanes de fiera a la defensiva que aprendió de pequeña, cuando paseaba de la mano de su padre entre tantos marineros que poblaban los muelles del puerto. Agarrándose las faldas, corrió detrás de Damien hasta que lo cogió por un brazo, pero él se zafó de un tirón.

—Al menos podrías informarme de tus intenciones —lo increpó.

—No estoy de humor para arrebatos femeninos. Déjame, si no quieres escuchar de mi boca cosas que nos dolerán a los dos.

—¿Qué hacemos aquí, Damien?

—Yo he venido a beber. Tú regresa a casa, es lo mejor que puedes hacer.

—No pienso dejarte en este tugurio.

Damien abrió la puerta del establecimiento de un empujón y, mirando al hombre que atendía la barra, señaló con la mano una botella de *whisky*.

—Voy a pedir ahora mismo dos habitaciones —decidió Oriana.

—Haz lo que te plazca —dijo sin ni siquiera girarse para mirarla.

Cuatro horas aguantó Oriana hasta que la mala conciencia la obligó a bajar a buscarlo.

Por eso no se había molestado en desvestirse; además, hacía rato que le habían subido la cena y apenas la había probado. La preocupación le había atenazado el estómago.

Intuía el motivo de la desesperación de Damien. Era inteligente y rápido de

mente; no debió de costarle nada sacar conclusiones cuando leyó la fecha del nacimiento en la tumba del pequeño.

Oriana se consumía de pesar por él y por el hecho de haberle ocultado ese secreto durante tanto tiempo. Pero, cada vez que los remordimientos le rondaban por la cabeza, se repetía hasta acallarlos que había obrado así por el bien de Jeremy. Tenía miedo de la reacción de Damien cuando por fin le contara la verdad. Y, mientras bajaba la escalera de la fonda, ya desierta a esas horas en que todos dormían, algo le decía que ese momento estaba cerca, muy cerca.

Lo encontró en un rincón, despeinado y en un estado lamentable. Oriana observó con pesar las tres pintas de cerveza vacías que descansaban sobre la mesa. Damien tenía un vaso en la mano. No había más que ver la botella de *whisky* para adivinar que se había bebido también más de la mitad. Al oírla llegar, el tabernero asomó la cabeza por la puerta de la cocina y salió hacia el mostrador por si se le ofrecía algo. Oriana le indicó con un gesto de la mano que aguardara y avanzó hasta la mesa de Damien.

Él levantó la cabeza al verla.

—Mi bella dama ha venido a rescatarme de los peligros de la bebida —murmuró con voz cascada, como si tuviera la lengua seca y estropajosa.

—Vamos arriba, Damien —pidió—. No puedes pasar aquí la noche.

—Phillip, se llamaba... ¿Tú lo viste también, verdad, querida?

—Damien, vámonos —rogó bajando la voz—. Sube conmigo y hablaremos arriba.

—El niño murió —gimió—. ¡Muerto! ¿Por qué nunca me lo dijo?

—Te lo suplico, levanta de una vez —insistió preocupada; por nada del mundo quería que Damien le hiciese una escena delante del tabernero.

—Ese niño podía ser hijo mío, Oriana —exclamó con una mirada desesperada—. Las fechas encajan y el día de su nacimiento me da la razón; yo mismo lo vi en aquella lápida. Yo lo habría querido. Habría adorado a ese crío, aunque no llevara mi apellido...

Oriana le cogió el rostro con ambas manos para que la mirara.

—Damien, escúchame bien: tu hijo está vivo.

—¿Qué sabes tú? ¡Vi su tumba con mis propios ojos!

Giró la cabeza con brusquedad para que lo soltara y Oriana lo hizo, pero, antes de que llegara a tocar el vaso, ella se lo arrebató, y también la botella de *whisky*. Se alejó hacia el mostrador, con ambas cosas en las manos, y las dejó sobre este.

—¿Sería tan amable de traer un balde lleno de agua, por favor? —demandó al tabernero.

Mientras el hombre entraba en la cocina, ella regresó junto a Damien.

—¿Qué me ocultas, *milady*? —bisbiseó con los ojos semicerrados.

Esa pregunta confirmó la opinión de Oriana acerca de la sagacidad del hombre que amaba y al que ella llevaba ocultándole demasiado tiempo una verdad sobre la

que él poseía, si no potestad legal, sí el derecho moral de saber.

—No hablaremos hasta que no te despejes. Porque lo que tengo que revelarte es demasiado importante como para que te lo cuente en el estado en el que te encuentras.

—Estoy perfectamente.

—No. No lo estás para escuchar con atención cuanto tengo que decirte.

El hombre llegó cargado con el cubo lleno. Oriana le indicó con la mano lo que debía hacer y, como no era la primera vez que se veía obligado a tomar medidas drásticas para despabilar borrachos, vació el agua sobre Damien, que recibió un cubazo sin inmutarse más que para tomar aire.

Oriana le apartó de la cara los mechones de pelo chorreando y, sin amilanarse, se colocó un brazo de Damien sobre sus hombros y lo ayudó a ponerse de pie.

—Si no es mucha molestia, necesito que me suban un tazón de café bien cargado. Mejor una jarra —pidió al tabernero, a la vez que caminaba hacia la escalera con Damien a cuestas.

TODA LA VERDAD, POR DURA QUE SEA

Oriana logró despejarlo gracias al café. Aunque el ansia por saber más que lo consumía contribuyó a que Damien espabilara mucho antes de lo que su estado de ebriedad hacía prever. Procurando no interrumpirla, tal como ella le había rogado, escuchaba palabra por palabra la revelación de Oriana. En parte aliviado con la noticia de que era padre de un hijo vivo, pues quería creer que ella no mentía al afirmarlo con tanto convencimiento, y en parte envenenándose de ira con cada nuevo secreto que conocía por boca de ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura de toda esta historia?

—Fue tu propio padre quien me contó lo ocurrido.

—¿Él lo sabía? ¿Y por qué no me lo dijo?

—¿Tengo que recordarte que no os hablabais? —replicó Oriana con acritud, e inmediatamente se disculpó con una mirada; no pretendía contrariar a Damien más de lo que ya estaba—. Si me dejas que te explique hasta el final, entenderás sus motivos.

Ella permanecía sentada en una silla frente a él, que ocupaba el único sillón del modesto dormitorio.

—Por lo que tu padre me refirió, he llegado a la conclusión de que *lady* Botley decidió poner fin a vuestra... aventura —vaciló, incómoda— al saber que estaba embarazada.

Imagino que porque no tenía la certeza de quién era el padre de la criatura.

—A esa deducción ya he llegado yo también.

—Cuando el bebé nació, su esposo se hallaba luchando en el continente contra las tropas de Bonaparte. —Una conclusión a la que Damien ya había llegado al leer en la lápida que el niño nació el día que comenzó la batalla de Waterloo—. No supo del nacimiento de su hijo hasta que lo repatriaron. Por lo que sé, fue herido en Mont Saint Jean. Rosamund dio a luz en su ausencia, y esa fue su suerte, porque ya has visto a su marido y, aunque nunca conocí a esa mujer, no hace falta que te recuerde que tenía el cabello rubio. Rosamund se horrorizó cuando le pusieron en los brazos a la criatura que acababa de traer al mundo. Al ver el cabello negro de su bebé, supo que el recién nacido era tuyo y, quién sabe, debió de actuar por miedo a las consecuencias, a verse repudiada y en boca de todos.

—Dime de una vez qué ocurrió.

—Ordenó que llevaran a su hijo a una casa de crianza y que allí, a cambio de una buena suma de dinero, lo cambiaran por otro bebé con el cabello rubio. Un niño con el pelo oscuro jamás habría pasado por hijo de un hombre y una mujer de cabellos tan claros como los de ellos dos.

—Rosamund no era una mujer cruel —reflexionó Damien—, o yo nunca le

conocí esa faceta. ¿Cómo tuvo valor para abandonar a su propio hijo?

—Damien, no te engañes. Hay casas de crianza cuya labor es loable y muy beneficiosa para esos pobres pequeños. Pero otras... Otras no existirían sin hijos ilegítimos de gente respetable, que puede pagar cada semana por su manutención o una buena cantidad de libras para que los críen allí y olvidarse de ellos —alegó, para que entendiera que Rosamund Botley no fue la primera, ni sería la última madre que cometería un acto tan vil—. Su marido regresó a casa y disfrutó de la dicha de saber que era padre de un varón.

Nunca sospechó la traición cometida por su esposa, porque, un año después, aún convalecía de las heridas de la guerra cuando la escarlatina se llevó a la madre y al niño.

—Quiero saber qué fue de mi hijo y dónde está —exigió, atormentado al pensar que la sangre de su sangre se había criado como un expósito.

—Yo he criado a tu hijo —confesó—. Jeremy es hijo tuyo, Damien. Mi esposo pagó por él y lo sacó de aquel lugar cuando apenas tenía un mes.

Damien se frotó el rostro con ambas manos, tratando de asimilar la revelación que acababa de oír. Su mente empezó a encajar todos los detalles que hasta entonces le habían pasado por alto: el cabello negro e indómito de Jeremy, los gestos que él creía imitados por admiración infantil y que le resultaban tan suyos... Se miró las manos, sin querer creer todo aquello, y recordó los deditos largos de Jeremy, idénticos a los que tenía ante sus ojos.

Como si acabara de salir de un trance, se incorporó hacia delante con brusquedad y cogió a Oriana por los hombros.

—¿Has dicho que pagó por él? ¿Cómo puedes reconocer algo tan horrible y quedarte tan tranquila? ¡Un niño no es una mercancía que se pueda comprar!

Ella le cogió las manos para que la soltara y Damien no opuso resistencia.

—Fue lo mejor que le pudo pasar. De no ser por mi marido, Jeremy habría acabado mendigando por las calles, convertido en un ladrón o cosas peores.

Damien cerró los ojos, porque Oriana tenía razón. Todo el mundo sabía que los deshollinadores adquirirían niños huérfanos que, por su reducido tamaño, podían trepar por el interior de las chimeneas. Era absurdo negarse a sí mismo que muchos burdeles ofrecían a niñas y muchachitos impúberes procedentes de los orfanatos.

—Tu hijo es también mi hijo —reconoció, asombrado.

—Tan verdad como que tú y yo estamos aquí.

Damien alzó el rostro para encontrarse con sus ojos.

—¿Dices que las circunstancias del nacimiento de Jeremy te las reveló mi padre?

—Ya te he dicho que me lo contó en persona, tal como yo acabo de contártelo.

—Explícame cómo supo él de su existencia.

—Al morir Rosamund, no hubo nadie que continuara con los pagos por criar al niño.

Aunque los niños sean dados a una familia, muchas veces ese dinero sigue

llegándoles de por vida.

—Una infame y práctica manera de comprar el silencio —dedujo Damien.

—Al dejar de recibir dinero, la dueña de la casa de crianza optó por el chantaje.

Contactó con la criada que le había llevado al niño un año antes y, en vista de que la madre había fallecido y extorsionar a su marido no surtiría efecto, sabedora del origen de Jeremy y de la suerte que había corrido, se presentó en mi casa para chantajearme a mí.

Yo acababa de enviudar, me sentí sola y aterrorizada. Fue esa mujer quien me dijo que tú eras su padre. «Un sinvergüenza y una furcia casada con un hombre decente», me dijo; nunca podré olvidar sus palabras. Indagué y entonces constaté que aquella bruja no exageraba cuando me habló de tu mala fama.

—Si hubieses acudido a mí, os habría protegido a los dos sin dudar.

—Lo sé. Ahora lo sé —repitió con vehemencia—, pero entonces no te conocía, Damien, y creí cuanto se decía de ti. Por ese motivo decidí acudir a lord Kedwell y suplicar su ayuda.

Tu padre fue quien pagó el silencio de aquellas dos arpías. Una de ellas murió hace dos años, eso también me lo dijo él. Ahora ya sabes por qué cuidé de él hasta su muerte. Era el abuelo de mi hijo e hizo por nosotros lo que nadie habría hecho. Como comprenderás, no podía pedir ayuda a la familia de mi marido.

—¿Y por qué no me contó que tenía un hijo? ¿Tanto me odiaba que prefirió llevarse el secreto a la tumba? Maldito viejo sin alma —masculló.

—¡Calla, por Dios! ¿No entiendes que quiso unirse a tu hijo mediante esas absurdas cláusulas de su testamento? A mí no me dejó nada, dividió su fortuna entre su hijo y su nieto.

Damien se levantó del sillón. Aún llevaba la ropa mojada. Cogió el abrigo de la percha y se lo puso.

—Las cláusulas, el testamento, los viajes, el trago amargo de cada visita para entregar diez mil libras...

Oriana se inquietó al verlo abrir la puerta.

—¿A dónde vas a estas horas?

—Al infierno.

Oriana se cubrió el rostro con las manos al oír sus pasos escaleras abajo. Rato después, cansada de llorar en soledad, regresó a su dormitorio. Durmió solo a ratos y de puro cansancio.

Por la mañana, el tabernero la informó de que lord Kedwell había despertado a los mozos en mitad de la noche y había alquilado un caballo para regresar a Londres.

EL NEGOCIO DE CRIAR NIÑOS

Tras dos semanas y tres cartas sin respuesta, Oriana optó por acudir en busca de ayuda a la única persona que conocía a la que Damien aceptaría escuchar. Podía odiarla, pero no quería que albergara ninguna duda en cuanto a la veracidad sobre el origen de Jeremy. Partió de Gerrards Cross camino de la casa del matrimonio Smith para hablar con el viejo amigo de Damien.

El viaje hasta Liverpool fue desolador. Nunca había sido una mujer que necesitara vivir rodeada de gente para ser dichosa, pero, aquel día, la ausencia de Damien en el carruaje, acostumbrada a ir sentada a su lado, se hacía más patente. Su hueco vacío hizo que se sintiera espantosamente sola.

Ya en casa de Robert Smith, se sinceró con él, contándole toda la historia del niño sin omitir detalle. Este, tan impresionado como afligido, la tranquilizó asegurándole que haría cuanto estuviera en su mano para averiguar el paradero de la única de las dos mujeres implicadas en la venta del pequeño que permanecía con vida. Y le aseguró que, pese a la distancia que separaba Londres de Liverpool, lograría convencer a Damien para que acudiera a escuchar de boca de esa mujer toda la verdad, donde fuera que esta viviera.

El mismo día que recibió la carta de Smith, informándola de que había concertado una cita a la que lord Kedwell había aceptado asistir, Oriana se puso en camino y mandó al cochero que azuzara a los caballos a fin de llegar sin demora a las afueras de Londres.

Una vez en el arrabal donde se hallaba la casa de aquella mujer, Oriana esperó a Damien, sin poder disimular su estado de nervios. Su corazón no recuperó el ritmo normal hasta que lo vio aparecer al galope.

Se le atascaron las palabras al ver con qué frialdad la miraba cuando descabalgó de un salto. Amarró las riendas del animal en la argolla de la fachada y movió la cabeza para indicarle que lo siguiera. Sin más saludo, Oriana fue tras sus pasos con idéntico mutismo.

Los recibió una mujer que dijo ser la hermana de quien buscaban. La otra yacía en una cama, en un estado lamentable.

—No es prudente que se acerquen a la cama. Mi hermana se muere de tisis. Será mejor que le hablen desde la puerta.

Damien siguió a la mujer hasta una habitación y permaneció en el umbral. Oriana se quedó a su lado, y sacó un pañuelo del bolsillo con el que se cubrió la boca y la nariz para evitar contagiarse. Damien no tomó ninguna precaución.

Cuando se presentó en voz alta como lord Kedwell, blandiendo en la mano un fajo de billetes, la infeliz que permanecía tumbada en el jergón respondió una tras

otra a sus preguntas. Oriana respiró con alivio al ver corroboradas sus palabras punto por punto. Al menos Damien tenía la certeza de que no le había mentado.

Damien maldijo como un demente al escuchar la terrible realidad que ocultaban las casas de crianza clandestinas, y juró por lo más sagrado que intentaría salvar a esos niños, a los que se engordaba hasta que se veían fuertes y lustrosos para obtener mayor beneficio. En la misma capital del mundo civilizado se comerciaba con aquellas pobres criaturas, huérfanos, abandonados o hijos ilegítimos, como si fuesen mercancía.

La tísica rio entre toses al escuchar sus nobles intenciones.

—¿Salvarlos? Nunca lo... conseguirá —farfulló, interrumpida por la tos—. No sea iluso. Si milord lo intenta, no durará vivo ni diez minutos. Esos niños ocultan demasiados... secretos. Las granjas de niños dan mucho dinero.

—¿Granjas de niños? —gritó Damien al escuchar el apelativo con el que se conocía a aquellos supuestos orfanatos privados—. ¡No son animales!

—Así las llaman —contradijo entre toses—. Se los ceba... como a lechones, hasta que están lozanos. Nadie paga por un chicuelo enclenque... Solo los pervertidos.

Al oír aquello, Damien se estremeció de puro horror y compasión.

—Por el amor de Dios... —masculló entre dientes—. ¡Esas criaturas inocentes son seres humanos!

—Su pequeño tuvo suerte, milord. Era un bebé muy hermoso.

Damien temblaba de rabia. Cerró los ojos y apretó los puños, estrujando el dinero en su diestra. Sí, tenía toda la razón. Jeremy fue bendecido por la fortuna. Rosamund mandó cambiar a su recién nacido por otro bebé rubio, como ella y su esposo. Horrorizado, imaginó aquel pequeñín de pelo negro cuyas mejillas sonrosadas le depararon la mejor de las suertes, puesto que su sano aspecto lo destinó a ser vendido por un alto precio. Y no quiso seguir imaginando el horrendo destino de otros pequeños menos agraciados o demasiado crecidos. Prostíbulos, esclavos para el campo, deshollinadores, mendigos, ladrones que cabían por cualquier hueco...

Con un último vistazo a la pobre desgraciada a la que se le escapaba la vida como la sangre de la boca, abominó de esa sociedad civilizada en la que vivían, que presumía de honorable mientras escondía asuntos tan sórdidos. Maldijo a aquella mujer y a todos los de su ralea. Damien pensó que hasta el infierno les estaba grande. El cuerpo de aquella cicatera sin alma que comerció con su hijo y otros pequeños abandonados merecía ser quemado, y las cenizas lanzadas a una sima para que sus restos malditos no corrompieran la tierra.

Pero, a pesar de ello, abandonó la casa no sin antes entregar el fajo de billetes a la hermana de aquella miserable.

—Al menos, que tenga un entierro digno —le dijo, desoyendo sus propios pensamientos.

Damien se sentó en la escalera de la entrada y, apoyando los codos en las piernas, se tapó la cara con las manos. Y él llevaba treinta años lamentándose por su infancia infeliz.

Se sintió egoísta. La suya fue un paseo de placer comparado con el horror que sufrían cientos y cientos de niños como aquellos cuya historia acababa de conocer.

Sintió la mano de Oriana acariciándole el cabello y la apartó con rudeza. Ella insistió, y le rodeó el cuello con los brazos para besarlo, pero Damien se deshizo de su agarre poniéndose en pie.

—No me rechaces —suplicó.

Consumido por la ira, derribó una maceta de un puñetazo, que se hizo añicos a los pies de la escalera.

—Ojalá pudiera odiarte, Oriana. Tanto como odio a mi padre por jugar a ser Dios y decidir sobre mi vida racionándome la verdad a cuentagotas. Y tú has sido su cómplice de esta pantomima testamentaria —masculló mirándola con dureza.

—¿Por qué querrías odiarme, Damien? ¿Qué mal te he hecho?

Él rio sin alegría.

—Debes haberte divertido mucho durante estos viajes, teniéndome engañado todo el tiempo. Has debido de disfrutar, observándome como un insecto a través de una lupa mientras decidías si era digno de formar parte de la vida de mi propio hijo.

—Estás demostrando que no me conoces, si es eso lo que piensas de mí.

—¿Quién te crees para juzgarme? —vociferó, asustando al caballo, que se removió inquieto.

—La madre de tu hijo. La persona que más lo quiere en el mundo —respondió con serenidad.

—Mi hijo... —meditó en voz alta—. Un hijo que cree que su auténtico padre está muerto y que lo admira... Estarás contenta.

Calló de repente y, con rapidez, desató la rienda de la argolla y montó. Azuzó al animal con la rodilla para hacerlo girar y que emprendiera el camino por el que había venido.

Oriana, al verlo sobre el caballo, se desesperó.

—¡Y un cuerno estoy contenta! —gritó como una arrabalera, ante la mirada escandalizada del cochero, testigo mudo de aquella refriega—. No puedes irte, Damien.

¡No puedes marcharte sin más!

Él la miró por encima del hombro.

—¿Ah, no? Ponme a prueba —la retó, con las mismas palabras que ella usó el día que se conocieron.

Oriana se alzó los bajos del vestido y corrió hasta interponerse en su camino con tanta rapidez que Damien hubo de tirar de las riendas para que el caballo diera un paso atrás.

—¡No puedes desaparecer de la vida de Jeremy! Él te quiere, te echará de menos.

Hizo un quiebro con la montura para esquivarla y la miró a los ojos.

—Me olvidará pronto —aseguró. Antes de espolear al caballo, le hizo un último ruego—. Solo te pido una cosa: si Jeremy me nombra algún día, no le hables mal de mí.

Oriana no tuvo ocasión de responder. Con el ánimo abatido, contempló cómo se alejaba al galope.

Damien dejó que el viento le golpeará la cara sin detener la veloz galopada del caballo.

Acababa de recibir dos bofetadas de realidad. La primera, la jugada sucia por parte de Oriana, que lo había tenido engañado desde que se conocieron. Pero en ella y en sus argucias no quería pensar.

No podía quitarse de la cabeza el segundo golpe moral que había encajado en la casa de aquellas mujeres. ¿Qué hacía el Gobierno para evitar tamaña crueldad con seres inocentes? ¿Por qué los atildados miembros de las Cámaras miraban hacia otra parte?

¿Qué hacía Su Graciosa Majestad? Debería ocuparse en acabar con esas supuestas casas de lactancia donde los niños eran criados como cerdos, en vez de interesarse tanto por el colosal pabellón de recreo que se construía en la playa de Brighton para su propio solaz.

Suponía que los orfanatos sostenidos por patronatos benéficos estarían más controlados.

Pero aquellas casas de crianza, la mayoría en domicilios privados, pasaban más desapercibidas y eludían el control de las autoridades.

Damien deseó tener el poder suficiente como para lograr acabar con todas las injusticias de aquella sociedad que mercadeaba con seres humanos. Pobres niños, vendidos como aquellos infelices que antaño se traían en barcos desde África para luego comerciar con ellos en el continente americano. Mucho negocio y demasiada gente lucrándose, que defendería como mastines su fuente de ingresos. Quien osara ir contra ellos, como bien le recordó aquella pobre tísica, moriría en el intento. «Ojalá pudiera», pensó con pesar, pero salvar a todos aquellos pequeños era un propósito imposible. Tanto como querer vaciar el mar con una cuchara.

INCÓMODO REENCUENTRO

Oriana no podía disimular su nerviosismo. Sentía que un puño le estrujaba el estómago cada vez que pensaba en que iba a volverlo a ver. Hacía dos días que guardaba en su secreter la misiva de Talte Brothers convocándola a la reunión para atestiguar el cumplimiento de las condiciones del legado y proceder al reparto y liquidación del patrimonio del difunto duque.

Desde entonces, la desazón se apoderó de ella. Le entristecía imaginar su mirada de desprecio. O puede que, al verla, se mostrara dolorosamente indiferente, como si su presencia y el amor que los sorprendió a los dos, como un regalo inesperado, no hubiese significado para él más que cualquier idilio de los muchos que habían salpicado su vida.

Damien la conocía bien y sabía que nada podía dolerle más que hacerla sentir una amante del montón. Porque Oriana se sentía dolida, rechazada, terriblemente furiosa con la situación y con él. Pero, a pesar del dolor y la rabia, amaba y amaría eternamente a Damien. Se negaba a aceptar que, para él, solo hubiese sido un romance trivial que no merecía la pena recordar.

El miércoles se puso en camino hacia Londres bien temprano y a las ocho en punto se apeaba del carruaje frente al bufete de los albaceas. Fue recibida por un escribiente que la invitó a pasar al despacho del más joven de los Talte, donde ambos hermanos la esperaban, avisados de su llegada. Tras los saludos de cortesía, Wilbur Talte le rogó que se sentara en una butaca frente al escritorio y él hizo lo propio mientras el mayor de los abogados depositaba varios documentos ante su hermano. Después, aguardó de pie.

Oriana ojeó el reloj de pared y se acomodó con la espalda bien erguida, con una fingida contrariedad tras la que escondía su desazón ante la ausencia de Damien. Supuso que su retraso era una venganza, una descortesía planeada para incomodarla.

—No ando sobrada de tiempo y debo regresar cuanto antes a Gerrards Cross.

—Estando tan claro el cumplimiento de las cláusulas testamentarias, no la entretendremos más de lo indispensable, *lady Williams* —informó el abogado, calándose los lentes.

Oriana frunció el entrecejo.

—Deberíamos esperar a lord Kedwell.

El albacea la miró por encima de los lentes, a la vez que buscaba entre los papeles.

—Lord Kedwell ya se personó anteayer, *milady* —le comunicó—. Ya recibió su parte de la herencia: Telford Hall junto con las tierras del ducado y una parte del capital, de acuerdo con lo dispuesto por su señor padre. Solo resta traspasar la

titularidad de los fondos y depósitos bancarios restantes a nombre del joven lord Williams y redactar el documento que la acredite a usted como tutora hasta que alcance la mayoría de edad.

—En tal caso, proceda, pues.

Oriana no pudo disimular su decepción, aunque la seriedad de su rostro ni de lejos reflejaba su tormento interior. El corazón se le desgajó en dos al saber que todo había acabado. No volvería a ver a Damien nunca más.

Días después, con gran agrado y no menos sorpresa, Oriana recibió la visita de la señora Sample en Gerrards Cross, la antigua ama de llaves de lord Kedwell padre, que entró al servicio de la familia como niñera de Damien.

—¿Otro emparedado?

—Se lo agradezco, *milady*, pero creo que no podría tomar ni un bocado más.

—¿Un poco más de té, entonces?

—Eso sí —aceptó la vieja aya de buena gana.

Oriana se esforzaba por mantener la compostura, aunque el nerviosismo que le producía aquella mujer con sus noticias prácticamente la hacía saltar de la silla. La señora Sample había mandado aviso previo, indicando en su nota que traía un encargo de parte de su antiguo señor. Oriana no tuvo inconveniente en recibirla, muy al contrario. A pesar del agrio final con el que había concluido su íntima amistad, la enterneció el detalle de Damien con su hijo. La mujer le entregó como regalo de lord Kedwell a Jeremy un servilletero de plata con la figurilla del intrépido y diminuto Tom Thumb, obsequio que el chiquillo recibió entusiasmado. Cuando explicó a su madre las charlas que habían mantenido sobre el héroe del cuento infantil, ella entresacó de las palabras del pequeño que en la intención de Damien había una preocupación protectora. Paternal, reconoció Oriana; llamarlo de otra manera era engañarse, y esa deducción solo aumentó su pesar.

Pronto se cumplirían tres meses desde la última vez que se vieron. Once semanas en las que no había tenido noticias de Damien, ni ella había hecho por saber de él. Con secreta inquina, Oriana albergaba la esperanza de que esa ausencia del uno en la vida del otro provocara a Damien insomnios terribles, que le quitara el apetito, que le doliera tanto su ausencia como a ella le dolía la suya. Pero ante el mundo no exhibía su pesar. Delante de todos se mostraba calmosa, luciendo una comedida sonrisa de muñeca de cartón.

—Es hora de que me marche, *milady* —anunció la señora Sample—. Ha sido un verdadero placer conocer a su hijo, ¡valiente hombrecito! No sabe cuánto me recuerda a milord cuando tenía su edad.

Al oírla, Oriana dio un respingo como si le clavaran tachuela y tocó la campanilla para que retiraran el servicio de té.

—Me he sentido muy honrada con su visita. Ha sido un placer volver a verla,

señora Sample —confesó, tratándola de igual a igual.

Gracias a la generosidad del difunto lord Kedwell, disponía de renta suficiente como para vivir el resto de su vida con comodidad, y Oriana tampoco había nacido con una corona bordada en las sábanas de la cuna.

—¿Sabe, *lady Williams*? Después de toda una vida entre esos muros, me dio pena que el señor vendiera Teldford Hall.

—No sabía que lord Kedwell la había vendido —murmuró.

—¡Oh, ya lo creo! Y la casa de Regent Street también. Por supuesto, dejó bien situadas a todas las personas al servicio de las dos casas. Nadie puede decir de él que no ha sido generoso con todos.

—Si ha vendido la casa, será porque piensa marcharse de Londres —comentó, en el fondo para sonsacarle más información a la mujer, puesto que, con tanta novedad, la tenía en ascuas.

—Milord necesitaba dinero contante y sonante. Por eso vendió las propiedades. Con lo obtenido, pagó una buena compensación a todos los criados, para que ninguno pase penurias hasta que encuentre una nueva colocación. Y compró los cuatro barcos.

—¿Barcos?

—Para su nuevo negocio. Él mismo me lo contó: se ha asociado con un viejo amigo de la infancia. Este dirigirá el negocio desde Londres y milord lo hará en Nueva Inglaterra.

Tengo entendido que ya ha comprado una casa en Boston; muy bonita y en uno de los barrios más selectos, por lo que sé.

Oriana se quedó petrificada. Con mucho esfuerzo, parpadeó un par de veces, asimilando lo que la vieja aya acababa de anunciar.

—¿Damien se marcha a América?

—Sigue siendo el mismo aventurero de siempre —dijo la anciana con una sonrisa cariñosa—. Según me comentó, no ve el momento de partir.

DÍAS DE INQUIETUD

Oriana acumulaba tanto nerviosismo que a la mínima saltaba como si le pincharan el trasero con un alfiler. La idea de la partida de Damien hacia América no la dejaba dormir.

Sin poder dejar de pensar en ello y sus nuevos proyectos, llegó a una conclusión. Ese colaborador suyo, amigo de la infancia y con dotes para los negocios, no podía ser otro que Robert Smith. Así que hasta Liverpool partió de nuevo y, durante unas cuantas horas, desde la ventanilla del coche de punto admiró un paisaje que ya empezaba a resultarle familiar.

Esa vez no acudió a casa de los Smith. Pidió al cochero que efectuara las averiguaciones pertinentes, tras las cuales, enfiló el tiro de los caballos hacia el centro de la ciudad. En Lime Street, plantada en la acera, Oriana observó en silencio la placa de latón de la fachada en la que habían grabado la figura de un barco con las velas extendidas, que indicaba la sede de una compañía naviera. Y bajo este, un solo nombre: Murray, en grandes letras mayúsculas.

Robert Smith la vio a través de la ventana de su despacho y salió a recibirla hasta la calle.

—Es importante dejarse ver —le dijo, señalándole la placa a la vez que la invitaba a pasar—. Por eso lord Kedwell decidió establecer las oficinas en la zona más importante de la ciudad en lo que se refiere al comercio.

Le explicó también que, en un principio, aquella oficina era de alquiler, aunque había apalabrado con el dueño su futura adquisición.

—Hay que ser cautos. Aunque el negocio prosperará, no me cabe duda. Milord es muy hábil. Con la venta de sus posesiones financió los cuatro barcos. Dos de ellos ya partieron hacia las plantaciones de Virginia y en pocas semanas el algodón estará transformándose en los telares. En Boston contamos ya con buena clientela que espera nuestros tejidos.

Oriana se removió en la silla.

—¿Tan fácil le fue vender la mansión y la casa? Me extraña que lo haya logrado en tan poco tiempo.

—Lord Kedwell no las ha malvendido, si es eso lo que supone. Cierto es que las ofreció a precio que cualquiera consideraría ventajoso. Pero, si tenemos en cuenta que ni una ni otra le costaron un solo chelín, el resultado de la venta le ha supuesto a milord un beneficio del ciento por ciento.

Una argumento aplastante. Oriana constató que Damien estaba especialmente dotado para negociar.

—Milord ha invertido todo su capital, decisión que por mi parte no le reprocho —

agregó Smith—. Mejor en movimiento que en una caja fuerte, líbrenos el Señor de caer en manos de banqueros.

—Veo, pues, que la empresa, aunque recién inaugurada, marcha de maravilla.

—Y cuando lord Kedwell se establezca en Boston, todavía marchará mejor.

Oriana no quiso escuchar más. Se levantó con intención de decir adiós a Smith, a Liverpool y a sus más íntimas ilusiones.

—Debo marcharme, señor Smith. Le ruego que salude a lord Kedwell de mi parte.

Robert Smith la imitó. Abrió un cajón del que extrajo un objeto y rodeó el escritorio.

—No puedo dejarla ir sin darle esto —dijo, mostrándole en la mano tullida el anillo de boda de la familia del duque—. Milord me encargó que vendiera todas las joyas de la familia; con ese capital cuenta con una reserva ante cualquier eventualidad. El mar es un socio de poco fiar. Pero me tomé la libertad de conservar el anillo de la duquesa difunta.

Aunque lord Kedwell no lo sabe, ni soy un ladrón ni me arrepiento de no haberlo vendido con el resto de las alhajas que me confió —explicó, poniéndolo en la mano de Oriana—.

Guárdelo para su hijo, *milady*.

Hecha un océano de dudas, Oriana observaba a través de la ventana. Fuera, Jeremy jugaba con el alocado entusiasmo propio de su edad. Una sonrisa involuntaria le afloró a los labios al ver sus carreras detrás de la pelota de trapo, inocente y ajeno a la lucha interior que su madre mantenía. Ni ella misma sabía qué parte de sí saldría victoriosa: el cerebro o el corazón.

Apretó la joya que llevaba en la mano, el anillo de boda de *lady* Kedwell. Oriana deseaba que algún día Jeremy lo colocara en el dedo de una mujer, tal como su abuelo el duque lo entregó a su esposa junto con la promesa de amarla, cuidarla y respetarla, hasta que la muerte los separó. Alzó la mano hacia los cristales y contempló la esmeralda brillar a la luz del sol. En su mano tenía el anillo de boda de la familia Kedwell, y en su mano estaba también decidir si ese símbolo de amor eterno debía saltarse una generación.

Oriana se acarició los pliegues del vestido sobre su incipiente barriga, guardó el anillo en el bolsillo y, con un último vistazo a su pequeño torbellino juguetero, se sentó ante el secreter. Provista de tinta y papel, escribió con pulso firme. Acababa de tomar una decisión pensando en el niño feliz que chutaba una pelota entre la casa y el sendero... Y también en ese maravilloso tesoro que albergaba en su vientre y, para qué negarlo, en su propia felicidad.

Media hora después, un coche partía hacia Londres portando una carta con destino al despacho de abogados Talte Brothers.

LA HORA DEL ADIÓS

Pasaron quince días. Dos semanas nada más y Oriana se apeaba del coche en el puerto de Liverpool. Apenas acababa de amanecer y, entre la bruma, divisó la figura inconfundible de Damien en el borde del muelle. Se hallaba de espaldas a ella y cara al mar; el viento le agitaba el cabello y los faldones del abrigo, que debía llevar desabrochado.

—¡Milord! —grito Jeremy cuando su nueva niñera lo ayudó a saltar del carruaje.

Damien giró la cabeza al oírlo. Con expresión de perplejidad, clavó una rodilla en el suelo y abrió los brazos para recibirlo. El crío corrió hacia él y padre e hijo se fundieron en un abrazo.

Oriana dejó resbalar una lágrima al verlo silabear un silencioso «gracias». Con el corazón en la mirada, y ajeno a lo que estaba por llegar, con ese gesto le estaba agradeciendo el detalle de llevarle al pequeño hasta allí para despedirse de él.

Ella se acercó, observando cómo Damien se ponía de pie y levantaba en brazos a su hijo, pero no interrumpió su conversación. En ese momento, Jeremy le reprochaba su partida.

—Milord, me dio su palabra. Prometió que me enseñaría el mar, y casi se marcha a América sin hacerlo.

Damien lo invitó a mirar hacia el horizonte, donde ondeaban las crestas de espuma.

—Ahí lo tienes. ¿Qué te parece?

—Grande —contestó sin mucho interés—. También aceptó ser mi segundo padre.

—Y no me olvido de ello. ¿Creías que iba a olvidar el camino de regreso? Había pensado en dejar un camino de migas de pan, como Tom Thumb.

—¿Sobre el agua? ¡Se las comerían los peces y las gaviotas! —exclamó con una sonrisa de suficiencia.

Damien arrugó la frente.

—Eres muy listo.

Jeremy se removió nervioso para que lo dejara en el suelo.

—¡Quiero ver mi camarote!

—Adiós sorpresa —suspiró Oriana, observando cómo Damien la miraba estupefacto.

La niñera tomó al chiquillo de la mano y lo asaeteó con una mirada de reproche.

—Discúlpelo, milord. Cosas de chicos, basta que les ruegues que no digan algo para que lo suelten de carrerilla. Anda, vamos, jovencito —dijo tirando de él.

Damien contempló cómo la muchacha emprendía la pasarela que subía al barco con el niño de la mano para quitarse de en medio y giró el rostro hacia Oriana con

expresión inquisitiva.

—Nuestro equipaje lo embarcaron anoche —le explicó ella—. Que no es poco, por cierto.

Menos mal que no has bajado a la bodega, porque nos habrías descubierto.

A Damien, en ese momento, el equipaje le importaba muy poco.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—¿Me has perdonado?

—Responde.

—Hazlo tú.

—¡Sí, demonios! Te he perdonado, ¿crees que puedo guardarte rencor?

Oriana sonrió apretando los labios y juntó las manos.

—Estoy tratando de decirte que nos vamos a América. He puesto en venta la casa y las tierras.

—¿Lo dejas todo atrás?

—No. No dejo nada en Inglaterra —contradijo, y rio al verlo feliz—. Te seguiré donde vayas. No te será tan fácil deshacerte de mí, milord, porque te amo.

Damien la abrazó por la cintura, la atrajo con fuerza y apretó los labios sobre su frente.

—No vuelvas a llamarme milord, porque vamos a una tierra donde los tratamientos de cortesía no valen nada. Soy el señor Murray. No quiero el título de duque si mi primogénito no puede heredarlo. Mi único hijo —matizó con un deje de cariño—. No me importa que no tengamos más, Oriana, te amaré igualmente.

Ella volvió el rostro hacia atrás para ver su reacción.

—Un poco tarde para arrepentirse, señor Murray —indicó, señalando con la mirada el escaso hueco entre sus cuerpos.

Damien la separó un poco, deslizando la vista sobre su cuerpo hasta llegar a sus ojos.

—No era culpa mía —murmuró contenta—. Es algo que descubrí hace un par de meses.

Por lo visto había que ponerle más empeño.

Damien soltó una carcajada de felicidad.

—O más entusiasmo —agregó—. ¿Otro hijo, Oriana? ¿Y ahora qué hacemos? No sé si es prudente que viajes en tu estado.

—De momento, lo primero que vas a hacer es convertirme de una vez en una mujer honorable. Nuestro segundo hijo está en camino y aún no estamos casados. Me han dicho que los capitanes de barco pueden officiar bodas en alta mar, así que advertido quedas: tengo intención de desembarcar en Boston convertida en la señora Murray.

—Ni hablar del asunto. No nos casaremos hasta que compre un anillo en condiciones.

Oriana sacó del bolsillo el anillo de la esmeralda de los duques de Kedwell.

—¿Te vale este? —Damien lo tomó de su mano y lo encerró en el puño—. Llegó a mí gracias a un buen hombre que ve mucho más de lo que tú y yo somos capaces de ver.

—El bueno de Robert —expresó, agradecido.

Oriana le puso las manos en los hombros.

—A través de la alegría de nuestros hijos vas a vivir la infancia feliz que tu padre te robó. Y yo quiero vivir todo eso contigo.

Damien no aguantó más y la besó con intensa pasión, sin importarle las miradas socarronas de los marineros, que no les quitaban ojo.

—Bendita seas, Oriana. Qué bien hice enamorándome de ti. —Ella se echó a reír de pura felicidad—. Voy a hacerte muy feliz. Una nueva vida nos espera en Boston, querida.

—Con una condición.

—Sin condiciones.

—Solamente una —insistió ella—. Si en algún momento necesitas mi fortuna, prométeme que la usarás. En el mar, nunca se sabe —añadió, recordando las palabras cautas de Smith.

—No es una idea que me agrade, pero, si es tu deseo, te lo prometo. ¿Esa es tu única condición?

—Solo eso. Porque, amarme como yo te amo, desearme como yo te deseo y serme fiel —enumeró susurrando—, con todo eso ya cuento porque confío en ti.

Él volvió a besarla con una ternura increíble.

—Llévame al camarote —rogó dichosa y con los labios enrojecidos—. No he desayunado; a primera hora de la mañana las náuseas no me dejan probar bocado.

Damien la cogió en brazos, con una mirada protectora.

—¿Náuseas? Vaya travesía nos espera.

—Duran muy poco, por suerte.

Repasando su cuerpo con interés, acercó los labios a su oído.

—¿Ya se te nota?

—¿El niño? Muy poco —y bajó la voz al mismo tiempo que se tocaba disimuladamente el pecho—. Pero aquí arriba me duele a ratos. Noto como si crecieran.

Damien rio por lo bajo. Con ella en brazos, se encaminó hacia la pasarela.

—No sigas dándome detalles, porque la tripulación va a notar que mi bragueta también crece y no van a hablar de otra cosa.

—Prometo no volver a hacer comentarios inapropiados en una dama. Vas a tener la esposa más juiciosa y correcta del mundo.

—Y tú, el esposo más sensato y decente, por supuesto.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Todos los que quieras.

Oriana acercó los labios a su oreja.

—Cuando cierres el pestillo del camarote, olvídate de la decencia.

Damien rio como un diablo y le susurró al oído unas cuantas ideas de lo más indecentes mientras subía con ella al barco hacia un nuevo comienzo. En aquella pasarela, empezaba el resto de su vida.



OLIVIA ARDEY nació en Alemania, pero al poco tiempo su familia se trasladó a Valencia, donde reside con su marido y sus dos hijos. Ha crecido, vive y trabaja entre libros. Adora viajar, pasear por las calles de cualquier ciudad y veranear rodeada de rascacielos.

Además de cuentos y relatos publicados en diversas antologías, es autora de diez novelas románticas; tres de ellas de ambientación histórica: *Dama de tréboles*, *Delicias y secretos en Manhattan*, *Una chica con estilo*; y *Bésame y vente conmigo*, *Tú de menta y yo de fresa*, *Doce campanadas y un beso*, *Regálame París*, *En la Toscana te espero*, *Si te quedas en Escocia* y *Un verano en la Provenza*, de trama contemporánea, con las que ha consolidado un merecido hueco en el género romántico gracias a su sólida prosa y sus inéditas tramas. Olivia Ardey ha sido distinguida, entre otros, con el Premio DAMA 2013 a la Mejor Novela Romántica Actual, Premio AURA 2014 a la Escritora Romántica del año y Premio Púrpura Romántica de Honor 2015.